

La increíble historia de los primeros
seguidores de Jesús, según

LA BIBLIA

LAS HISTORIAS BÍBLICAS QUE INSPIRARON EL EVENTO TELEVISIVO DE LA CADENA NBC



LA CRUCIFIXIÓN FUE SÓLO EL COMIENZO.

A.D.

THE BIBLE CONTINUES
EN ESPAÑOL

EL LIBRO DE LOS HECHOS

CON NOTAS Y COMENTARIOS DEL
DR. DAVID JEREMIAH

Autor Bestseller del *New York Times*



LAS HISTORIAS BÍBLICAS QUE INSPIRARON EL EVENTO TELEVISIVO DE LA CADENA NBC



LA CRUCIFIXIÓN FUE SÓLO EL COMIENZO.

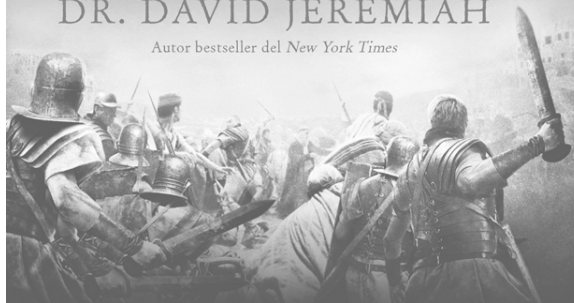
A.D.

THE BIBLE CONTINUES
EN ESPAÑOL

EL LIBRO DE LOS HECHOS

CON NOTAS Y COMENTARIOS DEL
DR. DAVID JEREMIAH

Autor bestseller del New York Times



Visite Tyndale en Internet: www.tyndaleespanol.com y www.BibliaNTV.com.

ShareADTheSeries.com

TYNDALE, el logotipo de la pluma, *Nueva Traducción Viviente*, NTV y el logotipo son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

A.D. The Bible Continues EN ESPAÑOL: El libro de los Hechos: La increíble historia de los primeros seguidores de Jesús, según la Biblia

© 2015 por LightWorkers Media, LLC.

Publicado por Tyndale House Publishers, Inc., bajo licencia de Metro-Goldwyn-Mayer Studios, Inc. y LightWorkers Media, LLC.

Originalmente publicado en inglés en 2015 como *A.D. The Bible Continues: The Book of Acts* por Tyndale House Publishers, Inc., bajo licencia de Metro-Goldwyn-Mayer Studios, Inc. y LightWorkers Media, LLC, con ISBN 978-1-4143-0718-4.

Los perfiles biográficos y los mapas del primer apéndice © Tyndale House Publishers, Inc. Todos los derechos reservados.

Todas las fotografías usadas con el permiso de LightWorkers Media, LLC. Todos los derechos reservados. La fotografía del autor por Alan Weissman © 2011. Todos los derechos reservados.

Diseño: Jacqueline L. Nuñez

Edición del inglés: Stephanie Rische

Traducción al español: Raquel Monsalve

Edición del español: Charles M. Woehr

Publicado en asociación con Yates & Yates (www.yates2.com).

El texto bíblico indicado con NTV ha sido tomado de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con RVR60 ha sido tomado de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960® es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con LBLA ha sido tomado de LA BIBLIA DE LAS AMERICAS®, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usado con permiso.

ISBN 978-1-4964-1079-5

Build: 2015-10-28 10:11:43

CONTENIDO

Introducción

Prólogo: Los últimos días de Jesús

El libro de los Hechos

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Capítulo diez

Capítulo once

Capítulo doce

Capítulo trece

Capítulo catorce

Capítulo quince

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve](#)

[Capítulo veinte](#)

[Capítulo veintiuno](#)

[Capítulo veintidós](#)

[Capítulo veintitrés](#)

[Capítulo veinticuatro](#)

[Capítulo veinticinco](#)

[Capítulo veintiséis](#)

[Capítulo veintisiete](#)

[Capítulo veintiocho](#)

[Epílogo: El llamado de Jesús](#)

[*Un llamado a la acción*](#)

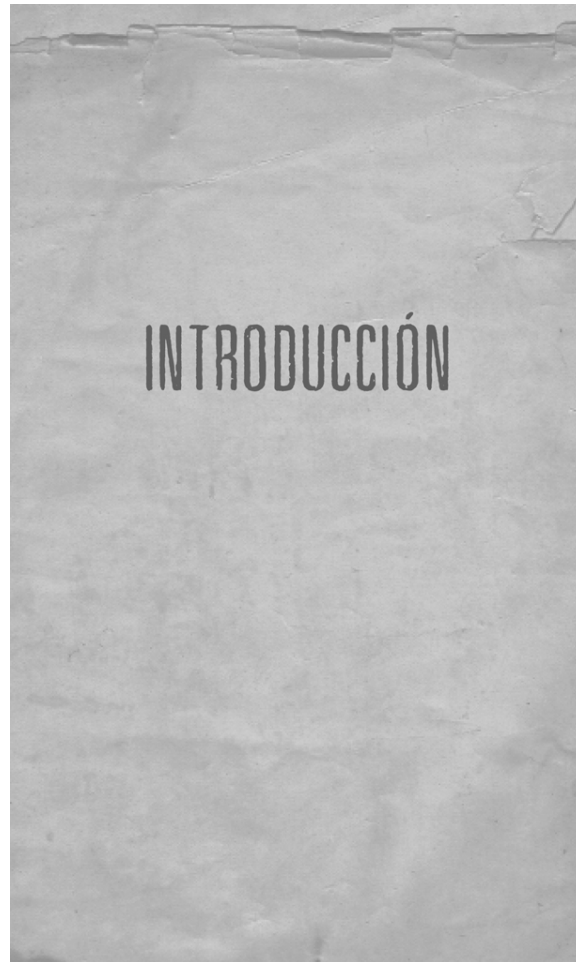
[*Apéndice 1: Mapas*](#)

[*Apéndice 2: Versículos favoritos*](#)

[*Notas*](#)

[*Acerca del autor*](#)

[*Fotografías*](#)



INTRODUCCIÓN

«ENTONCES TODOS sus discípulos lo abandonaron y huyeron» (Marcos 14:50).

Ese era el ambiente en el huerto de Getsemaní la noche en que Jesús fue arrestado. Todos los discípulos huyeron para salvar su propia vida, temerosos de ser arrestados y condenados a muerte. Un par de horas más tarde, la vergüenza de Pedro llegó a ser aún más profunda cuando negó tres veces que conocía a Jesús.

Avancemos rápidamente cincuenta días y veremos a esos mismos discípulos arriesgando su vida por Jesús. Es obvio que algo les había hecho cambiar su manera de pensar—y su vida. En realidad, había dos factores involucrados: la resurrección de Cristo de entre los muertos y la llegada del Espíritu Santo el día de Pentecostés. La resurrección mostró el poder de Dios, y el Pentecostés les trajo el poder de Dios. Esos dos acontecimientos transformaron a un grupo de discípulos miedosos en un grupo poderoso de discipuladores, quienes son los responsables de que usted esté leyendo estas palabras hoy.

Por lo que sabemos, nadie estaba escribiendo sobre estos acontecimientos mientras sucedían. Nadie estaba escribiendo en vivo en un blog, tuiteando o grabando en video el drama de esos días. Pero cuando llegó el momento apropiado, un inteligente doctor gentil quedó tan impresionado con la historia y la transformación de los seguidores de Jesús, que él también se convirtió en uno de ellos.

Un aviso en la televisión hace algunos años mostraba al director ejecutivo de una compañía diciendo lo siguiente: «¡Me gustó tanto [el producto] que compré la compañía!». Ese podría haber sido Lucas en el primer siglo; él estaba tan impresionado con la historia de Jesús que dedicó el resto de su vida a proclamarla. Con sus estudios y su capacidad, él era un candidato ideal para escribir las dos partes de esa historia: la inauguración de la iglesia a través de Cristo (el evangelio de Lucas) y la propagación de la iglesia a través de los seguidores de Cristo (el libro de los Hechos). Los prólogos de los dos libros de Lucas son evidencia del cuidado que tuvo al investigar y escribir (Lucas 1:1-4; Hechos 1:1-3).

Por lo que se sabe, Lucas no fue testigo ocular de la vida de Cristo; por lo menos, no como parte del círculo íntimo de Cristo. Para su libro acerca de la vida de Cristo, Lucas se dedicó a «investigar todo con esmero desde el principio» (Lucas 1:3). Sin embargo, para su libro acerca de la expansión de la iglesia hizo una investigación en tiempo real. En el libro de los Hechos, Lucas nos puede dar un relato de cerca. En más de una ocasión se incluye a sí mismo en el relato de los viajes misioneros y las aventuras de Pablo (Hechos 16:10-17; 20:5–21:18; 27:1–28:16).

En el mundo grecorromano, los doctores como Lucas (Pablo se refiere a él como «el médico amado» en Colosenses 4:14) disfrutaban una alta posición como sanadores de cuerpo y mente. Con esa posición les llegaba un nivel proporcional de riqueza y prestigio. Sin embargo, Lucas sacrificó todo eso uniéndose a Pablo para propagar el reino de Dios en Asia y Europa.

Lucas y Pablo deben haber trabajado muy bien juntos en el ministerio. La posición de Lucas en el mundo secular era paralela a la reputación de Pablo en el mundo religioso. Pablo disfrutaba de considerable estima como una figura cuya fama aumentaba entre los líderes judíos (Hechos 22:3; Filipenses 3:4-6). Sin embargo, Pablo renunció a todo eso diciendo: «lo considero basura» (Filipenses 3:8) para dedicar su vida a Cristo. Tal vez Pablo influyó en Lucas para que hiciera lo mismo.

Pablo y Lucas eran almas gemelas en cuanto a su devoción por Cristo y a su pasión por llevarles el evangelio a los gentiles. Ese era el encargo que Cristo le encomendó a Pablo (Hechos 9:15-16; 22:21; 23:11; 26:15-18), y Lucas se unió al equipo de Pablo como ayudante, erudito, doctor y redactor. El libro de los Hechos que escribió Lucas es una crónica polifacética de la vida de Cristo y de lo que hizo a través de sus discípulos, por el poder del Espíritu Santo, para proclamar el reino de Dios en el mundo.

El movimiento que comenzó en Jerusalén se extendió a Judea y Samaria, y ha continuado «hasta los lugares más lejanos de la tierra» (Hechos 1:8). De hecho, algunos dicen que las palabras de Cristo en Hechos 1:8 son lo que Lucas usó como un bosquejo general para su libro.

EL PLAN DEL LIBRO DE LOS HECHOS

Justo antes de ascender al cielo, Cristo les dijo a sus discípulos: «Recibirán poder cuando el Espíritu Santo descienda sobre ustedes; y serán mis testigos, y le hablarán a la gente acerca de mí en todas partes: en Jerusalén, por toda Judea, en Samaria y hasta los lugares más lejanos de la tierra» (Hechos 1:8).

Ya sea que esto haya sido una técnica intencional de parte de Lucas o no, podemos hacer un bosquejo del libro de los Hechos basándonos en estas claves geográficas:

- **Jerusalén** (Hechos 1:1–8:3): la formación, el rápido crecimiento, la persecución y la dispersión de los creyentes en Jerusalén después del día de Pentecostés
- **Judea y Samaria** (Hechos 8:4–12:25): la expansión de la iglesia hacia el oeste a las costas del Mediterráneo, y hacia el norte a Antioquía de Siria
- **Los rincones más lejanos de la tierra** (Hechos 13:1–28:31): la expansión de la iglesia por toda Asia Menor, hacia Europa y quizás tan al oeste como España (Romanos 15:24, 28)

Claro que tal bosquejo es muy básico, pero puede proveer una clave en cuanto a por qué Lucas termina el libro de los Hechos donde lo hace, unos seis años antes de la muerte del apóstol Pablo. Al final de Hechos, Pablo está bajo arresto domiciliario en Roma, su primer encarcelamiento en dicha ciudad, alrededor de los años 59 al 61 d. C. Lucas concluye el libro de los Hechos con esta descripción de Pablo: «Recibía a todos los que lo visitaban, y proclamaba con valentía el reino de Dios y enseñaba acerca del Señor Jesucristo; y nadie intentó detenerlo» (Hechos 28:30-31).

El encarcelamiento de Pablo en Roma, que duró dos años, fue un tiempo productivo. Él escribió cuatro cartas (Efesios, Filipenses, Colosenses y Filemón) y recibió muchos visitantes y huéspedes que iban para escuchar el testimonio del famoso judío erudito que se había convertido en seguidor de Jesús (Hechos 28:23-31; Filipenses 4:22).

Además de que posiblemente quisiera terminar su libro con un pensamiento positivo, ¿por qué pondría Lucas el punto final donde lo hizo? Después de todo, Pablo fue puesto en libertad, y luego ministró otros seis años (ese es el período en que es posible que fuera tan al oeste que llegó a

España) antes de ser arrestado de nuevo, encarcelado y martirizado en Roma (2 Timoteo 4:6-22). Pero Lucas escogió no incluir ese capítulo final de la vida de Pablo.

Es probable que la razón haya sido que Lucas ya había expuesto lo que quería decir. Había descrito cómo el evangelio se había esparcido desde Jerusalén a Judea, a Samaria y a Roma, la capital del mundo gentil en aquella época. Ese era el mandamiento de Cristo, y había sido cumplido. Cristo les había dicho a sus discípulos: «Serán sometidos a juicio delante de gobernantes y reyes [...] [háblenles] a los gobernantes y a otros incrédulos acerca de mí» (Mateo 10:18). Jesús también había escogido a Saulo de Tarso (el apóstol Pablo) para que llevara el evangelio «a los gentiles y a reyes» (Hechos 9:15), y Pablo lo había hecho. Lucas comenzó su segundo libro con una nota de victoria en Jerusalén, y lo terminó con una nota de victoria en Roma, que fue una manera eficaz de resumir lo que había sucedido y lo que continuaría sucediendo a medida que la iglesia llevara el evangelio por todo el mundo.

Otra manera de bosquejar el libro de los Hechos es concentrándose en el personaje principal del libro: el apóstol Pablo. Más de la mitad del libro de los Hechos (capítulos 13–28) da una crónica de la actividad misionera de Pablo. Los capítulos 1–12 se pueden leer como un prólogo a la obra de Pablo; estos capítulos lo identifican como el perseguidor principal de la iglesia, describen su conversión a Cristo y registran sus actividades antes de ser misionero.

- **Prólogo** (Hechos 1–12): Nace la iglesia; los creyentes son perseguidos y dispersados; Saulo de Tarso, el principal perseguidor de la iglesia, se convierte; la iglesia lentamente acepta a Pablo.
- **El primer viaje misionero de Pablo y el concilio de Jerusalén** (Hechos 13–15:35): Pablo predica a los gentiles en Chipre, Turquía y Siria, llevando a Bernabé y a Juan Marcos consigo; el concilio de Jerusalén declara que los gentiles que aceptan a Cristo no necesitan ser circuncidados.

- **El segundo viaje misionero de Pablo** (Hechos 15:36–18:22): Pablo y Silas robustecen a las iglesias en Siria; Pablo viaja por toda Grecia, predicando y alentando a los nuevos creyentes (tales como Lidia, Priscila y Aquila).
- **El tercer viaje misionero de Pablo** (Hechos 18:23–21:16): Pablo ministra en Éfeso (ubicada en la Turquía de hoy) antes de regresar a Jerusalén, donde es arrestado.
- **El cuarto «viaje misionero» de Pablo** (Hechos 21:17–28:10): Este no fue un viaje misionero planeado; sucedió como resultado de su arresto en Jerusalén y su apelación de que su caso fuera presentado ante el César en Roma.
- **Epílogo** (Hechos 28:11-31): Pablo es encarcelado en Roma.

Bosquejar el libro de esta forma afirma lo que el poeta y filósofo estadounidense Ralph Waldo Emerson creía: toda la historia es biografía. Además de relatar acontecimientos claves en la vida de Pablo, el libro de los Hechos está lleno de descripciones de otras personas de las cuales podemos aprender mucho.

Otra lección que podemos sacar de estos bosquejos de la conversión de Pablo y de su ministerio es que Dios siempre tiene un plan. Pablo no habría planeado su vida de esta forma; en particular, no habría quedado ciego por varios días ni habría estado encarcelado por varios años, pero mirando hacia atrás queda claro que el plan soberano de Dios se cumplió aun en estos aparentes impedimentos.

¿De qué forma haría usted un bosquejo de su vida? ¿Lo haría temática, geográfica o cronológicamente? ¿Se basaría en los puntos altos y los bajos? En realidad no importa cómo lo haga, porque todo es pertinente. Dios siempre obra en nuestras circunstancias con «un plan ideado para cumplir el buen propósito de Dios» (Efesios 1:9).

El camino del evangelio desde Jerusalén a Roma y a «otros lugares más allá» (2 Corintios 10:16) no va en línea recta. Hubieron a lo largo del camino, y seguirán habiendo, vueltas y más vueltas, puntos de partida y

paradas. Pero, al final, el plan de Dios siempre se lleva a cabo: «Podemos hacer nuestros planes, pero el SEÑOR determina nuestros pasos» (Proverbios 16:9).

Lo mismo es cierto en nuestra vida. Al mirarla, nuestra vida parece un bello tapiz, pero cuando miramos la parte de atrás, hay toda clase de nudos, hilos atados, conexiones y reparaciones que hacen que el frente de la obra se vea bien. El libro de los Hechos a veces puede parecer un poco «enredado», igual que nuestra vida. Pero en realidad es parte del plan de Dios para edificar su iglesia (Mateo 16:18) y para que lleguemos a ser conforme a la imagen de Cristo (Romanos 8:29), a pesar de todas las dificultades involucradas (Romanos 8:28).

El libro de los Hechos revela cinco maneras en que Dios hizo crecer a la iglesia del primer siglo, y cómo hará que continúe creciendo hasta que Cristo regrese. Además del plan de los Hechos, consideraremos a las personas, los lugares, la providencia, la provisión y el poder de Dios en este libro como principios para hacer crecer la iglesia de Dios.

PERSONAS EN HECHOS

Las dos personas más prominentes en el Nuevo Testamento son Jesucristo y el apóstol Pablo. Pero hay algo sorprendente en ambos: podríamos haber pasado a su lado en la calle sin darnos cuenta o nos los podrían haber presentado en una reunión y no hubiéramos quedado impresionados por su apariencia física. Las Escrituras mencionan muy poco sobre su apariencia física, pero lo que sí sabemos es un poco sorprendente.

El profeta Isaías predijo la siguiente descripción del Mesías que habría de venir: «No [habría] nada hermoso ni majestuoso en su aspecto, nada que nos atrajera hacia él» (Isaías 53:2). En cuanto al apóstol Pablo, sus críticos dijeron: «en persona es débil y sus discursos no valen nada» (2 Corintios 10:10). Esas características confirman lo que encontramos en el libro de los Hechos: Dios usa a personas comunes, obrando en el poder del Espíritu Santo, para hacer crecer su iglesia. Las personas que elige pueden ser atractivas, elocuentes e instruidas... o no. Como Dios le dijo al profeta

Samuel cuando iba a elegir un rey para Israel: «El SEÑOR no ve las cosas de la manera en que tú las ves. La gente juzga por las apariencias, pero el SEÑOR mira el corazón» (1 Samuel 16:7).

Piense en la variedad de personas que Lucas identifica en el libro de los Hechos. No hay un patrón predecible en lo absoluto. Hay mujeres no nombradas, unidas en oración, tal vez pidiendo que viniera el regalo del Espíritu Santo (Hechos 1:14). Hay un discípulo arrepentido llamado Pedro, quien había sido perdonado y restaurado al ministerio (Hechos 2:14; 4:19-20; 5:3-29). Dos discípulos, José y Matías, fueron nombrados para reemplazar a Judas Iscariote. Matías fue elegido, pero nunca más escuchamos mención de ninguno de los dos (Hechos 1:23-26). Estos creyentes son como la mayoría de nosotros: cristianos entre bastidores viviendo una vida fiel, sirviendo donde se les necesita, contribuyendo al reino de Dios.

Entre los seguidores de Jesús también hubo eruditos como Pablo y Lucas. Hubo creyentes generosos con su ánimo tal como Bernabé (Hechos 4:36-37). El libro de los Hechos también menciona a personas discapacitadas o afligidas cuyas necesidades fueron satisfechas milagrosamente, quienes no sintieron vergüenza de alabar a Dios de inmediato (Hechos 3:6-10; 5:15). A siete hombres se les encomendó el importante cargo administrativo de diácono. Todos sirvieron, pero Lucas solamente vuelve a nombrar a dos de ellos (Hechos 6:5-6).

Este libro también incluye a personas de variados trasfondos culturales. Hay un oficial africano que regresó a Etiopía con el evangelio (Hechos 8:26-40) y un centurión romano que recibió a Cristo con alegría junto con su familia y los de su casa (Hechos 10). Lo mismo sucedió con un carcelero romano en Filipos (Hechos 16:33). Luego se nombra a Lidia, una mujer de negocios en Filipos, quien fundó una iglesia en su hogar (Hechos 16:11-15). Un matrimonio, Aquila y Priscila, alentó a Pablo (Hechos 18:2, 18) y un poderoso orador judeocristiano llamado Apolos refutó los argumentos de los líderes judíos (Hechos 18:24-29). La lista continúa.

¿Usted se ve a sí mismo en esa lista? Si no, continúe leyendo, y sin duda alguna se encontrará a sí mismo en las páginas de Hechos. Verá la forma en que Dios usó, y continúa usando, a personas como usted para extender su reino en el mundo.

LUGARES EN HECHOS

Una considerable parte de nuestra vida se decide con una simple pregunta: «¿Dónde?». Aunque muchos lugares en nuestra vida parecen triviales o de poca importancia —el supermercado, el gimnasio, la clínica del doctor, la gasolinera— esa no es la forma correcta de verlos. *Todo* lugar en nuestra vida es importante a los ojos de Dios. Fíjese lo que dice Hechos 17:26: «De uno hizo todas las naciones del mundo para que habitaran sobre toda la faz de la tierra, habiendo determinado *sus* tiempos señalados y los límites de su habitación» (LBLA). Por supuesto que eso incluye los lugares adonde vamos y la razón por la que Dios ha dirigido nuestros pasos a ellos.

Sería un error que viéramos nuestra vida como ordinaria a los ojos de Dios en comparación con la vida de los creyentes del libro de los Hechos. Podría ser tentador suponer que Dios envió a los apóstoles a lugares específicos e importantes, mientras que a nosotros nos deja ir de un lugar a otro en nuestras vidas de poca importancia. ¡Pero nada podría estar más lejos de la realidad!

El libro de los Hechos ofrece solo un simple bosquejo de los lugares adonde se les instruyó a los apóstoles que fueran: debían salir de Jerusalén, ir a Judea y a Samaria, y luego continuar hacia el resto del mundo (Hechos 1:8). Sin disminuir la seriedad del mandato, esas eran direcciones que tenían sentido común. Jerusalén estaba en Judea, y Samaria estaba al lado de Judea. Después de eso está el resto del mundo: «los lugares más lejanos de la tierra» (Hechos 1:8). Cuando enfrentamos una nueva aventura de grandes proporciones, tiene sentido comenzar con los vecinos y luego seguir desde allí.

La tarea de los apóstoles es la misma que usted y yo tenemos. Nosotros hemos sido tan «enviados» como ellos. Los lugares a los que vamos son tan importantes como los lugares adonde ellos fueron. ¿Por qué? Porque los

lugares adonde ellos fueron, y adonde vamos nosotros, son adonde va Cristo en el mundo. No vamos al mercado solamente a comprar comida; vamos allí como «embajadores de Cristo» (2 Corintios 5:20) para llevar a cabo cualquier cosa que se necesite hacer por él: ser amables con alguien, ofrecer una palabra de ánimo, enseñar una lección, compartir un testimonio... todo en el nombre de Cristo.

Hace unos años, el libro *In Search of Excellence* (*En busca de la excelencia*) hizo popular el concepto de dirigir caminando. La idea alentaba a los ejecutivos de las corporaciones a que salieran de sus oficinas privadas y fueran a los pisos de la fábrica donde se resuelven los problemas, se descubren oportunidades y se cambian vidas. Si usted lee el libro de los Hechos fijándose en los lugares, verá que Pablo y los otros creyentes llevaban a cabo su misión a favor de Cristo de manera similar: simplemente caminando.

Creían que habían sido enviados, que Cristo estaba con ellos, y que el Espíritu Santo los guiaba y les daba el poder. Como resultado, también creían que producirían fruto. Buscaban puertas cerradas y puertas abiertas (Hechos 16:6-10). Creían que había un propósito para cada una de las personas con las que se encontraban (Hechos 16:11-15). Y aprovechaban cada oportunidad. Por ejemplo, cuando estaban en la cárcel en Filipos, decidieron que debía haber una razón para que estuvieran allí, un llamado que Dios tenía para ellos en ese lugar. Estaban convencidos de que nada ocurría por casualidad. Y tenían razón: Dios usó su encarcelamiento para llevar salvación al carcelero filipense y a su familia (Hechos 16:25-34).

Todo el libro de los Hechos está lleno de historias como esa. Los apóstoles creían que habían sido colocados en el lugar en el que estaban por una razón, y nosotros deberíamos seguir su ejemplo. Confíe en que sus recorridos diarios, ya sean en lugares significativos o no, pueden ser citas determinadas por Dios. Sea sensible a cada matiz del Espíritu, confiando en que él lo usará para extender su reino un lugar a la vez.

LA PROVIDENCIA DE DIOS EN HECHOS

Estrechamente relacionada a la idea de lugar en Hechos se encuentra la doctrina de la providencia de Dios, es decir, su absoluta supervisión y ordenamiento de los asuntos del mundo para cumplir sus planes y propósitos perfectos. Como escribe D. A. Carson, erudito sobre el Nuevo Testamento, la providencia es un misterio: «El misterio de la providencia desafía nuestro intento de domarla por medio de la razón. No quiero decir que sea ilógica; lo que quiero decir es que no sabemos lo suficiente como para explicarla»[\[1\]](#).

Debido a que la providencia de Dios es un misterio, lo que dijo el famoso reformador Juan Calvino también es cierto: «La cosa más difícil de convencerles a los seres humanos es que la providencia de Dios gobierna al mundo»[\[2\]](#). Actualmente, a menudo es difícil ver la mano de Dios. Pero cuando los fieles practican mirar en forma retrospectiva, es mucho más fácil ver la mano de Dios en medio de nuestros asuntos.

Hay muchos ejemplos de la providencia de Dios en el libro de los Hechos, cosas que parecen irrazonables o ilógicas desde la perspectiva humana pero que sirven como ilustraciones gráficas de Romanos 8:28-29: que Dios hace que todas las cosas cooperen para el bien de los que él está conformando a la imagen de Cristo. Aunque hay muchísimos ejemplos de la providencia de Dios a lo largo del libro de los Hechos, he aquí unos pocos que sobresalen.

- **Pentecostés** (Hechos 2:1-13): Cristo les dijo a los apóstoles que fueran a todo el mundo con el evangelio. Muy poco después de que Cristo diera este mandato, miles de judíos devotos de una gran cantidad de naciones se reunieron en Jerusalén para celebrar Pentecostés, y todos hablaban idiomas diferentes. A los apóstoles les habría tomado muchos años alcanzar a la gente de tantas naciones diferentes, pero allí estaban todos reunidos en forma providencial en su ciudad. Muchas de esas personas escucharon el evangelio, creyeron en él, fueron bautizadas y luego llevaron el evangelio a sus tierras de origen.

Ninguno de los apóstoles podría haberse imaginado que esto iba a suceder. Pero aprovecharon esta acción de Dios, y las misiones mundiales nacieron en un día.

- **Persecuciones** (Hechos 4–5): Los apóstoles fueron golpeados, regañados y encarcelados en los días después de Pentecostés. Pero esa persecución les dio la oportunidad de predicar ante el Concilio Supremo (el cuerpo que gobernaba a los judíos) varias veces (Hechos 4:5-13; 5:27-31). Los apóstoles jamás podrían haber arreglado dichas oportunidades por sí mismos.
- **Martirios** (Hechos 7:54–8:2): Esteban fue martirizado en Jerusalén, y comenzó la persecución de los cristianos. Como resultado, «todos los creyentes excepto los apóstoles fueron dispersados por las regiones de Judea y Samaria» (Hechos 8:1). ¿Captó eso? Fueron enviados a Judea y a Samaria, exactamente adonde Cristo les había dicho que comenzaran a evangelizar (Hechos 1:8). Los apóstoles podrían haber formado un comité para votar sobre cuál era la mejor estrategia misionera, pero en cambio se unieron a lo que Dios estaba haciendo en medio de ellos.
- **Arrestos, encarcelamientos y naufragios** (Hechos 21–28): Jesús le dijo a Pablo que les predicara a los reyes gentiles, pero no le especificó en qué forma debía hacerlo (Hechos 9:15). Pablo fue arrestado en Jerusalén, encarcelado en Cesarea durante dos años, y luego naufragó en el mar Mediterráneo antes de finalmente llegar a Roma. ¿Lo habría planeado él así? Probablemente no. Pero no cuestionó lo que Dios estaba haciendo. Dejó que los eventos se desarrollaran de acuerdo al horario de Dios.

No cometa el error de pensar que la providencia de Dios solamente se relaciona con las cosas «grandes»: lo que hacen los reyes y las naciones. Como escribió el clásico teólogo A. A. Hodge, la providencia «especial» (individual) es igualmente importante: «Admitir la providencia universal y negar la especial es una tontería. Es como si usted hablara de una cadena sin eslabones»[\[3\]](#).

¿Está dispuesto a dejar que Dios use los acontecimientos de su vida como si fueran eslabones en la cadena providencial divina para extender el reino de Dios en la tierra? ¿Puede ver aquellos acontecimientos como Dios los ve y caminar en esa dirección con sumisión y acción de gracias?

LA PROVISIÓN DE DIOS EN HECHOS

La raíz de la palabra *providencia* es la misma que la raíz de la palabra *provisión*. Ambas palabras se basan en una palabra compuesta del latín: *pro* («antes») y *videre* («ver»). En otras palabras, proveer es «ver de antemano» o «atender».

Cuando Pablo estaba bajo arresto domiciliario en Roma (Hechos 28:16-31), dependía totalmente de Dios para suplir sus necesidades. Por supuesto que esto fue cierto durante todo su ministerio, pero lo fue de manera especial cuando estaba arrestado y no podía trabajar en su oficio de hacer carpas. (Hechos 18:3). Una de las cartas que escribió mientras estaba encarcelado muestra un claro ejemplo de cómo Dios proveyó para sus necesidades. La iglesia en Filipos había enviado regalos para el mantenimiento de Pablo, y en su carta él se los agradeció efusivamente (Filipenses 4:10-20). Les prometió que de la misma forma en que ellos habían suplido sus necesidades, Dios, a su vez, proveería para ellos (Filipenses 4:19).

Las ideas de la provisión divina y de la providencia se basan en la habilidad de Dios de ver nuestras necesidades de antemano. Dios sabe lo que sucederá en el futuro; sabe lo que *tenemos* comparado con lo que *necesitaremos*. Y está preparado para suplir esas necesidades cuando confiamos en él. La iglesia en muchas partes del mundo, incluyendo a los Estados Unidos, opera a base de su abundancia, no de su pobreza como lo hizo la iglesia del primer siglo (2 Corintios 8:1-2). Pero si vamos a modelar nuestra fe y fruto según el ejemplo de la iglesia del primer siglo, tendremos que aprender a confiar en Dios como ellos lo hicieron: no solo para el dinero, sino para todas las cosas que se requieren para terminar la tarea que ellos comenzaron.

EL PODER EN HECHOS

El elemento más importante que se necesitó para edificar la iglesia naciente fue el poder de Dios. En las mismas instrucciones —el mismo versículo— en que Jesús les dio a los apóstoles un encargo, también les dio el recurso que necesitarían para llevar a cabo el encargo. Debían ir a Judea, a Samaria y al resto del mundo, pero no fueron dejados sin poder para cumplir esa misión: «Recibirán poder cuando el Espíritu Santo descienda sobre ustedes» (Hechos 1:8).

La inferencia es clara: no debemos intentar ser testigos de Cristo sin la presencia y el poder que resulta del Espíritu Santo. La conexión les fue obvia de inmediato a los apóstoles. Cuando el Espíritu Santo cayó sobre ellos y recibieron el don de lenguas, comenzaron a producir fruto. Pedro, el discípulo que antes había estado temeroso y avergonzado, se puso de pie y predicó de una forma que debe haber sorprendido al pescador de Galilea aún más de lo que sorprendió a todos los demás. Como resultado de su predicación, tres mil almas fueron añadidas a la iglesia aquel día (Hechos 2:41).

El poder de Dios estaba trabajando a través de los apóstoles de maneras milagrosas mientras Dios certificaba sus papeles y su autoridad en la iglesia a lo largo del libro de los Hechos (Hechos 3:6-7; 4:24-31; 5:1-11, 12-16; 6:8; 8:6-7, 13; 9:32-35; 14:3; 15:12; 19:11-12; 20:9-12; 28:1-10). Esos poderes les fueron dados a los apóstoles para un propósito específico: para demostrar que eran embajadores de Dios cuando nació la iglesia primitiva (2 Corintios 12:12). La iglesia de hoy no debería esperar una duplicación total de esa clase de poder.

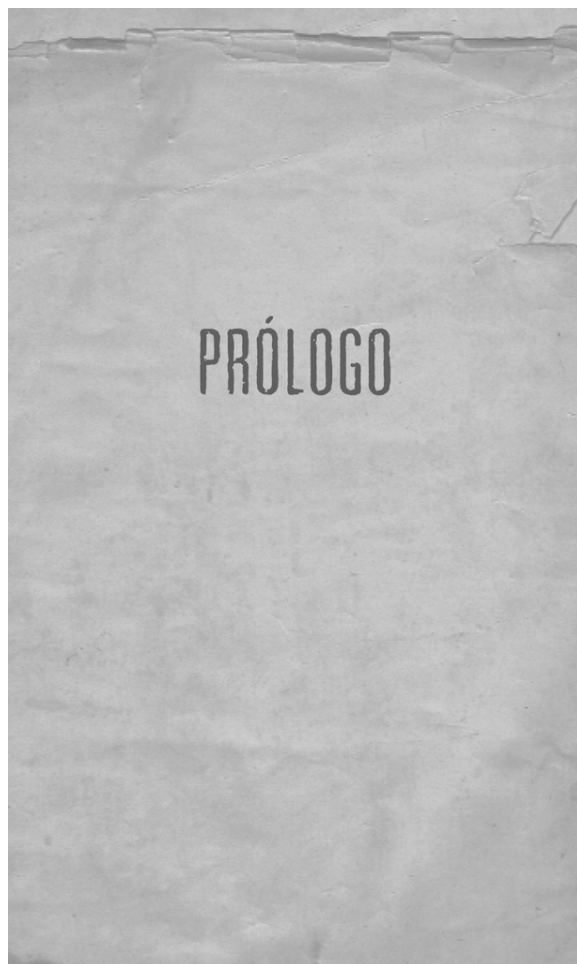
Lo que sí podemos esperar es el poder del Espíritu Santo en cada esfera de nuestra vida. El Espíritu Santo nos da el poder de desarrollar el carácter de Cristo (Gálatas 5:22-23), el poder de ministrar de la forma en que hemos sido dotados por el Espíritu (1 Corintios 12:8-11), el poder de vencer los obstáculos que enfrentamos (1 Corintios 12:7-10) y el poder de defender el evangelio de los ataques del malvado con audacia y valentía (Efesios 6:10-18).

Lo invito a que se una a la «enorme multitud de testigos» (Hebreos 12:1) que vivieron antes que nosotros, imitando su fe y obediencia. El plan de Dios para su iglesia ya ha sido establecido, y Dios sigue obrando en lugares alrededor del mundo, actuando a través de personas dirigidas por su providencia, impulsadas por su provisión, y apoderadas por su Espíritu... hasta que Jesús regrese por su iglesia.

Dios continúa escribiendo el libro de los Hechos, pero ahora lo está escribiendo a través de su pueblo.

Dr. David Jeremiah

Enero, 2015



PRÓLOGO

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE JESÚS

LUCAS 23:13-24:53

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE JESÚS

Entonces Pilato llamó a los principales sacerdotes y a los otros líderes religiosos, junto con el pueblo, y anunció su veredicto: «Me trajeron a este hombre porque lo acusan de encabezar una revuelta. Detenidamente lo he examinado al respecto en presencia de ustedes y lo encuentro inocente. Herodes llegó a la misma conclusión y me lo devolvió. Este hombre no ha hecho nada que merezca la pena de muerte. Así que lo haré azotar y luego lo pondré en libertad».

Pero un gran clamor surgió de la multitud, y a una voz la gente gritó: «¡Mátalo y suéltanos a Barrabás!». (Barrabás estaba en prisión por haber participado en un levantamiento contra el gobierno en Jerusalén, y por asesinato). Pilato discutió con ellos porque quería poner en libertad a Jesús, pero la multitud seguía gritando: «¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!».

Por tercera vez insistió Pilato: «¿Por qué? ¿Qué crimen ha cometido? No encuentro ninguna razón para condenarlo a muerte. Lo haré azotar y luego lo soltaré».

Pero la turba gritó cada vez más fuerte, exigiendo que Jesús fuera crucificado, y sus voces prevalecieron. Entonces Pilato sentenció a Jesús a muerte como la gente reclamaba. Como habían pedido, puso en libertad a Barrabás, el que estaba preso por levantamiento y asesinato. Y les entregó a Jesús para que hicieran con él como quisieran.

LA CRUCIFIXIÓN

Cuando ellos se llevaban a Jesús, sucedió que un hombre llamado Simón, que era de Cirene, venía del campo. Los soldados lo agarraron, pusieron la cruz sobre él y lo obligaron a cargarla detrás de Jesús. Una gran multitud lo seguía, incluidas muchas mujeres que lloraban desconsoladas. Entonces Jesús se dio la vuelta y les dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloren por mí; lloren más bien por ustedes y por sus hijos. Pues vienen días cuando dirán: “¡Dichosas las mujeres que no tienen hijos, los vientres que no dieron a luz y los pechos que no amamantaron!”. La gente suplicará a los montes: “¡Caigan sobre nosotros!” y rogará a las colinas: “¡Entiérrennos!”. Pues, si estas cosas suceden cuando el árbol está verde, ¿qué pasará cuando esté seco?».

Llevaron a otros dos, ambos criminales, para ser ejecutados con Jesús. Cuando llegaron a un lugar llamado «La Calavera», lo clavaron en la cruz y a los criminales también, uno a su derecha y otro a su izquierda.

Jesús dijo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Y los soldados sortearon su ropa, tirando los dados.

La multitud observaba, y los líderes se burlaban. «Salvó a otros —decían—, que se salve a sí mismo si de verdad es el Mesías de Dios, el Elegido». Los soldados también se burlaban de él, al ofrecerle vino agrio para beber. Y exclamaron: «Si eres el rey de los judíos, ¡sálvate a ti mismo!». Encima de su cabeza, colocaron un letrero que decía: «Este es el Rey de los judíos».

Uno de los criminales colgados junto a él se burló: «¿Así que eres el Mesías? Demuéstralo salvándote a ti mismo, ¡y a nosotros también!».

Pero el otro criminal protestó: «¿Ni siquiera temes a Dios ahora que estás condenado a muerte? Nosotros merecemos morir por nuestros crímenes, pero este hombre no ha hecho nada malo». Luego dijo:

—Jesús, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino.

Jesús respondió:

—Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso.

MUERTE DE JESÚS

Ya era alrededor del mediodía, y la tierra se llenó de oscuridad hasta las tres de la tarde. La luz del sol desapareció. Y, de repente, la cortina del santuario del templo se rasgó por la mitad. Después Jesús gritó: «Padre, ¡encomiendo mi espíritu en tus manos!». Y con esas palabras dio su último suspiro.

Cuando el oficial romano encargado de la ejecución vio lo que había sucedido, adoró a Dios y dijo: «Este hombre era inocente de verdad». Y cuando todas las multitudes que habían venido a observar la ejecución vieron lo que había sucedido, regresaron a casa con gran dolor; pero los amigos de Jesús, incluidas las mujeres que lo habían seguido desde Galilea, se quedaron mirando de lejos.

ENTIERRO DE JESÚS

Había un hombre bueno y justo llamado José. Era miembro del Concilio Supremo judío, pero no había estado de acuerdo con la decisión y las acciones de los otros líderes religiosos. Era de la ciudad de Judea llamada Arimatea y esperaba la venida del reino de Dios. Fue a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Luego bajó el cuerpo de la cruz, lo envolvió en un largo lienzo de lino y lo colocó en una tumba nueva que había sido tallada en la roca. Esto sucedió el viernes por la tarde, el día de preparación, cuando el día de descanso estaba por comenzar.



María de Magdala no solo viajó con Jesús, sino que también contribuyó económicamente. Presenció la crucifixión e iba camino a ungir el cuerpo de Jesús cuando descubrió la tumba vacía. María fue la primera persona que vio a Jesús después de su resurrección.

María Magdalena es un ejemplo conmovedor de una vida agradecida. Jesús la liberó milagrosamente cuando echó fuera de ella a siete demonios. Cada vez que la observamos, la vemos mostrando su agradecimiento por la libertad que Cristo le dio. Esa libertad le permitió estar al lado de la cruz cuando todos los discípulos, excepto Juan, se escondieron por miedo.

La fe de María era simple y sincera. Estaba más interesada en creer y obedecer que en entenderlo todo. Jesús honró esa fe como la de un niño al aparecérselo primero a ella y al confiarle el mensaje de su resurrección.

FORTALEZAS Y LOGROS: Contribuyó para las necesidades de Jesús y de sus discípulos

Fue una de los pocos fieles seguidores que estuvieron presentes cuando Jesús murió en la cruz

Fue la primera en ver al Cristo resucitado

DEBILIDAD Y ERROR: Jesús tuvo que echar fuera de ella a siete demonios

LECCIONES DE SU VIDA: Los que son obedientes crecen en el entendimiento

Jesús se relaciona con las mujeres de la manera que las creó: siendo por igual un reflejo de la imagen de Dios

DATOS GENERALES: Lugar: Magdala y Jerusalén

Ocupación: No se nos dice, pero parece haber sido una mujer adinerada

Mientras llevaban el cuerpo, las mujeres de Galilea iban detrás y vieron la tumba donde lo colocaron. Luego fueron a sus casas y prepararon especias y ungüentos para ungir el cuerpo de Jesús; pero cuando terminaron ya había comenzado el día de descanso, así que descansaron como ordena la ley.

LA RESURRECCIÓN

El domingo, muy temprano por la mañana, las mujeres fueron a la tumba, llevando las especias que habían preparado. Encontraron que la piedra de la entrada estaba corrida a un costado. Entonces entraron, pero no encontraron el cuerpo del Señor Jesús. Mientras estaban allí perplejas, de pronto aparecieron dos hombres vestidos con vestiduras resplandecientes.

Las mujeres quedaron aterradas y se inclinaron rostro en tierra. Entonces los hombres preguntaron: «¿Por qué buscan entre los muertos a alguien que está vivo? ¡Él no está aquí! ¡Ha resucitado! Recuerden lo que les dijo en Galilea, que el Hijo del Hombre debía ser traicionado y entregado en manos de hombres pecadores, y ser crucificado, y que resucitaría al tercer día».

Entonces ellas recordaron lo que Jesús había dicho. Así que regresaron corriendo de la tumba a contarles a los once discípulos y a todos los demás lo que había sucedido. Fueron María Magdalena, Juana, María la madre de Santiago y varias mujeres más quienes contaron a los apóstoles lo que pasó. Pero a los hombres el relato les pareció una tontería, y no les creyeron. Sin

embargo, Pedro se levantó de un salto y corrió a la tumba para ver por sí mismo. Agachándose, miró hacia adentro y vio solo los lienzos de lino, vacíos; luego regresó a la casa, preguntándose qué habría ocurrido.

DE CAMINO A EMAÚS

Ese mismo día, dos de los seguidores de Jesús iban camino al pueblo de Emaús, a unos once kilómetros de Jerusalén. Al ir caminando, hablaban acerca de las cosas que habían sucedido. Mientras conversaban y hablaban, de pronto Jesús mismo se apareció y comenzó a caminar con ellos; pero Dios impidió que lo reconocieran.

Él les preguntó:

—¿De qué vienen discutiendo tan profundamente por el camino?

Se detuvieron de golpe, con sus rostros cargados de tristeza. Entonces uno de ellos, llamado Cleofas, contestó:

—Tú debes de ser la única persona en Jerusalén que no oyó acerca de las cosas que han sucedido allí en los últimos días.

—¿Qué cosas? —preguntó Jesús.

—Las cosas que le sucedieron a Jesús, el hombre de Nazaret —le dijeron—. Era un profeta que hizo milagros poderosos, y también era un gran maestro a los ojos de Dios y de todo el pueblo. Sin embargo, los principales sacerdotes y otros líderes religiosos lo entregaron para que fuera condenado a muerte, y lo crucificaron. Nosotros teníamos la esperanza de que fuera el Mesías que había venido para rescatar a Israel. Todo esto sucedió hace tres días.

»No obstante, algunas mujeres de nuestro grupo de seguidores fueron a su tumba esta mañana temprano y regresaron con noticias increíbles. Dijeron que el cuerpo había desaparecido y que habían visto a ángeles, quienes les dijeron ¡que Jesús está vivo! Algunos de nuestros hombres corrieron para averiguarlo, y efectivamente el cuerpo no estaba, tal como las mujeres habían dicho.

Entonces Jesús les dijo:

—¡Qué necios son! Les cuesta tanto creer todo lo que los profetas escribieron en las Escrituras. ¿Acaso no profetizaron claramente que el Mesías tendría que sufrir todas esas cosas antes de entrar en su gloria?

Entonces Jesús los guió por los escritos de Moisés y de todos los profetas, explicándoles lo que las Escrituras decían acerca de él mismo.

Para entonces ya estaban cerca de Emaús y del final del viaje. Jesús hizo como que iba a seguir adelante, pero ellos le suplicaron: «Quédate con nosotros esta noche, ya que se está haciendo tarde». Entonces los acompañó a la casa. Al sentarse a comer, tomó el pan y lo bendijo. Luego lo partió y se lo dio a ellos. De pronto, se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Y, en ese instante, Jesús desapareció.

Entonces se dijeron el uno al otro: «¿No ardía nuestro corazón cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?». En menos de una hora, estaban de regreso a Jerusalén. Allí encontraron a los once discípulos y a los otros que se habían reunido con ellos, quienes decían: «¡El Señor ha resucitado de verdad! Se le apareció a Pedro».

JESÚS SE APARECE A LOS DISCÍPULOS

Luego los dos de Emaús les contaron cómo Jesús se les había aparecido mientras iban por el camino y cómo lo habían reconocido cuando partió el pan. Entonces, justo mientras contaban la historia, de pronto Jesús mismo apareció de pie en medio de ellos. «La paz sea con ustedes», les dijo. Pero todos quedaron asustados y temerosos; ¡pensaban que veían un fantasma!

«¿Por qué están asustados? —les preguntó—. ¿Por qué tienen el corazón lleno de dudas? Miren mis manos. Miren mis pies. Pueden ver que de veras soy yo. Tóquenme y asegúrense de que no soy un fantasma, pues los fantasmas no tienen cuerpo, como ven que yo tengo». Mientras hablaba, él les mostró sus manos y sus pies.

Aun así, ellos seguían sin creer, llenos de alegría y asombro. Entonces les preguntó: «¿Tienen aquí algo para comer?». Le dieron un pedazo de pescado asado, y él lo comió mientras ellos miraban.

Entonces dijo: «Cuando estaba con ustedes antes, les dije que tenía que cumplirse todo lo escrito acerca de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los Salmos». Entonces les abrió la mente para que entendieran las Escrituras, y dijo: «Efectivamente, se escribió hace mucho tiempo que el Mesías debería sufrir, morir y resucitar al tercer día. También se escribió que este mensaje se proclamaría con la autoridad de su nombre a todas las naciones, comenzando con Jerusalén: “Hay perdón de pecados para todos los que se arrepientan”. Ustedes son testigos de todas estas cosas.

»Ahora enviaré al Espíritu Santo, tal como prometió mi Padre; pero quédense aquí en la ciudad hasta que el Espíritu Santo venga y los llene con poder del cielo».

LA ASCENSIÓN

Entonces Jesús los llevó a Betania, levantó sus manos al cielo y los bendijo. Mientras los bendecía, los dejó y fue levantado al cielo. Entonces ellos lo adoraron y regresaron a Jerusalén llenos de gran alegría; y pasaban todo su tiempo en el templo, adorando a Dios.



Es una frase que se usa de vez en cuando: «Esto o aquello es lo crucial del asunto». *Crucial*, que significa «lo más importante», procede de la palabra *crux*, que significa «cruz» en latín. Esto nos provee un buen juego de palabras cuando hablamos de la teología cristiana: «La cruz de Cristo es lo crucial del cristianismo». Sin la cruz de Cristo, el cristianismo pierde su mensaje redentor.

La historia de la cruz no es solamente una lección de historia que leemos en un libro. Es un recordatorio para cada uno de nosotros de que nuestro pecado, lo que nos ha separado de la gloria de Dios, es la misma razón por la que Jesucristo murió en la cruz:

- «Cristo nos ha rescatado de la maldición dictada en la ley. Cuando fue colgado en la cruz, cargó sobre sí la maldición de nuestras fechorías. Pues está escrito: “Maldito todo el que es colgado en un madero”» (Gálatas 3:13).
- «Él anuló el acta con los cargos que había contra nosotros y la eliminó clavándola en la cruz» (Colosenses 2:14).
- «Él mismo cargó nuestros pecados sobre su cuerpo en la cruz, para que nosotros podamos estar muertos al pecado y vivir para lo que es recto. Por sus heridas, ustedes son sanados» (1 Pedro 2:24).

Dios escogió lo mejor que el cielo podía ofrecer, a su Hijo único y perfecto, y lo envió a la tierra para pagar el castigo por nuestros pecados. La cruz es lo crucial de la obra de Cristo, y de nuestra vida, porque es la manera que Dios ha escogido para llevarnos de vuelta a una relación amorosa con él.

La crucifixión de Cristo es inseparable de la resurrección de Cristo. La una sin la otra es solamente la mitad de la historia de la redención. El apóstol Pablo lo dijo de esta forma: «Si Cristo no ha resucitado, entonces toda nuestra predicación es inútil, y la fe de ustedes también es inútil» (1 Corintios 15:14).

Pero Cristo *ha* resucitado, y su resurrección implica cosas maravillosas para todos nosotros (1 Corintios 15:20). Cuando llegamos a creer en la resurrección, cambiará nuestro pasado, nuestro presente y nuestro futuro.

LA RESURRECCIÓN SE TRATA DE NUESTRO PASADO

El dolor de una vida no perdonada puede ser insoportable. Algunas personas enloquecen tratando de lidiar con la vergüenza y la culpa que sienten por su pasado. Otros experimentan una leve e inescapable sensación de pesar que les recuerda la forma en que han herido a otras personas y han pecado contra Dios. En su libro *The Contemporary Christian (El cristiano contemporáneo)*, John Stott escribe: «El perdón es una de nuestras necesidades más básicas y es uno de los mejores dones de Dios. [...] Todos tenemos uno o dos secretos vergonzosos que tratamos de mantener ocultos: recuerdos de cosas que hemos pensado, dicho o hecho, sobre las cuales, en nuestros mejores momentos, nos sentimos profundamente avergonzados. Nuestra conciencia no nos deja tranquilos, nos condena, nos atormenta»^[4].

La maravillosa noticia del evangelio es que Jesús murió y resucitó para librarnos de la culpa y la condenación de nuestro pasado. «Él fue entregado a la muerte por causa de nuestros pecados, y resucitado para

hacernos justos a los ojos de Dios» (Romanos 4:25).

En la cruz, Jesús pagó nuestra cuenta por el pecado, y el recibo de esta paga es la resurrección. Si Jesús no hubiera resucitado de los muertos, su muerte habría sido en vano y nosotros todavía estaríamos cargando el peso y la culpa de nuestro pecado (1 Corintios 15:17). Pero a través de su resurrección tenemos la seguridad de que está disponible el perdón gratuito y completo de todos nuestros pecados.

LA RESURRECCIÓN SE TRATA DE NUESTRO PRESENTE

En la carta de Pablo a los efesios, él hace una declaración asombrosa. En su oración por los creyentes efesios, le pide a Dios que esos nuevos creyentes puedan conocer la increíble grandeza del poder de Dios en su vida cada día, y luego dice que es el mismo poder que levantó a Cristo de los muertos y lo sentó en el lugar de honor, a la mano derecha de Dios en el cielo (Efesios 1:19-20).

En otras palabras, el poder que trajo a Jesús de vuelta a la vida en aquella primera Pascua también está a nuestra disposición cuando ponemos nuestra confianza en él. Es por medio de este poder que somos resucitados de la muerte espiritual y recibimos nueva vida. Es el poder que toma a personas que no tienen interés alguno en las cosas de Dios y las transforma en estudiantes de su Palabra y en seguidores de Jesucristo.

Cuando usted acepta a Jesús como su Salvador, significa que comienza a experimentar el poder de la resurrección en ese mismo instante. El Espíritu de Dios transformará quién es usted y cómo responde a los desafíos de la vida. Y aunque tal vez sus circunstancias no cambien, su corazón sí cambiará. En lugar de estar lleno de temor, enojo o celos, su vida comenzará a estar caracterizada por el amor, el gozo y la paz. La resurrección no solamente se trata de su pasado; también se trata de su presente.

LA RESURRECCIÓN SE TRATA DE NUESTRO FUTURO

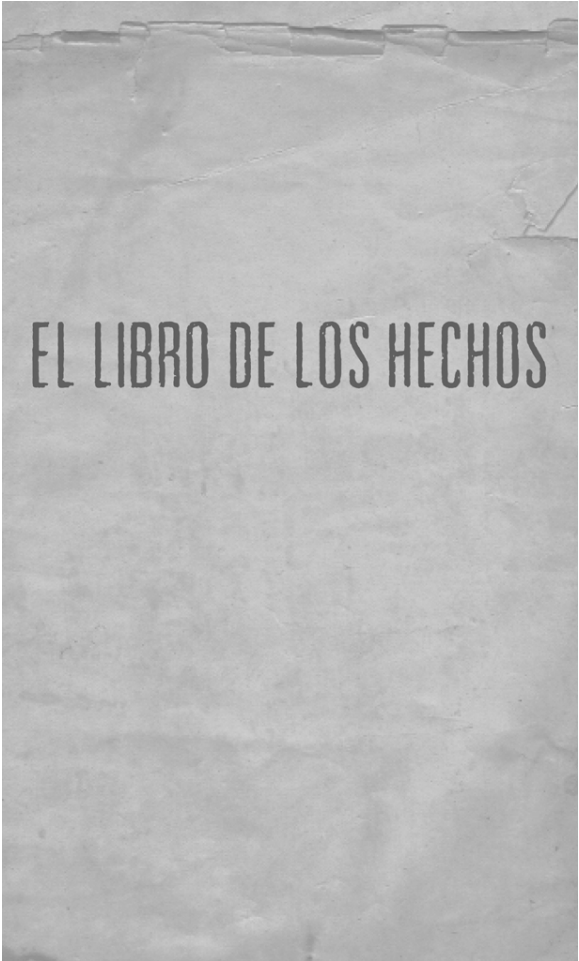
Escuche las siguientes palabras que hablan de la resurrección de Jesucristo y de nuestra esperanza para el futuro: «Que toda la alabanza sea para Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo. Es por su gran misericordia que hemos nacido de nuevo, porque Dios levantó a Jesucristo de los muertos. Ahora vivimos con gran expectación y tenemos una herencia que no tiene precio, una herencia que está reservada en el cielo para ustedes, pura y sin mancha, que no puede cambiar ni deteriorarse. Por la fe que tienen, Dios los protege con su poder hasta que reciban esta salvación, la cual está lista para ser revelada en el día final, a fin de que todos la vean» (1 Pedro 1:3-5).

Sin importar lo graves que puedan ser nuestras situaciones en la vida, nuestra esperanza está segura en Jesucristo y en su victoria sobre la tumba. Porque él vive, nuestra esperanza también está viva, y podemos esperar una herencia especial que no puede ser destrozada, arruinada o

reducida porque está reservada para nosotros en el cielo. A través de la resurrección, nuestra herencia eterna es segura. Nada nos puede quitar esa esperanza.

La resurrección de Cristo es la garantía de nuestra futura resurrección. Porque Jesús venció la tumba, también nosotros tenemos la seguridad de que seremos levantados en triunfo sobre la muerte.

La muerte y resurrección de Cristo nos obligan a elegir qué creemos sobre los asuntos más importantes de nuestra vida: acerca del pecado y de la salvación, de la vida y de la muerte. En verdad es una encrucijada que demanda una decisión. Lo insto a que ponga su confianza en la vida, la muerte y la resurrección de Jesucristo. Cuando lo haga, puede estar seguro de que su pasado ha sido perdonado: sus fracasos no son fatales. Su presente tiene significado: su vida no es en vano. Su futuro está seguro: su muerte no es el fin.



EL LIBRO DE LOS HECHOS

CAPÍTULO UNO

LA PROMESA DEL ESPÍRITU SANTO

Teófilo, en mi primer libro te relaté todo lo que Jesús comenzó a hacer y a enseñar hasta el día que fue llevado al cielo, después de haberles dado a sus apóstoles escogidos instrucciones adicionales por medio del Espíritu Santo. Durante los cuarenta días después de que sufrió y murió, Cristo se apareció varias veces a los apóstoles y les demostró con muchas pruebas convincentes que él realmente estaba vivo. Y les habló del reino de Dios.

Una vez, mientras comía con ellos, les ordenó: «No se vayan de Jerusalén hasta que el Padre les envíe el regalo que les prometió, tal como les dije antes. Juan bautizaba con agua, pero en unos cuantos días ustedes serán bautizados con el Espíritu Santo».

LA ASCENSIÓN DE JESÚS

Así que mientras los apóstoles estaban con Jesús, le preguntaron con insistencia:

—Señor, ¿ha llegado ya el tiempo de que liberes a Israel y restaures nuestro reino?

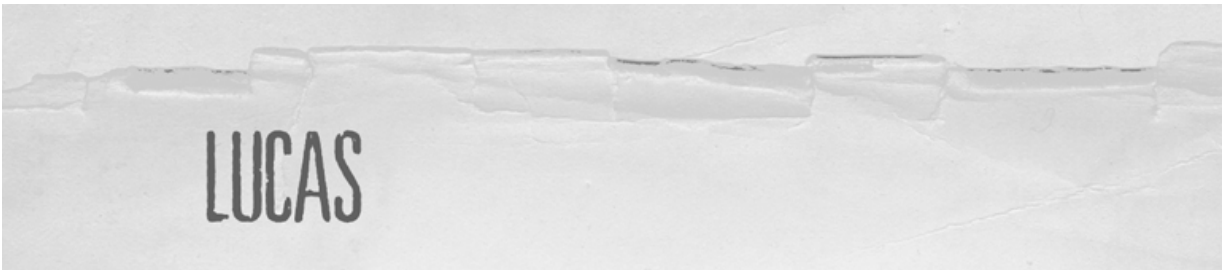
Él les contestó:

—Solo el Padre tiene la autoridad para fijar esas fechas y tiempos, y a ustedes no les corresponde saberlo; pero recibirán poder cuando el Espíritu Santo descienda sobre ustedes; y serán mis testigos, y le hablarán a la gente acerca de mí en todas partes: en Jerusalén, por toda Judea, en Samaria y hasta los lugares más lejanos de la tierra.

Después de decir esto, Jesús fue levantado en una nube mientras ellos observaban, hasta que ya no pudieron verlo. Mientras se esforzaban por verlo ascender al cielo, dos hombres vestidos con túnicas blancas de repente se pusieron en medio de ellos. «Hombres de Galilea —les dijeron—, ¿por qué están aquí parados, mirando al cielo? Jesús fue tomado de entre ustedes y llevado al cielo, ¡pero un día volverá del cielo de la misma manera en que lo vieron irse!».

MATÍAS TOMA EL LUGAR DE JUDAS

Después los apóstoles regresaron del monte de los Olivos a Jerusalén, a un kilómetro de distancia. Cuando llegaron, subieron a la habitación de la planta alta de la casa donde se hospedaban.



LUCAS

Aunque sabemos muy pocos detalles de su vida, Lucas nos ha dejado una firme impresión de cómo era por medio de sus escritos. En su evangelio, Lucas enfatiza la compasión de Jesucristo. Registró en forma vívida no solamente el poder demostrado por la vida de Cristo sino también el cuidado con que Cristo trataba a la gente. Las palabras de Lucas en el libro de los Hechos usan penetrantes figuras verbales para presentar a personas reales que estaban participando en los acontecimientos más grandes de la historia.

Lucas era un doctor. Como compañero de Pablo, su práctica de medicina era ambulante. Puesto que a menudo el evangelio era recibido con látigos y piedras, no cabe duda de que al doctor nunca le faltaron pacientes.

Dios usó a Lucas de una manera especial como el historiador de la iglesia naciente. En forma repetida, los detalles de las descripciones de Lucas han comprobado ser exactos. Las primeras palabras de su evangelio indican su interés en la verdad.

Sin embargo, Lucas logró todo esto evitando el estrellato. Tal vez el mayor ejemplo que nos deja es el desafío a la grandeza sin ser el centro de la atención.

FORTALEZAS Y LOGROS: Fue un compañero humilde, fiel y de gran valor para Pablo

Era un médico bien instruido y competente

Fue un historiador cuidadoso y exacto

Escribió el evangelio de Lucas y el libro de los Hechos

LECCIONES DE SU VIDA: Las palabras que dejamos atrás proveerán una imagen duradera de quiénes somos

La excelencia se demuestra en cómo trabajamos cuando nadie nos observa

DATOS GENERALES: Lugar: Probablemente conoció a Pablo en Troas

Ocupaciones: Doctor, historiador y compañero de viaje

Estos son los nombres de los que estaban presentes: Pedro, Juan, Santiago, Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Santiago (hijo de Alfeo), Simón (el zelote) y Judas (hijo de Santiago). Todos se reunían y estaban constantemente unidos en oración junto con María la madre de Jesús, varias mujeres más y los hermanos de Jesús.

Durante aquellos días, cuando aproximadamente ciento veinte creyentes estaban juntos en un mismo lugar, Pedro se puso de pie y se dirigió a ellos: «Hermanos —les dijo—, las Escrituras tenían que cumplirse con respecto a Judas, quien guió a los que arrestaron a Jesús. Esto lo predijo hace mucho tiempo el Espíritu Santo cuando habló por medio del rey David. Judas era uno de nosotros y participó con nosotros en el ministerio».

(Judas había comprado un campo con el dinero que recibió por su traición. Allí cayó de cabeza, se le reventó el cuerpo y se le derramaron los intestinos. La noticia de su muerte llegó a todos los habitantes de Jerusalén, y ellos le pusieron a ese lugar el nombre arameo *Acéldama*, que significa «Campo de Sangre»).

«Esto estaba escrito en el libro de los Salmos —continuó Pedro—, donde dice: “Que su casa quede desolada y que nadie viva en ella”. También dice: “Que otro tome su lugar”.

»Entonces ahora tenemos que elegir a alguien que tome el lugar de Judas entre los hombres que estaban con nosotros todo el tiempo mientras viajábamos con el Señor Jesús, desde el día en que Juan lo bautizó hasta el día en que fue tomado de entre nosotros. El que salga elegido se unirá a nosotros como testigo de la resurrección de Jesús».

Así que propusieron a dos hombres: a José —a quien llamaban Barsabás (también conocido como Justo)— y a Matías. Después todos ellos oraron: «Oh Señor, tú conoces cada corazón. Muéstranos a cuál de estos hombres has elegido como apóstol para que tome el lugar de Judas en este ministerio, porque él nos ha abandonado y se ha ido al lugar que le corresponde». Entonces echaron suertes, y Matías fue elegido para ser apóstol con los otros once.

CAPÍTULO DOS

LA LLEGADA DEL ESPÍRITU SANTO

El día de Pentecostés, todos los creyentes estaban reunidos en un mismo lugar. De repente, se oyó un ruido desde el cielo parecido al estruendo de un viento fuerte e impetuoso que llenó la casa donde estaban sentados. Luego, algo parecido a unas llamas o lenguas de fuego aparecieron y se posaron sobre cada uno de ellos. Y todos los presentes fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otros idiomas, conforme el Espíritu Santo les daba esa capacidad.

En esa ocasión, había judíos devotos de todas las naciones, que vivían en Jerusalén. Cuando oyeron el fuerte ruido, todos llegaron corriendo y quedaron desconcertados al escuchar sus propios idiomas hablados por los creyentes.

Estaban totalmente asombrados. «¿Cómo puede ser? —exclamaban—. Todas estas personas son de Galilea, ¡y aun así las oímos hablar en nuestra lengua materna! Aquí estamos nosotros: partos, medos, elamitas, gente de Mesopotamia, Judea, Capadocia, Ponto, de la provincia de Asia, de Frigia, Panfilia, Egipto y de las áreas de Libia alrededor de Cirene, visitantes de Roma (tanto judíos como convertidos al judaísmo), cretenses y árabes. ¡Y todos oímos a esta gente hablar en nuestro propio idioma acerca de las cosas maravillosas que Dios ha hecho!». Quedaron allí, maravillados y perplejos. «¿Qué querrá decir esto?», se preguntaban unos a otros.

Pero otros entre la multitud se burlaban de ellos diciendo: «Solo están borrachos, eso es todo».

PEDRO PREDICA A LA MULTITUD

Entonces Pedro dio un paso adelante junto con los otros once apóstoles y gritó a la multitud: «¡Escuchen con atención, todos ustedes, compatriotas judíos y residentes de Jerusalén! No se equivoquen. Estas personas no están borrachas, como algunos de ustedes suponen. Las nueve de la mañana es demasiado temprano para emborracharse. No, lo que ustedes ven es lo que el profeta Joel predijo hace mucho tiempo:

*“En los últimos días —dice Dios—,
derramaré mi Espíritu sobre toda la gente.
Sus hijos e hijas profetizarán.
Sus jóvenes tendrán visiones,
y sus ancianos tendrán sueños.
En esos días derramaré mi Espíritu
aun sobre mis siervos —hombres y mujeres por igual—
y profetizarán.
Y haré maravillas arriba en los cielos
y señales abajo en la tierra:
sangre, fuego y nubes de humo.
El sol se oscurecerá,
y la luna se pondrá roja como la sangre
antes de que llegue el grande y glorioso día del SEÑOR.
Pero todo el que invoque el nombre del SEÑOR
será salvo”.*

»Pueblo de Israel, ¡escucha! Dios públicamente aprobó a Jesús de Nazaret al hacer milagros poderosos, maravillas y señales por medio de él, como ustedes bien saben; pero Dios sabía lo que iba a suceder y su plan predeterminado se llevó a cabo cuando Jesús fue traicionado. Con la ayuda de gentiles sin ley, ustedes lo clavaron en la cruz y lo mataron; pero Dios lo liberó de los terrores de la muerte y lo volvió a la vida, pues la muerte no pudo retenerlo bajo su dominio. El rey David dijo lo siguiente acerca de él:

*“Veo que el SEÑOR siempre está conmigo.
No seré sacudido, porque él está aquí a mi lado.
¡Con razón mi corazón está contento,
y mi lengua grita sus alabanzas!
Mi cuerpo descansa en esperanza.
Pues tú no dejarás mi alma entre los muertos
ni permitirás que tu Santo se pudra en la tumba.
Me has mostrado el camino de la vida
y me llenarás con la alegría de tu presencia”.*



Lo primero que Jesús le dio a Simón Pedro fue una invitación a seguirlo (Marcos 1:17). Lo último que le dijo fue: «Sígueme» (Juan 21:22). Pedro nunca vaciló en su deseo de seguirle, pero sí tropezó.

Cuando Jesús entró en su vida, este simple pescador se convirtió en una persona nueva con metas y prioridades nuevas. Sin embargo, no se convirtió en una persona perfecta. ¿Qué vio Jesús en Simón para saludarlo con un nombre nuevo: Pedro, la «roca»? El impulsivo Pedro no actuó como una roca la mayoría del tiempo. Pero Jesús buscaba personas que pudieran ser cambiadas por su amor. Después les mandó a comunicar que su aceptación estaba disponible para todos; aun para aquellos que fracasan.

FORTALEZAS Y LOGROS: Llegó a ser el líder reconocido entre los discípulos de Jesús, uno del grupo íntimo de tres (junto con Santiago y Juan)

Fue el primer vocero principal del evangelio durante y después de Pentecostés

Es probable que conociera a Juan Marcos y le diera información para el evangelio de Marcos
Escribió 1 y 2 Pedro

DEBILIDADES Y ERRORES: A menudo hablaba sin pensar; era impetuoso e impulsivo

Durante el juicio de Jesús, negó tres veces que lo conocía

LECCIONES DE SU VIDA: La fidelidad de Dios puede compensar nuestra infidelidad más grande

Es mejor ser un seguidor que falla que no seguir

DATOS GENERALES: Ocupaciones: Pescador, discípulo

Parientes: Padre: Juan. Hermano: Andrés.

»Queridos hermanos, ¡piensen en esto! Pueden estar seguros de que el patriarca David no se refería a sí mismo, porque él murió, fue enterrado y su tumba está todavía aquí entre nosotros; pero él era un profeta y sabía que Dios había prometido mediante un juramento que uno de los propios descendientes de David se sentaría en su trono. David estaba mirando hacia el futuro y hablaba de la resurrección del Mesías. Él decía que Dios no lo dejaría entre los muertos ni permitiría que su cuerpo se pudriera en la tumba.

»Dios levantó a Jesús de los muertos y de esto todos nosotros somos testigos. Ahora él ha sido exaltado al lugar de más alto honor en el cielo, a la derecha de Dios. Y el Padre, según lo había prometido, le dio el Espíritu Santo para que lo derramara sobre nosotros, tal como ustedes lo ven y lo oyen hoy. Pues David nunca ascendió al cielo; sin embargo, dijo:

“El SEÑOR le dijo a mi Señor:

*‘Siéntate en el lugar de honor a mi derecha,
hasta que humille a tus enemigos
y los ponga por debajo de tus pies’”.*

»Por lo tanto, que todos en Israel sepan sin lugar a dudas, que a este Jesús, a quien ustedes crucificaron, ¡Dios lo ha hecho tanto Señor como Mesías!«.

Las palabras de Pedro traspasaron el corazón de ellos, quienes le dijeron a él y a los demás apóstoles:

—Hermanos, ¿qué debemos hacer?

Pedro contestó:

—Cada uno de ustedes debe arrepentirse de sus pecados y volver a Dios, y ser bautizado en el nombre de Jesucristo para el perdón de sus pecados. Entonces recibirán el regalo del Espíritu Santo. Esta promesa es para ustedes, para sus hijos y para los que están lejos, es decir, para todos los que han sido llamados por el Señor nuestro Dios.

Entonces Pedro siguió predicando por largo rato, y les rogaba con insistencia a todos sus oyentes: «¡Sálvense de esta generación perversa!».

Los que creyeron lo que Pedro dijo fueron bautizados y sumados a la iglesia en ese mismo día, como tres mil en total.

LOS CREYENTES FORMAN UNA COMUNIDAD

Todos los creyentes se dedicaban a las enseñanzas de los apóstoles, a la comunión fraternal, a participar juntos en las comidas (entre ellas la Cena del Señor), y a la oración.

Un profundo temor reverente vino sobre todos ellos, y los apóstoles realizaban muchas señales milagrosas y maravillas. Todos los creyentes se reunían en un mismo lugar y compartían todo lo que tenían. Vendían sus propiedades y posesiones y compartían el dinero con aquellos en necesidad. Adoraban juntos en el templo cada día, se reunían en casas para la Cena del Señor y compartían sus comidas con gran gozo y generosidad, todo el tiempo alabando a Dios y disfrutando de la buena voluntad de toda la gente. Y cada día el Señor agregaba a esa comunidad cristiana los que iban siendo salvos.

CAPÍTULO TRES

PEDRO SANA A UN MENDIGO COJO

Cierta tarde, Pedro y Juan fueron al templo para participar en el servicio de oración de las tres de la tarde. Mientras se acercaban al templo, llevaban cargando a un hombre cojo de nacimiento. Todos los días lo ponían junto a la puerta del templo, la que se llama Hermosa, para que pidiera limosna a la gente que entraba. Cuando el hombre vio que Pedro y Juan estaban por entrar, les pidió dinero.

Pedro y Juan lo miraron fijamente, y Pedro le dijo: «¡Míranos!». El hombre lisiado los miró ansiosamente, esperando recibir un poco de dinero, pero Pedro le dijo: «Yo no tengo plata ni oro para ti, pero te daré lo que tengo. En el nombre de Jesucristo de Nazaret, ¡levántate y camina!».

Entonces Pedro tomó al hombre lisiado de la mano derecha y lo ayudó a levantarse. Y, mientras lo hacía, al instante los pies y los tobillos del hombre fueron sanados y fortalecidos. ¡Se levantó de un salto, se puso de pie y comenzó a caminar! Luego entró en el templo con ellos caminando, saltando y alabando a Dios.

Toda la gente lo vio caminar y lo oyó adorar a Dios. Cuando se dieron cuenta de que él era el mendigo cojo que muchas veces habían visto junto a la puerta Hermosa, ¡quedaron totalmente sorprendidos! Llenos de asombro, salieron todos corriendo hacia el pórtico de Salomón, donde estaba el hombre sujetando fuertemente a Pedro y a Juan.

PEDRO PREDICA EN EL TEMPLO

Pedro vio esto como una oportunidad y se dirigió a la multitud: «Pueblo de Israel —dijo—, ¿qué hay de sorprendente en esto? ¿Y por qué nos quedan viendo como si hubiéramos hecho caminar a este hombre con nuestro propio poder o nuestra propia rectitud? Pues es el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob —el Dios de todos nuestros antepasados— quien dio gloria a su siervo Jesús al hacer este milagro. Es el mismo Jesús a quien ustedes rechazaron y entregaron a Pilato, a pesar de que Pilato había decidido ponerlo en libertad. Ustedes rechazaron a ese santo y justo y, en su lugar, exigieron que soltaran a un asesino. Ustedes mataron al autor de la vida, pero Dios lo levantó de los muertos. ¡Y nosotros somos testigos de ese hecho!

»Por la fe en el nombre de Jesús, este hombre fue sanado, y ustedes saben que él antes era un lisiado. La fe en el nombre de Jesús lo ha sanado delante de sus propios ojos.

»Amigos, yo entiendo que lo que ustedes y sus líderes le hicieron a Jesús fue hecho en ignorancia; pero Dios estaba cumpliendo lo que los profetas predijeron acerca del Mesías, que él tenía que sufrir estas cosas. Ahora pues, arrepíentanse de sus pecados y vuelvan a Dios para que sus pecados sean borrados. Entonces, de la presencia del Señor vendrán tiempos de refrigerio y él les enviará nuevamente a Jesús, el Mesías designado para ustedes. Pues él debe permanecer en el cielo hasta el tiempo de la restauración final de todas las cosas, así como Dios lo prometió desde hace mucho mediante sus santos profetas. Moisés dijo: “El SEÑOR, Dios de ustedes, les levantará un Profeta como yo de entre su propio pueblo. Escuchen con atención todo lo que él les diga”. Luego Moisés dijo: “Cualquiera que no escuche a ese Profeta será totalmente excluido del pueblo de Dios”.

»Comenzando con Samuel, cada profeta habló acerca de lo que sucede hoy en día. Ustedes son los hijos de esos profetas y están incluidos en el pacto que Dios les prometió a sus antepasados. Pues Dios le dijo a Abraham: “Todas las familias de la tierra serán bendecidas por medio de tus

descendientes”. Cuando Dios levantó a su siervo, Jesús, lo envió primero a ustedes, pueblo de Israel, para bendecirlos al hacer que cada uno se aparte de sus caminos pecaminosos».

CAPÍTULO CUATRO

PEDRO Y JUAN ANTE EL CONCILIO

Mientras Pedro y Juan le hablaban a la gente, se vieron enfrentados por los sacerdotes, el capitán de la guardia del templo y algunos de los saduceos. Estos líderes estaban sumamente molestos porque Pedro y Juan enseñaban a la gente que hay resurrección de los muertos por medio de Jesús. Los arrestaron y, como ya era de noche, los metieron en la cárcel hasta la mañana siguiente. Pero muchos de los que habían oído el mensaje lo creyeron, así que el número de creyentes ascendió a un total aproximado de cinco mil hombres, sin contar a las mujeres y a los niños.

Al día siguiente, el Concilio —integrado por todos los gobernantes, ancianos y maestros de la ley religiosa— se reunió en Jerusalén. El sumo sacerdote, Anás, estaba presente junto con Caifás, Juan, Alejandro y otros parientes del sumo sacerdote. Hicieron entrar a los dos discípulos y les preguntaron:

—¿Con qué poder o en nombre de quién han hecho esto?

Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, les dijo:

—Gobernantes y ancianos de nuestro pueblo, ¿nos interrogan hoy por haber hecho una buena obra a un lisiado? ¿Quieren saber cómo fue sanado? Déjenme decirles claramente tanto a ustedes como a todo el pueblo de Israel que fue sanado por el poderoso nombre de Jesucristo de Nazaret, el hombre a quien ustedes crucificaron pero a quien Dios levantó de los muertos. Pues es Jesús a quien se refieren las Escrituras cuando dicen:

“La piedra que ustedes, los constructores, rechazaron

ahora se ha convertido en la piedra principal”.

¡En ningún otro hay salvación! Dios no ha dado ningún otro nombre bajo el cielo, mediante el cual podamos ser salvos.

Los miembros del Concilio quedaron asombrados cuando vieron el valor de Pedro y de Juan, porque veían que eran hombres comunes sin ninguna preparación especial en las Escrituras. También los identificaron como hombres que habían estado con Jesús. Sin embargo, dado que podían ver allí de pie entre ellos al hombre que había sido sanado, no hubo nada que el Concilio pudiera decir. Así que les ordenaron a Pedro y a Juan que salieran de la sala del Concilio, y consultaron entre ellos.

«¿Qué debemos hacer con estos hombres? —se preguntaban unos a otros—. No podemos negar que han hecho una señal milagrosa, y todos en Jerusalén ya lo saben. Así que para evitar que sigan divulgando su propaganda aún más, tenemos que advertirles que no vuelvan a hablar con nadie en el nombre de Jesús». Entonces llamaron nuevamente a los apóstoles y les ordenaron que nunca más hablaran ni enseñaran en el nombre de Jesús.

Pero Pedro y Juan respondieron: «¿Acaso piensan que Dios quiere que los obedezcamos a ustedes en lugar de a él? Nosotros no podemos dejar de hablar acerca de todo lo que hemos visto y oído».

Entonces el Concilio los amenazó aún más, pero finalmente los dejaron ir porque no sabían cómo castigarlos sin desatar un disturbio. Pues todos alababan a Dios por esa señal milagrosa, la sanidad de un hombre que había estado lisiado por más de cuarenta años.

LOS CREYENTES ORAN POR VALENTÍA

Tan pronto como quedaron libres, Pedro y Juan volvieron adonde estaban los demás creyentes y les contaron lo que los sacerdotes principales y los ancianos les habían dicho. Cuando los creyentes oyeron las noticias, todos juntos alzaron sus voces en oración a Dios: «Oh Señor Soberano, Creador

del cielo y de la tierra, del mar y de todo lo que hay en ellos, hace mucho tiempo tú hablaste por el Espíritu Santo mediante nuestro antepasado David, tu siervo, y dijiste:

*“¿Por qué estaban tan enojadas las naciones?
¿Por qué perdieron el tiempo en planes inútiles?
Los reyes de la tierra se prepararon para la batalla,
los gobernantes se reunieron
en contra del SEÑOR
y en contra de su Mesías”.*

»De hecho, ¡eso ha ocurrido aquí en esta misma ciudad! Pues Herodes Antipas, el gobernador Poncio Pilato, los gentiles y el pueblo de Israel estaban todos unidos en contra de Jesús, tu santo siervo, a quien tú ungiste. Sin embargo, todo lo que hicieron ya estaba determinado de antemano de acuerdo con tu voluntad. Y ahora, oh Señor, escucha sus amenazas y danos a nosotros, tus siervos, mucho valor al predicar tu palabra. Extiende tu mano con poder sanador; que se hagan señales milagrosas y maravillas por medio del nombre de tu santo siervo Jesús».

Después de esta oración, el lugar donde estaban reunidos tembló y todos fueron llenos del Espíritu Santo. Y predicaban con valentía la palabra de Dios.

LOS CREYENTES COMPARTEN SUS BIENES

Todos los creyentes estaban unidos de corazón y en espíritu. Consideraban que sus posesiones no eran propias, así que compartían todo lo que tenían. Los apóstoles daban testimonio con poder de la resurrección del Señor Jesús y la gran bendición de Dios estaba sobre todos ellos. No había necesitados entre ellos, porque los que tenían terrenos o casas los vendían y llevaban el dinero a los apóstoles para que ellos lo dieran a los que pasaban necesidad.

Por ejemplo, había un tal José, a quien los apóstoles le pusieron el sobrenombre Bernabé (que significa «hijo de ánimo»). Él pertenecía a la tribu de Leví y era oriundo de la isla de Chipre. Vendió un campo que tenía y llevó el dinero a los apóstoles.

CAPÍTULO CINCO

ANANÍAS Y SAFIRA

Había cierto hombre llamado Ananías quien, junto con su esposa, Safira, vendió una propiedad; y llevó solo una parte del dinero a los apóstoles pero afirmó que era la suma total de la venta. Con el consentimiento de su esposa, se quedó con el resto.

Entonces Pedro le dijo: «Ananías, ¿por qué has permitido que Satanás llenara tu corazón? Le mentiste al Espíritu Santo y te quedaste con una parte del dinero. La decisión de vender o no la propiedad fue tuya. Y, después de venderla, el dinero también era tuyo para regalarlo o no. ¿Cómo pudiste hacer algo así? ¡No nos mentiste a nosotros sino a Dios!».

En cuanto Ananías oyó estas palabras, cayó al suelo y murió. Todos los que se enteraron de lo sucedido quedaron aterrados. Después unos muchachos se levantaron, lo envolvieron en una sábana, lo sacaron y lo enterraron.

Como tres horas más tarde, entró su esposa sin saber lo que había pasado. Pedro le preguntó:

—¿Fue este todo el dinero que tú y tu esposo recibieron por la venta de su terreno?

—Sí —contestó ella—, ese fue el precio.

Y Pedro le dijo:

—¿Cómo pudieron ustedes dos siquiera pensar en conspirar para poner a prueba al Espíritu del Señor de esta manera? Los jóvenes que enterraron a tu esposo están justo afuera de la puerta, ellos también te sacarán cargando a ti.

Al instante, ella cayó al suelo y murió. Cuando los jóvenes entraron y vieron que estaba muerta, la sacaron y la enterraron al lado de su esposo. Gran temor se apoderó de toda la iglesia y de todos los que oyeron lo que había sucedido.

LOS APÓSTOLES SANAN A MUCHOS

Los apóstoles hacían muchas señales milagrosas y maravillas entre la gente. Y todos los creyentes se reunían con frecuencia en el templo, en el área conocida como el pórtico de Salomón; pero nadie más se atrevía a unirse a ellos, aunque toda la gente los tenía en alta estima. Sin embargo, cada vez más personas —multitudes de hombres y mujeres— creían y se acercaban al Señor. Como resultado del trabajo de los apóstoles, la gente sacaba a los enfermos a las calles en camas y camillas para que la sombra de Pedro cayera sobre algunos de ellos cuando él pasaba. Multitudes llegaban desde las aldeas que rodeaban a Jerusalén y llevaban a sus enfermos y a los que estaban poseídos por espíritus malignos, y todos eran sanados.

LOS APÓSTOLES ENFRENTAN OPOSICIÓN

El sumo sacerdote y sus funcionarios, que eran saduceos, se llenaron de envidia. Arrestaron a los apóstoles y los metieron en la cárcel pública; pero un ángel del Señor llegó de noche, abrió las puertas de la cárcel y los sacó. Luego les dijo: «¡Vayan al templo y denle a la gente este mensaje de vida!».

Así que, al amanecer, los apóstoles entraron en el templo como se les había dicho, y comenzaron a enseñar de inmediato.

Cuando llegaron el sumo sacerdote y sus funcionarios, convocaron al Concilio Supremo, es decir, a toda la asamblea de los ancianos de Israel. Luego mandaron a sacar a los apóstoles de la cárcel para llevarlos a juicio; pero cuando los guardias del templo llegaron a la cárcel, los hombres ya no estaban. Entonces regresaron al Concilio y dieron el siguiente informe: «La cárcel estaba bien cerrada, los guardias estaban afuera en sus puestos, pero cuando abrimos las puertas, ¡no había nadie!».

Cuando el capitán de la guardia del templo y los sacerdotes principales oyeron esto, quedaron perplejos y se preguntaban en qué iba a terminar todo el asunto. Entonces alguien llegó con noticias sorprendentes: «¡Los hombres que ustedes metieron en la cárcel están en el templo enseñando a la gente!».

El capitán fue con los guardias del templo y arrestó a los apóstoles, pero sin violencia, porque tenían miedo de que la gente los apedreara. Después llevaron a los apóstoles ante el Concilio Supremo, donde los confrontó el sumo sacerdote.

—¡Les ordenamos estrictamente que no enseñaran nunca más en nombre de ese hombre! —les dijo—. En lugar de eso, han llenado a toda Jerusalén con la enseñanza acerca de él, ¡y quieren hacernos responsables de su muerte!

Pero Pedro y los apóstoles respondieron:

—Nosotros tenemos que obedecer a Dios antes que a cualquier autoridad humana. El Dios de nuestros antepasados levantó a Jesús de los muertos después de que ustedes lo mataron colgándolo en una cruz. Luego Dios lo puso en el lugar de honor, a su derecha, como Príncipe y Salvador. Lo hizo para que el pueblo de Israel se arrepintiera de sus pecados y fuera perdonado. Nosotros somos testigos de estas cosas y también lo es el Espíritu Santo, dado por Dios a todos los que lo obedecen.

Al oír esto, el Concilio Supremo se enfureció y decidió matarlos; pero uno de los miembros, un fariseo llamado Gamaliel, experto en la ley religiosa y respetado por toda la gente, se puso de pie y ordenó que sacaran de la sala del Concilio a los apóstoles por un momento. Entonces les dijo a sus colegas: «Hombres de Israel, ¡tengan cuidado con lo que piensan hacerles a estos hombres! Hace algún tiempo, hubo un tal Teudas, quien fingía ser alguien importante. Unas cuatrocientas personas se le unieron, pero a él lo mataron y todos sus seguidores se fueron cada cual por su camino. Todo el movimiento se redujo a nada. Después de él, en el tiempo en que se llevó a cabo el censo, apareció un tal Judas de Galilea. Logró que gente lo siguiera, pero a él también lo mataron, y todos sus seguidores se dispersaron.

»Así que mi consejo es que dejen a esos hombres en paz. Pónganlos en libertad. Si ellos están planeando y actuando por sí solos, pronto su movimiento caerá; pero si es de Dios, ustedes no podrán detenerlos. ¡Tal vez hasta se encuentren peleando contra Dios!«.

Los otros miembros aceptaron su consejo. Llamaron a los apóstoles y mandaron que los azotaran. Luego les ordenaron que nunca más hablaran en el nombre de Jesús y los pusieron en libertad.

Los apóstoles salieron del Concilio Supremo con alegría, porque Dios los había considerado dignos de sufrir deshonra por el nombre de Jesús. Y cada día, en el templo y casa por casa, seguían enseñando y predicando este mensaje: «Jesús es el Mesías».

CAPÍTULO SEIS

SIETE HOMBRES ESCOGIDOS PARA SERVIR

Al multiplicarse los creyentes rápidamente, hubo muestras de descontento. Los creyentes que hablaban griego se quejaban de los que hablaban hebreo diciendo que sus viudas eran discriminadas en la distribución diaria de los alimentos.

De manera que los Doce convocaron a todos los creyentes a una reunión. Dijeron: «Nosotros, los apóstoles, deberíamos ocupar nuestro tiempo en enseñar la palabra de Dios, y no en dirigir la distribución de alimento. Por lo tanto, hermanos, escojan a siete hombres que sean muy respetados, que estén llenos del Espíritu y de sabiduría. A ellos les daremos esa responsabilidad. Entonces nosotros, los apóstoles, podremos dedicar nuestro tiempo a la oración y a enseñar la palabra».

A todos les gustó la idea y eligieron a Esteban (un hombre lleno de fe y del Espíritu Santo), a Felipe, a Prócoro, a Nicanor, a Timón, a Parmenas y a Nicolás de Antioquía (quien anteriormente se había convertido a la fe judía). Estos siete hombres fueron presentados ante los apóstoles, quienes oraron por ellos y les impusieron las manos.

Así que el mensaje de Dios siguió extendiéndose. El número de creyentes aumentó en gran manera en Jerusalén, y muchos de los sacerdotes judíos también se convirtieron.

ARRESTO DE ESTEBAN

Esteban, un hombre lleno de la gracia y del poder de Dios, hacía señales y milagros asombrosos entre la gente. Cierta día, unos hombres de la sinagoga de los Esclavos Liberados —así la llamaban— comenzaron a debatir con él. Eran judíos de Cirene, Alejandría, Cilicia y de la provincia de Asia. Ninguno de ellos podía hacerle frente a la sabiduría y al Espíritu con que hablaba Esteban.

Entonces persuadieron a unos hombres para que dijeran mentiras acerca de Esteban. Ellos declararon: «Nosotros lo oímos blasfemar contra Moisés y hasta contra Dios». Esto provocó a la gente, a los ancianos y a los maestros de la ley religiosa. Así que arrestaron a Esteban y lo llevaron ante el Concilio Supremo.

Los testigos mentirosos dijeron: «Este hombre siempre habla contra el santo templo y contra la ley de Moisés. Lo hemos oído decir que ese tal Jesús de Nazaret destruirá el templo y cambiará las costumbres que Moisés nos transmitió».

En ese momento, todos los del Concilio Supremo fijaron la mirada en Esteban, porque su cara comenzó a brillar como la de un ángel.

CAPÍTULO SIETE

DISCURSO DE ESTEBAN ANTE EL CONCILIO

Entonces el sumo sacerdote le preguntó a Esteban:

—¿Son ciertas estas acusaciones?

Esteban dio la siguiente respuesta:

—Hermanos y padres, escúchenme. Nuestro glorioso Dios se le apareció a nuestro antepasado Abraham en Mesopotamia antes de que él se estableciera en Harán. Dios le dijo: “Deja tu patria y a tus parientes y entra en la tierra que yo te mostraré”. Entonces Abraham salió del territorio de los caldeos y vivió en Harán hasta que su padre murió. Después Dios lo trajo hasta aquí, a la tierra donde ustedes viven ahora.



Además de ser un buen administrador, Esteban era un poderoso orador. Presentó una defensa convincente frente al Concilio Supremo de los judíos, relatando un resumen de la historia del pueblo judío y, de ella, señalando poderosas lecciones que enfurecieron a sus oyentes. Como

resultado, los miembros del concilio lo apedrearon mientras él oraba pidiendo que Dios los perdonara. Sus últimas palabras muestran lo mucho que había llegado a ser como Jesús en tan poco tiempo. Su muerte tuvo un impacto duradero en el joven Saulo (Pablo) de Tarso, quien cambiaría de ser un violento perseguidor de cristianos a convertirse en uno de los más grandes propagadores del evangelio que la iglesia haya conocido.

Debido a que fue el primero que murió por su fe, su sacrificio nos hace formular algunas preguntas: ¿Cuántos riesgos tomamos nosotros como seguidores de Jesús? ¿Estaríamos dispuestos a morir por él? ¿Estamos realmente dispuestos a vivir por él?

FORTALEZAS Y LOGROS: Fue uno de siete líderes escogidos para supervisar la distribución de comida a los necesitados en la iglesia naciente

Fue conocido también por su fe, su sabiduría, su gracia y su poder;

también fue conocido por la presencia del Espíritu en su vida

Fue un líder, un maestro y un argumentador notable

Fue el primero en dar su vida por el evangelio

LECCIONES DE SU VIDA: Hacer lo mejor posible en pequeñas tareas nos prepara para mayores responsabilidades

Un verdadero conocimiento de Dios siempre nos lleva a acciones prácticas y compasivas hacia otros

DATOS GENERALES: Ocupación: Organizador de la distribución de comida en la iglesia naciente

»Sin embargo, Dios no le dio ninguna herencia aquí, ni siquiera un metro cuadrado de tierra; pero Dios sí le prometió que algún día toda la tierra les pertenecería a Abraham y a sus descendientes, aun cuando él todavía no tenía hijos. Dios también le dijo que sus descendientes vivirían en una tierra extranjera, donde serían oprimidos como esclavos durante cuatrocientos años. “Pero yo castigaré a la nación que los esclavice —dijo Dios—, y al final saldrán de allí y me adorarán en este lugar”.

»En aquel entonces, Dios también le dio a Abraham el pacto de la circuncisión. Así que cuando nació su hijo Isaac, Abraham lo circuncidó al octavo día; y esa práctica continuó cuando Isaac fue padre de Jacob y cuando Jacob fue padre de los doce patriarcas de la nación israelita.

»Estos patriarcas tuvieron envidia de su hermano José y lo vendieron para que fuera esclavo en Egipto; pero Dios estaba con él y lo rescató de todas sus dificultades; y Dios le mostró su favor ante el faraón, el rey de Egipto. Dios también le dio a José una sabiduría fuera de lo común, de manera que el faraón lo nombró gobernador de todo Egipto y lo puso a cargo del palacio.

»Entonces un hambre azotó a Egipto y a Canaán. Hubo mucho sufrimiento, y nuestros antepasados se quedaron sin alimento. Jacob oyó que aún había grano en Egipto, por lo que envió a sus hijos —nuestros antepasados— a comprar un poco. La segunda vez que fueron, José reveló su identidad a sus hermanos y se los presentó al faraón. Después José mandó a buscar a su padre, Jacob, y a todos sus parientes para que los llevaran a Egipto, setenta y cinco personas en total. De modo que Jacob fue a Egipto. Murió allí, al igual que nuestros antepasados. Sus cuerpos fueron llevados a Siquem, donde fueron enterrados en la tumba que Abraham les había comprado a los hijos de Hamor en Siquem a un determinado precio.

»A medida que se acercaba el tiempo en que Dios cumpliría su promesa a Abraham, el número de nuestro pueblo en Egipto aumentó considerablemente. Pero luego ascendió un nuevo rey al trono de Egipto, quien no sabía nada de José. Este rey explotó a nuestro pueblo y lo oprimió, y forzó a los padres a que abandonaran a sus recién nacidos para que murieran.

»En esos días nació Moisés, un hermoso niño a los ojos de Dios. Sus padres lo cuidaron en casa durante tres meses. Cuando tuvieron que abandonarlo, la hija del faraón lo adoptó y lo crió como su propio hijo. A Moisés le enseñaron toda la sabiduría de los egipcios, y era poderoso tanto en palabras como en acciones.

»Cierta día, cuando Moisés tenía cuarenta años, decidió visitar a sus parientes, el pueblo de Israel. Vio que un egipcio maltrataba a un israelita. Entonces Moisés salió en defensa del hombre y mató al egipcio para vengarlo. Moisés supuso que sus compatriotas israelitas se darían cuenta de que Dios lo había enviado para rescatarlos, pero no fue así.

»Al día siguiente, los visitó de nuevo y vio que dos hombres de Israel estaban peleando. Trató de ser un pacificador y les dijo: “Señores, ustedes son hermanos. ¿Por qué se están peleando?”.

»Pero el hombre que era culpable empujó a Moisés. “¿Quién te puso como gobernante y juez sobre nosotros? —le preguntó—. ¿Me vas a matar como mataste ayer al egipcio?”. Cuando Moisés oyó eso, huyó del país y vivió como extranjero en la tierra de Madián. Allí nacieron sus dos hijos.

»Cuarenta años después, en el desierto que está cerca del monte Sinaí, un ángel se le apareció a Moisés en la llama de una zarza que ardía. Moisés quedó asombrado al verla. Y, cuando se estaba acercando para ver mejor, la voz del SEÑOR le dijo: “Yo soy el Dios de tus antepasados: el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob”. Moisés tembló aterrorizado y no se atrevía a mirar.

»Entonces el SEÑOR le dijo: “Quítate las sandalias, porque estás pisando tierra santa. Ciertamente he visto la opresión de mi pueblo en Egipto. He escuchado sus gemidos y he descendido para rescatarlos. Ahora ve, porque te envío de regreso a Egipto”.

»Así que Dios envió de vuelta al mismo hombre que su pueblo había rechazado anteriormente cuando le preguntaron: “¿Quién te puso como gobernante y juez sobre nosotros?”. Mediante el ángel que se le apareció en la zarza que ardía, Dios envió a Moisés para que fuera gobernante y salvador. Y, por medio de muchas maravillas y señales milagrosas, él los sacó de Egipto, los guió a través del mar Rojo y por el desierto durante cuarenta años.

»Moisés mismo le dijo al pueblo de Israel: “Dios les levantará un Profeta como yo de entre su propio pueblo”. Moisés estuvo con nuestros antepasados —la asamblea del pueblo de Dios en el desierto— cuando el ángel le habló en el monte Sinaí, y allí Moisés recibió palabras que dan vida para transmitirlos a nosotros.

»Sin embargo, nuestros antepasados se negaron a escuchar a Moisés. Lo rechazaron y quisieron volver a Egipto. Le dijeron a Aarón: “Haznos unos dioses que puedan guiarnos, porque no sabemos qué le ha pasado a este Moisés, quien nos sacó de Egipto”. De manera que hicieron un ídolo en

forma de becerro, le ofrecieron sacrificios y festejaron ese objeto que habían hecho. Entonces Dios se apartó de ellos y los abandonó, ¡para que sirvieran a las estrellas del cielo como sus dioses! En el libro de los profetas está escrito:

“Israel, ¿acaso era a mí a quien traías sacrificios y ofrendas durante esos cuarenta años en el desierto?

*No, llevabas a tus dioses paganos,
el santuario de Moloc,
la estrella de tu dios Refán
y las imágenes que hiciste a fin de rendirles culto.
Por lo tanto, te mandaré al destierro,
tan lejos como Babilonia”.*

»Nuestros antepasados llevaron el tabernáculo con ellos a través del desierto. Lo construyeron según el plan que Dios le había mostrado a Moisés. Años después, cuando Josué dirigió a nuestros antepasados en las batallas contra las naciones que Dios expulsó de esta tierra, el tabernáculo fue llevado con ellos al nuevo territorio. Y permaneció allí hasta los tiempos del rey David.

»David obtuvo el favor de Dios y pidió tener el privilegio de construir un templo permanente para el Dios de Jacob, pero fue Salomón quien lo construyó. Sin embargo, el Altísimo no vive en templos hechos por manos humanas. Como dice el profeta:

*“El cielo es mi trono
y la tierra es el estrado de mis pies.*

*¿Podrían acaso construirme un templo tan bueno como ese?
—pregunta el SEÑOR—.*

¿Podrían construirme un lugar de descanso así?

¿Acaso no fueron mis manos las que hicieron el cielo y la tierra?”.

»¡Pueblo terco! Ustedes son paganos de corazón y sordos a la verdad. ¿Resistirán para siempre al Espíritu Santo? Eso es lo que hicieron sus antepasados, ¡y ustedes también! ¡Mencionen a un profeta a quien sus antepasados no hayan perseguido! Hasta mataron a los que predijeron la venida del Justo, el Mesías a quien ustedes traicionaron y asesinaron. Deliberadamente desobedecieron la ley de Dios, a pesar de que la recibieron de manos de ángeles.

Los líderes judíos se enfurecieron por la acusación de Esteban y con rabia le mostraban los puños; pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, fijó la mirada en el cielo, y vio la gloria de Dios y vio a Jesús de pie en el lugar de honor, a la derecha de Dios. Y les dijo: «¡Miren, veo los cielos abiertos y al Hijo del Hombre de pie en el lugar de honor, a la derecha de Dios!».

Entonces ellos se taparon los oídos con las manos y empezaron a gritar. Se lanzaron sobre él, lo arrastraron fuera de la ciudad y comenzaron a apedrearlo. Sus acusadores se quitaron las túnicas y las pusieron a los pies de un joven que se llamaba Saulo.

Mientras lo apedreaban, Esteban oró: «Señor Jesús, recibe mi espíritu». Cayó de rodillas gritando: «¡Señor, no los culpes por este pecado!». Dicho eso, murió.

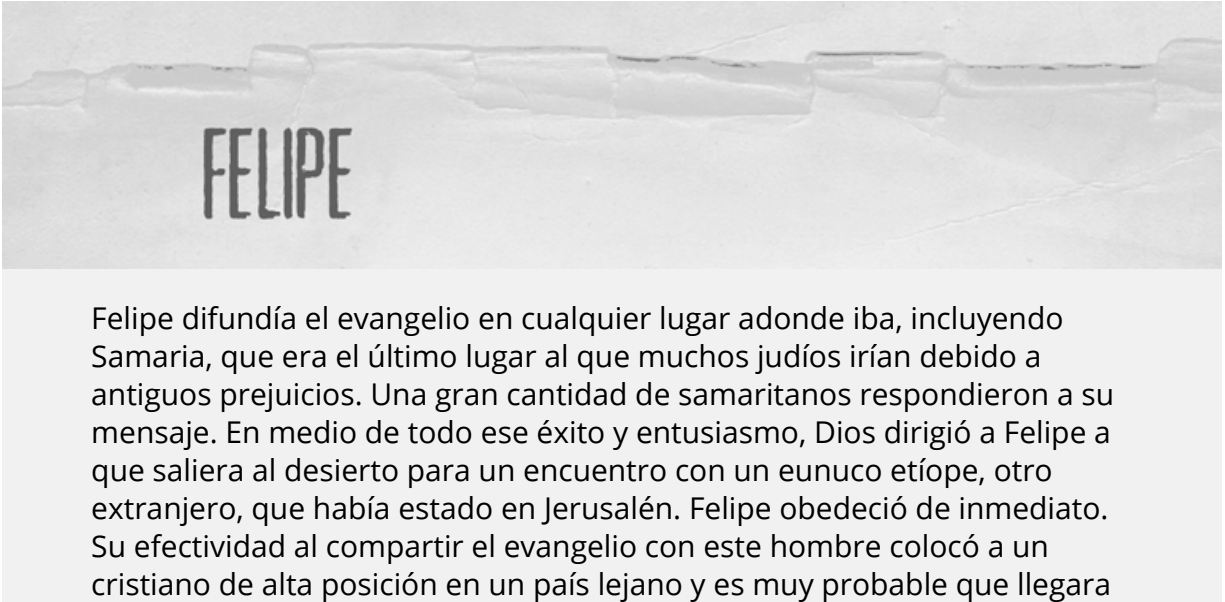
CAPÍTULO OCHO

Saulo fue uno de los testigos y estuvo totalmente de acuerdo con el asesinato de Esteban.

LA PERSECUCIÓN DISPERSA A LOS CREYENTES

Ese día comenzó una gran ola de persecución que se extendió por toda la iglesia de Jerusalén; y todos los creyentes excepto los apóstoles fueron dispersados por las regiones de Judea y Samaria. (Con profundo dolor, unos hombres consagrados enterraron a Esteban). Y Saulo iba por todas partes con la intención de acabar con la iglesia. Iba de casa en casa y sacaba a rastras tanto a hombres como a mujeres y los metía en la cárcel.

FELIPE PREDICA EN SAMARIA



FELIPE

Felipe difundía el evangelio en cualquier lugar adonde iba, incluyendo Samaria, que era el último lugar al que muchos judíos irían debido a antiguos prejuicios. Una gran cantidad de samaritanos respondieron a su mensaje. En medio de todo ese éxito y entusiasmo, Dios dirigió a Felipe a que saliera al desierto para un encuentro con un eunuco etíope, otro extranjero, que había estado en Jerusalén. Felipe obedeció de inmediato. Su efectividad al compartir el evangelio con este hombre colocó a un cristiano de alta posición en un país lejano y es muy probable que llegara

a ejercer influencia sobre toda una nación. Felipe fue quien comenzó la conversión de los gentiles, que luego Pablo continuó a través de todo el Imperio romano.

FORTALEZAS Y LOGROS: Uno de los siete organizadores de la distribución de comida en la iglesia naciente
Llegó a ser un evangelista, uno de los primeros misioneros itinerantes
Fue uno de los primeros en obedecer el mandamiento de Jesús de llevar el evangelio a todas las personas
Fue un cuidadoso estudiante de la Biblia que podía explicar su significado con claridad

LECCIONES DE SU VIDA: Dios encuentra grandes y diversas maneras de hacer útiles a aquellos que están dispuestos a obedecer de todo corazón
El evangelio es la Buena Noticia para todos
Toda la Biblia, no solamente el Nuevo Testamento, nos ayuda a entender más acerca de Jesús
Tanto la respuesta masiva al evangelio (los samaritanos) como la respuesta individual (el etíope) son valiosas

DATOS GENERALES: Ocupación: Evangelista, organizador de la distribución de comida
Parientes: Cuatro hijas que tenían el don de profecía

Así que los creyentes que se esparcieron predicaban la Buena Noticia acerca de Jesús adondequiera que iban. Felipe, por ejemplo, se dirigió a la ciudad de Samaria y allí le contó a la gente acerca del Mesías. Las multitudes escuchaban atentamente a Felipe, porque estaban deseosas de oír el mensaje y ver las señales milagrosas que él hacía. Muchos espíritus malignos fueron expulsados, los cuales gritaban cuando salían de sus víctimas; y muchos que habían sido paralíticos o cojos fueron sanados. Así que hubo mucha alegría en esa ciudad.

Un hombre llamado Simón, quien por muchos años había sido hechicero allí, asombraba a la gente de Samaria y decía ser alguien importante. Todos, desde el más pequeño hasta el más grande, a menudo se referían a él como «el Grande, el Poder de Dios». Lo escuchaban con atención porque, por mucho tiempo, él los había maravillado con su magia.

Pero ahora la gente creyó el mensaje de Felipe sobre la Buena Noticia acerca del reino de Dios y del nombre de Jesucristo. Como resultado, se bautizaron muchos hombres y mujeres. Luego el mismo Simón creyó y fue bautizado. Comenzó a seguir a Felipe a todos los lugares adonde él iba y estaba asombrado por las señales y los grandes milagros que Felipe hacía.

Cuando los apóstoles de Jerusalén oyeron que la gente de Samaria había aceptado el mensaje de Dios, enviaron a Pedro y a Juan allá. En cuanto ellos llegaron, oraron por los nuevos creyentes para que recibieran el Espíritu Santo. El Espíritu Santo todavía no había venido sobre ninguno de ellos porque solo habían sido bautizados en el nombre del Señor Jesús. Entonces Pedro y Juan impusieron sus manos sobre esos creyentes, y recibieron el Espíritu Santo.

Cuando Simón vio que el Espíritu se recibía cuando los apóstoles imponían sus manos sobre la gente, les ofreció dinero para comprar ese poder.

—Déjenme tener este poder también —exclamó—, para que, cuando yo imponga mis manos sobre las personas, ¡reciban el Espíritu Santo!

Pedro le respondió:

—¡Que tu dinero se destruya junto contigo por pensar que es posible comprar el don de Dios! Tú no tienes parte ni derecho en esto porque tu corazón no es recto delante de Dios. Arrepiéntete de tu maldad y ora al Señor. Tal vez él perdone tus malos pensamientos, porque puedo ver que estás lleno de una profunda envidia y que el pecado te tiene cautivo.

—¡Oren al Señor por mí! —exclamó Simón—. ¡Que no me sucedan estas cosas terribles que has dicho!

Después de dar testimonio y predicar la palabra del Señor en Samaria, Pedro y Juan regresaron a Jerusalén. Por el camino, se detuvieron en muchas aldeas samaritanas para predicar la Buena Noticia.

FELIPE Y EL EUNUCO ETÍOPE

En cuanto a Felipe, un ángel del Señor le dijo: «Ve al sur por el camino del desierto que va de Jerusalén a Gaza». Entonces él emprendió su viaje y se encontró con el tesorero de Etiopía, un eunuco de mucha autoridad bajo el

mando de Candace, la reina de Etiopía. El eunuco había ido a Jerusalén a adorar y ahora venía de regreso. Sentado en su carruaje, leía en voz alta el libro del profeta Isaías.

El Espíritu Santo le dijo a Felipe: «Acércate y camina junto al carruaje».

Felipe se acercó corriendo y oyó que el hombre leía al profeta Isaías.

Felipe le preguntó:

—¿Entiendes lo que estás leyendo?

El hombre contestó:

—¿Y cómo puedo entenderlo, a menos que alguien me explique?

Y le rogó a Felipe que subiera al carruaje y se sentara junto a él.

El pasaje de la Escritura que leía era el siguiente:

«Como oveja fue llevado al matadero.

*Y, como cordero en silencio ante sus trasquiladores,
no abrió su boca.*

Fue humillado y no le hicieron justicia.

¿Quién puede hablar de sus descendientes?

Pues su vida fue quitada de la tierra».

El eunuco le preguntó a Felipe: «Dime, ¿hablaba el profeta acerca de sí mismo o de alguien más?». Entonces, comenzando con esa misma porción de la Escritura, Felipe le habló de la Buena Noticia acerca de Jesús.

Mientras iban juntos, llegaron a un lugar donde había agua, y el eunuco dijo: «¡Mira, allí hay agua! ¿Qué impide que yo sea bautizado?». Ordenó que detuvieran el carruaje, descendieron al agua, y Felipe lo bautizó.

Cuando salieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe. El eunuco nunca más volvió a verlo, pero siguió su camino con mucha alegría. Entre tanto, Felipe se encontró más al norte, en la ciudad de Azoto. Predicó la Buena Noticia allí y en cada pueblo a lo largo del camino, hasta que llegó a Cesarea.

CAPÍTULO NUEVE

CONVERSIÓN DE SAULO

Mientras tanto, Saulo pronunciaba amenazas en cada palabra y estaba ansioso por matar a los seguidores del Señor. Así que acudió al sumo sacerdote. Le pidió cartas dirigidas a las sinagogas de Damasco para solicitarles su cooperación en el arresto de los seguidores del Camino que se encontraran ahí. Su intención era llevarlos —a hombres y mujeres por igual— de regreso a Jerusalén encadenados.

Al acercarse a Damasco para cumplir esa misión, una luz del cielo de repente brilló alrededor de él. Saulo cayó al suelo y oyó una voz que le decía:

—¡Saulo, Saulo! ¿Por qué me persigues?

—¿Quién eres, señor? —preguntó Saulo.



PABLO

Nadie, aparte del mismo Jesús, dio forma a la historia del cristianismo como Pablo. Después de perseguir a los cristianos, Pablo tuvo un encuentro personal con Jesús que le cambió la vida. Jamás perdió su feroz intensidad, pero a partir de ese momento la canalizó a favor del evangelio.

Dios no desperdició ninguna parte de Pablo: su trasfondo cultural, su adiestramiento, su ciudadanía, su mente e incluso sus debilidades. ¿Está dispuesto a que Dios haga lo mismo con usted? ¡Nunca sabrá todo lo que él puede hacer con usted hasta que se entregue totalmente a él!

FORTALEZAS Y LOGROS: Predicó el evangelio de Cristo en todo el Imperio romano en tres viajes misioneros
Escribió cartas que son parte del Nuevo Testamento
Nunca tuvo temor de enfrentar directamente un problema ni lidiar con una situación difícil
A menudo se le llama «el apóstol a los gentiles»

DEBILIDADES Y ERRORES: Fue testigo de la muerte de Esteban y aprobó que lo apedrearán
Estaba decidido a destruir a los cristianos

LECCIONES DE SU VIDA: La obediencia resulta de una relación con Dios pero jamás nos hará ganar esa relación
La verdadera libertad no nos llega hasta que ya no tenemos que demostrar dicha libertad
Dios no nos hace perder el tiempo; él usará nuestro pasado y nuestras circunstancias actuales para que podamos servirlo con nuestro futuro

DATOS GENERALES: Lugar: Nació en Tarso, pero viajó por todo el mundo por Cristo
Ocupaciones: Fue adiestrado como fariseo, aprendió el oficio de hacer tiendas y sirvió como misionero

—Yo soy Jesús, ¡a quien tú persigues! —contestó la voz—. Ahora levántate, entra en la ciudad y se te dirá lo que debes hacer.

Los hombres que estaban con Saulo se quedaron mudos, porque oían el sonido de una voz, ¡pero no veían a nadie! Saulo se levantó del suelo, pero cuando abrió los ojos, estaba ciego. Entonces sus acompañantes lo llevaron de la mano hasta Damasco. Permaneció allí, ciego, durante tres días sin comer ni beber.

Ahora bien, había un creyente en Damasco llamado Ananías. El Señor le habló en una visión, lo llamó:

—¡Ananías!

—¡Sí, Señor! —respondió.

El Señor le dijo:

—Ve a la calle llamada Derecha, a la casa de Judas. Cuando llegues, pregunta por un hombre de Tarso que se llama Saulo. En este momento, él está orando. Le he mostrado en visión a un hombre llamado Ananías que entra y pone las manos sobre él para que recobre la vista.

—¡Pero Señor! —exclamó Ananías—. ¡He oído a mucha gente hablar de las cosas terribles que ese hombre les ha hecho a los creyentes de Jerusalén! Además, tiene la autorización de los sacerdotes principales para arrestar a todos los que invocan tu nombre.

El Señor le dijo:

—Ve, porque él es mi instrumento elegido para llevar mi mensaje a los gentiles y a reyes, como también al pueblo de Israel; y le voy a mostrar cuánto debe sufrir por mi nombre.

Así que Ananías fue y encontró a Saulo, puso sus manos sobre él y dijo: «Hermano Saulo, el Señor Jesús, quien se te apareció en el camino, me ha enviado para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo». Al instante, algo como escamas cayó de los ojos de Saulo y recobró la vista. Luego se levantó y fue bautizado. Después comió algo y recuperó las fuerzas.

SAULO EN DAMASCO Y JERUSALÉN

Saulo se quedó unos días con los creyentes en Damasco. Y enseguida comenzó a predicar acerca de Jesús en las sinagogas, diciendo: «¡Él es verdaderamente el Hijo de Dios!».

Todos los que lo oían quedaban asombrados. «¿No es este el mismo hombre que causó tantos estragos entre los seguidores de Jesús en Jerusalén? —se preguntaban—. ¿Y no llegó aquí para arrestarlos y llevarlos encadenados ante los sacerdotes principales?».

La predicación de Saulo se hacía cada vez más poderosa, y los judíos de Damasco no podían refutar las pruebas de que Jesús de verdad era el Mesías. Poco tiempo después, unos judíos conspiraron para matarlo. Día y noche vigilaban la puerta de la ciudad para poder asesinarlo, pero a Saulo se le informó acerca del complot. De modo que, durante la noche, algunos de los creyentes lo bajaron en un canasto grande por una abertura que había en la muralla de la ciudad.

Cuando Saulo llegó a Jerusalén, trató de reunirse con los creyentes, pero todos le tenían miedo. ¡No creían que de verdad se había convertido en un creyente! Entonces Bernabé se lo llevó a los apóstoles y les contó cómo Saulo había visto al Señor en el camino a Damasco y cómo el Señor le había hablado a Saulo. También les dijo que, en Damasco, Saulo había predicado con valentía en el nombre de Jesús.

Así que Saulo se quedó con los apóstoles y los acompañó por toda Jerusalén, predicando con valor en el nombre del Señor. Debatía con algunos judíos que hablaban griego, pero ellos trataron de matarlo. Cuando los creyentes se enteraron, lo llevaron a Cesarea y lo enviaron a Tarso, su ciudad natal.

La iglesia, entonces, tuvo paz por toda Judea, Galilea y Samaria; se fortalecía y los creyentes vivían en el temor del Señor. Y, con la ayuda del Espíritu Santo, también creció en número.

PEDRO SANA A ENEAS Y RESUCITA A DORCAS

Mientras tanto, Pedro viajaba de un lugar a otro, y descendió a visitar a los creyentes de la ciudad de Lida. Allí conoció a un hombre llamado Eneas, quien estaba paralizado y postrado en cama hacía ocho años. Pedro le dijo: «Eneas, ¡Jesucristo te sana! ¡Levántate y enrolla tu camilla!». Al instante, fue sanado. Entonces todos los habitantes de Lida y Sarón vieron a Eneas caminando, y se convirtieron al Señor.

Había una creyente en Jope que se llamaba Tabita (que en griego es Dorcas). Ella siempre hacía buenas acciones a los demás y ayudaba a los pobres. En esos días, se enfermó y murió. Lavaron el cuerpo para el entierro

y lo pusieron en un cuarto de la planta alta; pero los creyentes habían oído que Pedro estaba cerca, en Lida, entonces mandaron a dos hombres a suplicarle: «Por favor, ¡ven tan pronto como puedas!».

Así que Pedro regresó con ellos y, tan pronto como llegó, lo llevaron al cuarto de la planta alta. El cuarto estaba lleno de viudas que lloraban y le mostraban a Pedro las túnicas y demás ropa que Dorcas les había hecho. Pero Pedro les pidió a todos que salieran del cuarto; luego se arrodilló y oró. Volviéndose hacia el cuerpo, dijo: «¡Tabita, levántate!». ¡Y ella abrió los ojos! Cuando vio a Pedro, ¡se sentó! Él le dio la mano y la ayudó a levantarse. Después llamó a las viudas y a todos los creyentes, y la presentó viva.

Las noticias corrieron por toda la ciudad y muchos creyeron en el Señor; y Pedro se quedó mucho tiempo en Jope, viviendo con Simón, un curtidor de pieles.

CAPÍTULO DIEZ

CORNELIO MANDA A BUSCAR A PEDRO

En Cesarea vivía un oficial del ejército romano llamado Cornelio, quien era un capitán del regimiento italiano. Era un hombre devoto, temeroso de Dios, igual que todos los de su casa. Daba generosamente a los pobres y oraba a Dios con frecuencia. Una tarde, como a las tres, tuvo una visión en la cual vio que un ángel de Dios se le acercaba.

—¡Cornelio! —dijo el ángel.

Cornelio lo miró fijamente, aterrorizado.

—¿Qué quieres, señor? —le preguntó al ángel.

Y el ángel contestó:

—¡Dios ha recibido tus oraciones y tus donativos a los pobres como una ofrenda! Ahora pues, envía a algunos hombres a Jope y manda llamar a un hombre llamado Simón Pedro. Él está hospedado con Simón, un curtidor que vive cerca de la orilla del mar.



CORNELIO

En el libro de Hechos se registran cuatro características significativas del carácter de Cornelio: 1) buscaba a Dios en forma activa, 2) respetaba a Dios, 3) era generoso en suplir las necesidades de otras personas, y 4) oraba en forma regular. Cuando Pedro compartió el evangelio con Cornelio y su familia, Dios los llenó de su Espíritu Santo. No seguían las leyes culturales judías, pero Pedro los bautizó y los recibió como a iguales en la creciente iglesia cristiana. Otro paso se había dado en cuanto a llevar el evangelio a todo el mundo.

Cornelio es un ejemplo de la disposición de Dios de usar medios extraordinarios para alcanzar a aquellos que quieren conocerlo. Dios no tiene personas favoritas ni se oculta de los que lo quieren encontrar. Dios envió a su Hijo porque ama al mundo entero, incluyendo a Pedro, a Cornelio y a usted.

FORTALEZAS Y LOGROS: Era muy respetado por los judíos aun cuando era un oficial del ejército de ocupación
Respondió a Dios y alentó a su familia a hacer lo mismo
Ayudó a que la iglesia naciente se diera cuenta de que las Buenas Noticias del evangelio son para todo el mundo, tanto para judíos como para gentiles

LECCIONES DE SU VIDA: Dios alcanza a aquellos que quieren conocerlo
El evangelio es para todas las personas
Cuando estamos dispuestos a buscar la verdad y a obedecer la luz que nos da Dios, él nos recompensará abundantemente

DATOS GENERALES: Lugar: Cesarea
Ocupación: Oficial del ejército romano

En cuanto el ángel se fue, Cornelio llamó a dos de los sirvientes de su casa y a un soldado devoto, que era uno de sus asistentes personales. Les contó lo que había ocurrido y los envió a Jope.

PEDRO VISITA A CORNELIO

Al día siguiente, mientras los mensajeros de Cornelio se acercaban a la ciudad, Pedro subió a la azotea a orar. Era alrededor del mediodía, y tuvo hambre; pero mientras preparaban la comida, cayó en un estado de éxtasis. Vio los cielos abiertos y algo parecido a una sábana grande que bajaba por sus cuatro puntas. En la sábana había toda clase de animales, reptiles y aves. Luego una voz le dijo:

—Levántate, Pedro; mátalos y come de ellos.

—No, Señor —dijo Pedro—. Jamás he comido algo que nuestras leyes judías declaren impuro e inmundo.

Pero la voz habló de nuevo:

—No llames a algo impuro si Dios lo ha hecho limpio.

La misma visión se repitió tres veces, y repentinamente la sábana fue subida al cielo.

Pedro quedó muy desconcertado. ¿Qué podría significar la visión? Justo en ese momento, los hombres enviados por Cornelio encontraron la casa de Simón. De pie, frente a la puerta, preguntaron si se hospedaba allí un hombre llamado Simón Pedro.

Entre tanto, mientras Pedro trataba de descifrar la visión, el Espíritu Santo le dijo: «Tres hombres han venido a buscarte. Levántate, baja y vete con ellos sin titubear. No te preocupes, porque yo los he enviado».

Entonces Pedro bajó y dijo:

—Yo soy el hombre que ustedes buscan. ¿Por qué han venido?

Ellos dijeron:

—Nos envió Cornelio, un oficial romano. Es un hombre devoto y temeroso de Dios, muy respetado por todos los judíos. Un ángel santo le dio instrucciones para que vayas a su casa a fin de que él pueda escuchar tu mensaje.

Entonces Pedro invitó a los hombres a quedarse para pasar la noche. Al siguiente día, fue con ellos, acompañado por algunos hermanos de Jope.

Llegaron a Cesarea al día siguiente. Cornelio los estaba esperando y había reunido a sus parientes y amigos cercanos. Cuando Pedro entró en la casa, Cornelio cayó a sus pies y lo adoró; pero Pedro lo levantó y le dijo: «¡Ponte de pie, yo soy un ser humano como tú!». Entonces conversaron y entraron en donde muchos otros estaban reunidos.

Pedro les dijo:

—Ustedes saben que va en contra de nuestras leyes que un hombre judío se relacione con gentiles o que entre en su casa; pero Dios me ha mostrado que ya no debo pensar que alguien es impuro o inmundo. Por eso, sin oponerme, vine aquí tan pronto como me llamaron. Ahora díganme por qué enviaron por mí.

Cornelio contestó:

—Hace cuatro días, yo estaba orando en mi casa como a esta misma hora, las tres de la tarde. De repente, un hombre con ropa resplandeciente se paró delante de mí. Me dijo: “Cornelio, ¡tu oración ha sido escuchada, y Dios ha tomado en cuenta tus donativos para los pobres! Ahora, envía mensajeros a Jope y manda llamar a un hombre llamado Simón Pedro. Está hospedado en la casa de Simón, un curtidor que vive cerca de la orilla del mar”. Así que te mandé a llamar de inmediato, y te agradezco que hayas venido. Ahora, estamos todos aquí, delante de Dios, esperando escuchar el mensaje que el Señor te ha dado.

LOS GENTILES OYEN LA BUENA NOTICIA

Entonces Pedro respondió:

—Veo con claridad que Dios no muestra favoritismo. En cada nación, él acepta a los que le temen y hacen lo correcto. Este es el mensaje de la Buena Noticia para el pueblo de Israel: que hay paz con Dios por medio de Jesucristo, quien es Señor de todo. Ustedes saben lo que pasó en toda Judea, comenzando en Galilea, después de que Juan empezó a predicar su mensaje

de bautismo. Y saben que Dios ungió a Jesús de Nazaret con el Espíritu Santo y con poder. Después Jesús anduvo haciendo el bien y sanando a todos los que eran oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él.

»Y nosotros, los apóstoles, somos testigos de todo lo que él hizo por toda Judea y en Jerusalén. Lo mataron, colgándolo en una cruz, pero Dios lo resucitó al tercer día. Después Dios permitió que se apareciera, no al público en general, sino a nosotros, a quienes Dios había elegido de antemano para que fuéramos sus testigos. Nosotros fuimos los que comimos y bebimos con él después de que se levantó de los muertos. Y él nos ordenó que predicáramos en todas partes y diéramos testimonio de que Jesús es a quien Dios designó para ser el juez de todos, de los que están vivos y de los muertos. De él dan testimonio todos los profetas cuando dicen que a todo el que cree en él se le perdonarán los pecados por medio de su nombre.

LOS GENTILES RECIBEN EL ESPÍRITU SANTO

Mientras Pedro aún estaba diciendo estas cosas, el Espíritu Santo descendió sobre todos los que escuchaban el mensaje. Los creyentes judíos que habían llegado con Pedro quedaron asombrados al ver que el don del Espíritu Santo también era derramado sobre los gentiles. Pues los oyeron hablar en otras lenguas y alabar a Dios.

Entonces Pedro preguntó: «¿Puede alguien oponerse a que ellos sean bautizados ahora que han recibido el Espíritu Santo, tal como nosotros lo recibimos?». Por lo tanto, dio órdenes de que fueran bautizados en el nombre de Jesucristo. Después Cornelio le pidió que se quedara varios días con ellos.

CAPÍTULO ONCE

PEDRO EXPLICA SUS ACCIONES

La noticia de que los gentiles habían recibido la palabra de Dios pronto llegó a los apóstoles y a los demás creyentes de Judea. Así que cuando Pedro regresó a Jerusalén, los creyentes judíos lo criticaron.

—Entraste en una casa de gentiles, ¡y hasta comiste con ellos! —le dijeron.

Entonces Pedro les contó todo tal como había sucedido.

—Yo estaba en la ciudad de Jope —les dijo—, y mientras oraba, caí en un estado de éxtasis y tuve una visión. Algo parecido a una sábana grande descendía por sus cuatro puntas desde el cielo y bajó justo hasta donde yo estaba. Cuando me fijé en el contenido de la sábana, vi toda clase de animales domésticos y salvajes, reptiles y aves. Y oí una voz que decía: “Levántate, Pedro, mátalos y come de ellos”.

»“No, Señor —respondí—. Jamás he comido algo que nuestras leyes judías declaren impuro o inmundo”.

»Pero la voz del cielo habló de nuevo: “No llames a algo impuro si Dios lo ha hecho limpio”. Eso sucedió tres veces antes de que la sábana, con todo lo que había dentro, fuera subida al cielo otra vez.

»En ese preciso momento, tres hombres que habían sido enviados desde Cesarea llegaron a la casa donde estábamos hospedados. El Espíritu Santo me dijo que los acompañara y que no me preocupara que fueran gentiles. Estos seis hermanos aquí presentes me acompañaron, y pronto entramos en la casa del hombre que había mandado a buscarnos. Él nos contó cómo un

ángel se le había aparecido en su casa y le había dicho: “Envía mensajeros a Jope y manda a llamar a un hombre llamado Simón Pedro. ¡Él te dirá cómo tú y todos los de tu casa pueden ser salvos!”.

»Cuando comencé a hablar —continuó Pedro—, el Espíritu Santo descendió sobre ellos tal como descendió sobre nosotros al principio. Entonces pensé en las palabras del Señor cuando dijo: “Juan bautizó con agua, pero ustedes serán bautizados con el Espíritu Santo”. Y, como Dios les dio a esos gentiles el mismo don que nos dio a nosotros cuando creímos en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo para estorbar a Dios?

Cuando los demás oyeron esto, dejaron de oponerse y comenzaron a alabar a Dios. Dijeron:

—Podemos ver que Dios también les ha dado a los gentiles el privilegio de arrepentirse de sus pecados y de recibir vida eterna.

LA IGLESIA EN ANTIOQUÍA DE SIRIA

Mientras tanto, los creyentes que fueron dispersados durante la persecución que hubo después de la muerte de Esteban, viajaron tan lejos como Fenicia, Chipre y Antioquía de Siria. Predicaban la palabra de Dios, pero solo a judíos. Sin embargo, algunos de los creyentes que fueron a Antioquía desde Chipre y Cirene les comenzaron a predicar a los gentiles acerca del Señor Jesús. El poder del Señor estaba con ellos, y un gran número de estos gentiles creyó y se convirtió al Señor.

Cuando la iglesia de Jerusalén se enteró de lo que había pasado, enviaron a Bernabé a Antioquía. Cuando él llegó y vio las pruebas de la bendición de Dios, se llenó de alegría y alentó a los creyentes a que permanecieran fieles al Señor. Bernabé era un hombre bueno, lleno del Espíritu Santo y firme en la fe. Y mucha gente llegó al Señor.

Después Bernabé siguió hasta Tarso para buscar a Saulo. Cuando lo encontró, lo llevó de regreso a Antioquía. Los dos se quedaron allí con la iglesia durante todo un año, enseñando a grandes multitudes. (Fue en Antioquía donde, por primera vez, a los creyentes los llamaron «cristianos»).

Durante aquellos días, unos profetas viajaron de Jerusalén a Antioquía. Uno de ellos, llamado Ágabo, se puso de pie en una de las reuniones y predijo por medio del Espíritu que iba a haber una gran hambre en todo el mundo romano. (Esto se cumplió durante el reinado de Claudio). Así que los creyentes de Antioquía decidieron enviar una ayuda a los hermanos de Judea, y cada uno dio lo que podía. Así lo hicieron, y confiaron sus ofrendas a Bernabé y a Saulo para que las llevaran a los ancianos de la iglesia de Jerusalén.

CAPÍTULO DOCE

ASESINATO DE SANTIAGO Y ENCARCELAMIENTO DE PEDRO

Por ese tiempo, el rey Herodes Agripa comenzó a perseguir a algunos creyentes de la iglesia. Mandó matar a espada al apóstol Santiago (hermano de Juan). Cuando Herodes vio cuánto esto le agradó al pueblo judío, también arrestó a Pedro. (Eso sucedió durante la celebración de la Pascua). Después lo metió en la cárcel y lo puso bajo la vigilancia de cuatro escuadrones de cuatro soldados cada uno. Herodes tenía pensado llevar a Pedro a juicio público después de la Pascua. Pero, mientras Pedro estaba en la cárcel, la iglesia oraba fervientemente por él.

PEDRO ESCAPA MILAGROSAMENTE DE LA CÁRCEL

La noche antes de ser sometido a juicio, Pedro dormía sujetado con dos cadenas entre dos soldados. Otros hacían guardia junto a la puerta de la prisión. De repente, una luz intensa iluminó la celda y un ángel del Señor se puso frente a Pedro. El ángel lo golpeó en el costado para despertarlo y le dijo: «¡Rápido! ¡Levántate!». Y las cadenas cayeron de sus muñecas. Después, el ángel le dijo: «Vístete y ponte tus sandalias». Pedro lo hizo, y el ángel le ordenó: «Ahora ponte tu abrigo y sígueme».

Así que Pedro salió de la celda y siguió al ángel, pero todo el tiempo pensaba que era una visión; no se daba cuenta de que en verdad eso estaba sucediendo. Pasaron el primer puesto de guardia y luego el segundo y llegaron a la puerta de hierro que lleva a la ciudad, y esta puerta se abrió por sí sola frente a ellos. De esta manera cruzaron la puerta y empezaron a caminar por la calle, y de pronto el ángel lo dejó.

HERODES AGRIPIA I

Herodes Agripa I tenía una abuela judía de sangre real (Mariamne), lo cual hizo que la gente lo aceptara, aunque no de buena gana. Sin embargo, Herodes cometió un error fatal muy pronto. Durante una visita a Cesarea, la gente lo llamó un dios, y él aceptó su alabanza. Herodes fue atacado de inmediato con una enfermedad muy dolorosa, y murió en el término de una semana.

Herodes Agripa I no sentía respeto por Dios ni tuvo escrúpulos para aceptar la alabanza que solo Dios debe recibir. Su error es uno de los más comunes. Cuando nos volvemos orgullosos por nuestras propias habilidades y logros, sin reconocerlos como regalos de Dios, repetimos el pecado de Herodes.

FORTALEZAS Y LOGROS: Era un administrador y negociador capaz
Se las arreglaba para mantener buenas relaciones con los judíos de su región y con Roma

DEBILIDADES Y ERRORES: Organizó el asesinato del apóstol Santiago
Encarceló a Pedro con planes para ejecutarlo
Permitió que la gente lo alabara como a un dios

LECCIONES DE SU VIDA: Los que se oponen a Dios están destinados a fracasar
Las características familiares pueden influir en los niños para gran bien o gran mal

DATOS GENERALES: Lugar: Jerusalén
Ocupación: Nombrado rey de los judíos por los romanos
Parientes: Abuelo: Herodes el Grande. Padre: Aristóbulo. Tío: Herodes Antipas. Hermana: Herodías. Esposa: Cipros. Hijo: Herodes Agripa II.
Hijas: Berenice, Mariamne y Drusila.

Finalmente Pedro volvió en sí. «¡De veras es cierto! —dijo—. ¡El Señor envió a su ángel y me salvó de Herodes y de lo que los líderes judíos tenían pensado hacerme!».

Cuando se dio cuenta de esto, fue a la casa de María, la madre de Juan Marcos, donde muchos se habían reunido para orar. Tocó a la puerta de entrada, y una sirvienta llamada Rode fue a abrir. Cuando ella reconoció la voz de Pedro, se alegró tanto que, en lugar de abrir la puerta, corrió hacia adentro y les dijo a todos:

—¡Pedro está a la puerta!

—¡Estás loca! —le dijeron.

Como ella insistía, llegaron a la conclusión: «Debe ser su ángel».

JUAN MARCOS

Juan Marcos ansiaba hacer lo correcto, pero le era difícil continuar una tarea. En su evangelio, Marcos menciona a un joven (es probable que se refiera a sí mismo) quien, durante el arresto de Jesús, huyó con tanto temor que dejó su ropa. Su tendencia a salir corriendo se vio más tarde cuando Pablo y Bernabé lo llevaron como asistente en el primer viaje misionero. Marcos se regresó a Jerusalén. Bernabé fue paciente con Marcos, y Marcos llegó a ser un buen acompañante para tres líderes de la iglesia naciente: Bernabé, Pablo y Pedro.

Su papel de ayudante le permitió ser un observador. Una y otra vez escuchó los relatos de Pedro, y fue uno de los primeros en escribir la vida de Jesús. Marcos nos desafía a aprender de nuestros errores y a apreciar la paciencia de otros.

FORTALEZAS Y LOGROS: Escribió el evangelio de Marcos
Ofreció su hogar como uno de los lugares principales de reunión para los cristianos de Jerusalén
Fue compañero de viaje de tres de los primeros y más importantes misioneros

DEBILIDADES Y ERRORES: Cuando Jesús fue arrestado huyó sobrecogido de pánico
Por razones desconocidas, abandonó a Pablo y a Bernabé durante su primer viaje misionero

LECCIONES DE SU VIDA: Por lo general, los errores no son tan importantes como lo que se aprende de ellos

Las palabras de aliento pueden cambiar la vida de una persona

DATOS GENERALES: LUGAR: JERUSALÉN

Ocupaciones: Aprendiz de misionero, escritor de un evangelio, compañero de viaje

Parientes: Madre: María. Primo: Bernabé

Mientras tanto, Pedro seguía tocando. Cuando por fin abrieron la puerta y lo vieron, quedaron asombrados. Él les hizo señas para que se callaran y les contó cómo el Señor lo había sacado de la cárcel. «Díganles a Santiago y a los demás hermanos lo que pasó», dijo. Y después se fue a otro lugar.

Al amanecer, hubo un gran alboroto entre los soldados por lo que había sucedido con Pedro. Herodes Agripa ordenó que se hiciera una búsqueda exhaustiva para encontrar a Pedro. Como no pudieron encontrarlo, Herodes interrogó a los guardias y luego los condenó a muerte. Después Herodes se fue de Judea para quedarse en Cesarea por un tiempo.

MUERTE DE HERODES AGRIPA

Ahora bien, Herodes estaba muy enojado con los habitantes de Tiro y de Sidón. Entonces ellos enviaron una delegación para que hiciera las paces con él, porque sus ciudades dependían del país de Herodes para obtener alimento. Los delegados se ganaron el apoyo de Blasto, el asistente personal de Herodes, y así se les concedió una cita con Herodes. Cuando llegó el día, Herodes se puso sus vestiduras reales, se sentó en su trono y les dio un discurso. El pueblo le dio una gran ovación, gritando: «¡Es la voz de un dios, no la de un hombre!».

Al instante, un ángel del Señor hirió a Herodes con una enfermedad, porque él aceptó la adoración de la gente en lugar de darle la gloria a Dios. Así que murió carcomido por gusanos.

Mientras tanto, la palabra de Dios seguía extendiéndose, y hubo muchos nuevos creyentes.

Cuando Bernabé y Saulo terminaron su misión en Jerusalén, regresaron llevándose con ellos a Juan Marcos.

CAPÍTULO TRECE

BERNABÉ Y SAULO SON ENCOMENDADOS

Entre los profetas y maestros de la iglesia de Antioquía de Siria se encontraban Bernabé, Simeón (llamado «el Negro»), Lucio (de Cirene), Manaén (compañero de infancia del rey Herodes Antipas) y Saulo. Cierta día, mientras estos hombres adoraban al Señor y ayunaban, el Espíritu Santo dijo: «Consagren a Bernabé y a Saulo para el trabajo especial al cual los he llamado». Así que, después de pasar más tiempo en ayuno y oración, les impusieron las manos y los enviaron.

PRIMER VIAJE MISIONERO DE PABLO

Entonces Bernabé y Saulo fueron enviados por el Espíritu Santo. Descendieron hasta el puerto de Seleucia y después navegaron hacia la isla de Chipre. Allí, en la ciudad de Salamina, fueron a las sinagogas judías y predicaron la palabra de Dios. Juan Marcos fue con ellos como su asistente.

Después viajaron de ciudad en ciudad por toda la isla hasta que finalmente llegaron a Pafos, donde conocieron a un hechicero judío, un falso profeta llamado Barjesús. El tal se había apegado al gobernador, Sergio Paulo, quien era un hombre inteligente. El gobernador invitó a Bernabé y a Saulo para que fueran a verlo, porque quería oír la palabra de Dios; pero Elimas, el hechicero (eso es lo que significa su nombre en griego), se entrometió y trataba de persuadir al gobernador para que no prestara atención a lo que Bernabé y Saulo decían. Trataba de impedir que el gobernador creyera.

Saulo, también conocido como Pablo, fue lleno del Espíritu Santo y miró al hechicero a los ojos. Luego dijo: «¡Tú, hijo del diablo, lleno de toda clase de engaño y fraude, y enemigo de todo lo bueno! ¿Nunca dejarás de distorsionar los caminos verdaderos del Señor? Ahora mira, el Señor ha puesto su mano de castigo sobre ti, y quedarás ciego. No verás la luz del sol por un tiempo». Al instante, neblina y oscuridad cubrieron los ojos del hombre, y comenzó a andar a tientas, mientras suplicaba que alguien lo tomara de la mano y lo guiara.

Cuando el gobernador vio lo que había sucedido, se convirtió, pues quedó asombrado de la enseñanza acerca del Señor.

PABLO PREDICA EN ANTIOQUÍA DE PISIDIA

Luego Pablo y sus compañeros salieron de Pafos en barco rumbo a Panfilia y desembarcaron en la ciudad portuaria de Perge. Allí Juan Marcos los dejó y regresó a Jerusalén; pero Pablo y Bernabé siguieron su viaje por tierra adentro hasta Antioquía de Pisidia.

El día de descanso fueron a las reuniones de la sinagoga. Después de las lecturas acostumbradas de los libros de Moisés y de los profetas, los que estaban a cargo del servicio les mandaron el siguiente mensaje: «Hermanos, si tienen alguna palabra de aliento para el pueblo, ¡pasen a decirla!».

Entonces Pablo se puso de pie, levantó la mano para hacer que se callaran y comenzó a hablar: «Hombres de Israel —dijo— y ustedes, gentiles temerosos de Dios, escúchenme.

»El Dios de esta nación de Israel eligió a nuestros antepasados e hizo que se multiplicaran y se hicieran fuertes durante el tiempo que pasaron en Egipto. Luego, con brazo poderoso los sacó de la esclavitud. Tuvo que soportarlos durante los cuarenta años que anduvieron vagando por el desierto. Luego destruyó a siete naciones en Canaán y le dio su tierra a Israel como herencia. Todo esto llevó cerca de cuatrocientos cincuenta años.

»Después de eso, Dios les dio jueces para que gobernaran hasta los días del profeta Samuel. Luego el pueblo suplicó por un rey, y Dios les dio a Saúl, hijo de Cis, un hombre de la tribu de Benjamín que reinó durante

cuarenta años. Pero Dios quitó a Saúl y lo reemplazó con David, un hombre de quien Dios dijo: “He encontrado en David, hijo de Isaí, a un hombre conforme a mi propio corazón; él hará todo lo que yo quiero que haga”.

»Y es precisamente uno de los descendientes del rey David, Jesús, ¡el Salvador de Israel prometido por Dios! Antes de que él viniera, Juan el Bautista predicaba que todo el pueblo de Israel tenía que arrepentirse de sus pecados, convertirse a Dios y bautizarse. Cuando estaba en los últimos días de su ministerio, Juan preguntó: “¿Creen ustedes que yo soy el Mesías? No, ¡no lo soy! Pero él pronto viene, y yo ni siquiera soy digno de ser su esclavo ni de desatarle las sandalias de sus pies”.

»Hermanos —ustedes, hijos de Abraham, y también ustedes, gentiles temerosos de Dios—, ¡este mensaje de salvación ha sido enviado a nosotros! La gente de Jerusalén y sus líderes no reconocieron a Jesús como la persona de quien hablaron los profetas. En cambio, lo condenaron y, al hacerlo, cumplieron las palabras de los profetas que se leen todos los días de descanso. No encontraron ninguna razón legal para ejecutarlo, pero de cualquier forma le pidieron a Pilato que lo matara.

»Una vez que llevaron a cabo todo lo que las profecías decían acerca de él, lo bajaron de la cruz y lo pusieron en una tumba. ¡Pero Dios lo levantó de los muertos! Y, durante varios días, se apareció a los que habían ido con él de Galilea a Jerusalén. Actualmente ellos son sus testigos al pueblo de Israel.

»Y ahora nosotros estamos aquí para traerles la Buena Noticia. La promesa fue dirigida a nuestros antepasados. Y ahora Dios nos la cumplió a nosotros, los descendientes, al resucitar a Jesús. Esto es lo que el segundo salmo dice sobre Jesús:

“Tú eres mi Hijo.

Hoy he llegado a ser tu Padre”.

Pues Dios había prometido levantarlo de los muertos, no dejarlo que se pudriera en la tumba. Dijo: “Yo te daré las bendiciones sagradas que le prometí a David”. Otro salmo lo explica con más detalle: “No permitirás que tu Santo se pudra en la tumba”. Este salmo no hace referencia a David, pues, después de haber hecho la voluntad de Dios en su propia generación, David murió, fue enterrado con sus antepasados y su cuerpo se descompuso. No, el salmo se refería a otra persona, a alguien a quien Dios resucitó y cuyo cuerpo no se descompuso.

»Hermanos, ¡escuchen! Estamos aquí para proclamar que, por medio de este hombre Jesús, ustedes tienen el perdón de sus pecados. Todo el que cree en él es declarado justo ante Dios, algo que la ley de Moisés nunca pudo hacer. ¡Tengan cuidado! No dejen que las palabras de los profetas se apliquen a ustedes. Pues ellos dijeron:

*“Miren, ustedes burlones,
¡asómbrense y mueran!
Pues estoy haciendo algo en sus propios días,
algo que no creerían
aun si alguien les dijera”».*

Cuando Pablo y Bernabé salieron de la sinagoga ese día, la gente les suplicó que volvieran a hablar sobre esas cosas la semana siguiente. Muchos judíos y devotos convertidos al judaísmo siguieron a Pablo y a Bernabé, y ambos hombres los exhortaban a que continuaran confiando en la gracia de Dios.

PABLO SE DIRIGE A LOS GENTILES

A la semana siguiente, casi toda la ciudad fue a oírlos predicar la palabra del Señor. Cuando algunos judíos vieron las multitudes tuvieron envidia; así que calumniaban a Pablo y debatían contra todo lo que él decía.

Entonces Pablo y Bernabé hablaron con valentía y declararon: «Era necesario que primero les predicáramos la palabra de Dios a ustedes, los judíos; pero ya que ustedes la han rechazado y se consideran indignos de la

vida eterna, se la ofreceremos a los gentiles. Pues el Señor nos dio este mandato cuando dijo:

*“Yo te he hecho luz para los gentiles,
a fin de llevar salvación a los rincones más lejanos de la tierra”».*

Cuando los gentiles oyeron esto, se alegraron y le dieron las gracias al Señor por su mensaje, y todos los que fueron elegidos para la vida eterna se convirtieron en creyentes. Así que el mensaje del Señor se extendió por toda esa región.

BERNABÉ

Originalmente llamado José, él alentaba tanto a la gente que le pusieron el apelativo «hijo de ánimo», o Bernabé. Sus acciones fueron cruciales. Dios usó su relación con Pablo y con Marcos para mantenerlos firmes en su camino cuando cualquiera de los dos podría haber fracasado.

Igual a Bernabé, a menudo vemos a alguien que necesita ser alentado. Sin embargo, tendemos a criticar en vez de alentar. Puede ser importante señalarle a una persona sus puntos débiles buscando inspirar crecimiento, pero debemos ganarnos su confianza con palabras de ánimo para tener el derecho. ¿Aprovechará la oportunidad de alentar a las personas con las cuales entrará en contacto hoy?

FORTALEZAS Y LOGROS: Fue uno de los primeros que vendió sus posesiones para ayudar a los creyentes de Jerusalén. Fue el primero que viajó con Pablo como miembro de un equipo misionero. Alentaba a la gente, como lo indica su apelativo, y discretamente era una de las personas más influyentes en los primeros días del cristianismo. Lo llamaban apóstol, aunque no fue uno de los doce originales.

DEBILIDAD Y ERROR: Al igual que Pedro, se mantuvo temporalmente alejado de los creyentes gentiles hasta que Pablo lo corrigió.

LECCIONES DE SU VIDA: Alentar es una de las formas más eficaces de ayudar a otras personas

La verdadera obediencia a Dios implicará riesgo

Siempre hay alguien que necesita ser alentado

DATOS GENERALES: Lugares: Chipre, Jerusalén, Antioquía

Ocupaciones: Misionero, maestro

Parientes: Tía: María. Primo: Juan Marcos.

Luego los judíos provocaron a las mujeres religiosas influyentes y a los líderes de la ciudad, e incitaron a una turba contra Pablo y Bernabé, y los echaron de la ciudad. Así que ellos se sacudieron el polvo de sus pies en señal de rechazo y se dirigieron a la ciudad de Iconio. Y los creyentes se llenaron de alegría y del Espíritu Santo.

CAPÍTULO CATORCE

PABLO Y BERNABÉ EN ICONIO

Lo mismo sucedió en Iconio. Pablo y Bernabé fueron a la sinagoga judía y predicaron con tanto poder que un gran número de judíos y griegos se hicieron creyentes. Sin embargo, algunos de los judíos rechazaron el mensaje de Dios y envenenaron la mente de los gentiles en contra de Pablo y Bernabé; pero los apóstoles se quedaron allí por mucho tiempo, predicando con valentía acerca de la gracia del Señor. Y el Señor demostraba que el mensaje era verdadero al darles poder para hacer señales milagrosas y maravillas; pero la gente de la ciudad estaba dividida en cuanto a su opinión sobre ellos. Algunos estaban del lado de los judíos, y otros apoyaban a los apóstoles.

Entonces una turba de gentiles y judíos, junto con sus líderes, decidieron atacarlos y apedrearlos. Cuando los apóstoles se enteraron, huyeron a la región de Licaonia, a las ciudades de Listra y Derbe y sus alrededores. Y allí predicaron la Buena Noticia.

PABLO Y BERNABÉ EN LISTRA Y DERBE

Mientras estaban en Listra, Pablo y Bernabé se toparon con un hombre lisiado de los pies. Como había nacido así, jamás había caminado. Estaba sentado, escuchando mientras Pablo predicaba. Pablo lo miró fijamente y se dio cuenta de que el hombre tenía fe para ser sanado. Así que Pablo lo llamó con voz alta: «¡Levántate!». Y el hombre se puso de pie de un salto y comenzó a caminar.

Cuando la multitud vio lo que Pablo había hecho, gritó en su dialecto local: «¡Estos hombres son dioses en forma humana!». Decidieron que Bernabé era el dios griego Zeus y que Pablo era Hermes por ser el orador principal. El templo de Zeus estaba situado justo fuera de la ciudad. Así que el sacerdote del templo y la multitud llevaron toros y coronas de flores a las puertas de la ciudad, y se prepararon para ofrecerles sacrificios a los apóstoles.

Cuando los apóstoles Bernabé y Pablo oyeron lo que pasaba, horrorizados se rasgaron la ropa y salieron corriendo entre la gente, mientras gritaban: «Amigos, ¿por qué hacen esto? ¡Nosotros somos simples seres humanos, tal como ustedes! Hemos venido a traerles la Buena Noticia de que deben apartarse de estas cosas inútiles y volverse al Dios viviente, quien hizo el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos. En el pasado, él permitió que todas las naciones siguieran su propio camino, pero nunca las dejó sin pruebas de sí mismo y de su bondad. Por ejemplo, les envía lluvia y buenas cosechas, y les da alimento y corazones alegres». No obstante, aun con estas palabras, a duras penas Pablo y Bernabé pudieron contener a la gente para que no les ofreciera sacrificios.

Luego unos judíos llegaron de Antioquía e Iconio, y lograron poner a la multitud de su lado. Apedrearon a Pablo y lo arrastraron fuera de la ciudad, pensando que estaba muerto; pero los creyentes lo rodearon, y él se levantó y regresó a la ciudad. Al día siguiente, salió junto con Bernabé hacia Derbe.

PABLO Y BERNABÉ REGRESAN A ANTIOQUÍA DE SIRIA

Después de predicar la Buena Noticia en Derbe y de hacer muchos discípulos, Pablo y Bernabé regresaron a Listra, Iconio y Antioquía de Pisidia, donde fortalecieron a los creyentes. Los animaron a continuar en la fe, y les recordaron que debemos sufrir muchas privaciones para entrar en el reino de Dios. Pablo y Bernabé también nombraron ancianos en cada iglesia. Con oración y ayuno, encomendaron a los ancianos al cuidado del Señor, en quien habían puesto su confianza. Luego atravesaron nuevamente Pisidia y llegaron a Panfilia. Predicaron la palabra en Perge y después descendieron hasta Atalia.

Por último, regresaron en barco a Antioquía de Siria, donde habían iniciado su viaje. Los creyentes de allí los habían encomendado a la gracia de Dios para que hicieran el trabajo que ahora habían terminado. Una vez que llegaron a Antioquía, reunieron a la iglesia y le informaron todo lo que Dios había hecho por medio de ellos y cómo él también había abierto la puerta de la fe a los gentiles. Y se quedaron allí con los creyentes por mucho tiempo.

CAPÍTULO QUINCE

EL CONCILIO DE JERUSALÉN

Cuando Pablo y Bernabé estaban en Antioquía de Siria, llegaron unos hombres de Judea y comenzaron a enseñarles a los creyentes: «A menos que se circunciden como exige la ley de Moisés, no podrán ser salvos». Pablo y Bernabé no estaban de acuerdo con ellos y discutieron con vehemencia. Finalmente, la iglesia decidió enviar a Pablo y a Bernabé a Jerusalén, junto con algunos creyentes del lugar, para que hablaran con los apóstoles y con los ancianos sobre esta cuestión. La iglesia envió a los delegados a Jerusalén, quienes de camino se detuvieron en Fenicia y Samaria para visitar a los creyentes. Les contaron —para alegría de todos— que los gentiles también se convertían.

Cuando llegaron a Jerusalén, toda la iglesia —incluidos los apóstoles y los ancianos— dio la bienvenida a Pablo y a Bernabé, quienes les informaron acerca de todo lo que Dios había hecho por medio de ellos. Pero después algunos creyentes que pertenecían a la secta de los fariseos se pusieron de pie e insistieron: «Los convertidos gentiles deben ser circuncidados y hay que exigirles que sigan la ley de Moisés».

Así que los apóstoles y los ancianos se reunieron para resolver este asunto. En la reunión, después de una larga discusión, Pedro se puso de pie y se dirigió a ellos de la siguiente manera: «Hermanos, todos ustedes saben que hace tiempo Dios me eligió de entre ustedes para que predicara a los gentiles a fin de que pudieran oír la Buena Noticia y creer. Dios conoce el corazón humano y él confirmó que acepta a los gentiles al darles el Espíritu

Santo, tal como lo hizo con nosotros. Él no hizo ninguna distinción entre nosotros y ellos, pues les limpió el corazón por medio de la fe. Entonces, ¿por qué ahora desafían a Dios al poner cargas sobre los creyentes gentiles con un yugo que ni nosotros ni nuestros antepasados pudimos llevar? Nosotros creemos que todos somos salvos de la misma manera, por la gracia no merecida que proviene del Señor Jesús».

Todos escucharon en silencio mientras Bernabé y Pablo les contaron de las señales milagrosas y maravillas que Dios había hecho por medio de ellos entre los gentiles.

Cuando terminaron, Santiago se puso de pie y dijo: «Hermanos, escúchenme. Pedro les ha contado de cuando Dios visitó por primera vez a los gentiles para tomar de entre ellos un pueblo para sí mismo. Y la conversión de los gentiles es precisamente lo que los profetas predijeron. Como está escrito:

*“Después yo volveré
y restauraré la casa caída de David.
Reconstruiré sus ruinas
y la restauraré,
para que el resto de la humanidad busque al SEÑOR,
incluidos los gentiles,
todos los que he llamado a ser míos.
El SEÑOR ha hablado,
Aquel que hizo que estas cosas se dieran a conocer desde hace
mucho”.*

»Y mi opinión entonces es que no debemos ponerles obstáculos a los gentiles que se convierten a Dios. Al contrario, deberíamos escribirles y decirles que se abstengan de comer alimentos ofrecidos a ídolos, de inmoralidad sexual, de comer carne de animales estrangulados y de

consumir sangre. Pues esas leyes de Moisés se han predicado todos los días de descanso en las sinagogas judías de cada ciudad durante muchas generaciones».

CARTA PARA LOS CREYENTES GENTILES

Entonces los apóstoles y los ancianos, junto con toda la iglesia de Jerusalén, escogieron delegados y los enviaron a Antioquía de Siria con Pablo y Bernabé para que informaran acerca de esta decisión. Los delegados escogidos eran dos de los líderes de la iglesia: Judas (también llamado Barsabás) y Silas. La carta que llevaron decía lo siguiente:

«Nosotros, los apóstoles y los ancianos, sus hermanos de Jerusalén, escribimos esta carta a los creyentes gentiles de Antioquía, Siria y Cilicia. ¡Saludos!

»Tenemos entendido que unos hombres de aquí los han perturbado e inquietado con su enseñanza, ¡pero nosotros no los enviamos! Así que decidimos, después de llegar a un acuerdo unánime, enviarles representantes oficiales junto con nuestros amados Bernabé y Pablo, quienes han arriesgado la vida por el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Les enviamos a Judas y a Silas para confirmar lo que hemos decidido con relación a la pregunta de ustedes.

»Pues nos pareció bien al Espíritu Santo y a nosotros no imponer sobre ustedes una carga mayor que estos pocos requisitos: deben abstenerse de comer alimentos ofrecidos a ídolos, de consumir sangre o la carne de animales estrangulados y de la inmoralidad sexual. Si hacen esto, harán bien. Adiós».

Los mensajeros salieron de inmediato para Antioquía, donde convocaron a una reunión general de los creyentes y entregaron la carta. Y hubo mucha alegría en toda la iglesia ese día cuando leyeron este mensaje alentador.

SILAS

Silas fue uno de los representantes de Jerusalén enviado con Pablo y Bernabé a Antioquía con una carta oficial de bienvenida y aceptación dirigida a los cristianos gentiles. Cumplida esa misión, Silas regresó a Jerusalén. Sin embargo, pronto volvió a Antioquía porque Pablo le pidió que se uniera a él en su segundo viaje misionero.

Pablo, Silas y Timoteo comenzaron un ministerio de largo alcance que incluyó aventuras emocionantes. En una cárcel de Filipos, Pablo y Silas pasaron la noche cantando después de haber sido azotados severamente. Un terremoto, la caída de sus cadenas y el pánico que se produjo llevó a la conversión del carcelero y su familia. Más tarde, apenas evitaron que los azotaran en Tesalónica porque se escaparon de noche. En Berea tuvieron más problemas, pero Silas y Timoteo permanecieron allí enseñando a los nuevos creyentes.

Silas aprovechó las oportunidades de servir a Dios y no se desalentó por los contratiempos y la oposición que encontró en el camino. Aunque no fue el más famoso de los primeros misioneros, ciertamente es un héroe digno de imitar.

FORTALEZAS Y LOGROS: Fue un líder de la iglesia de Jerusalén
Desde el segundo viaje misionero en adelante, estuvo estrechamente relacionado con Pablo
Trabajó de secretario, escribiendo para ambos, Pablo y Pedro

LECCIONES DE SU VIDA: El compañerismo es parte importante de un ministerio eficaz
La obediencia a Dios a menudo significa renunciar a lo que nos hace sentir seguros

DATOS GENERALES: Lugar: Era un ciudadano romano que vivía en Jerusalén
Ocupación: Fue uno de los primeros misioneros

Entonces Judas y Silas, ambos profetas, hablaron largo y tendido con los creyentes para animarlos y fortalecerlos en su fe. Se quedaron allí un tiempo, y luego los creyentes los enviaron de regreso a la iglesia de Jerusalén con una bendición de paz. Pablo y Bernabé se quedaron en Antioquía. Ellos y muchos otros enseñaban y predicaban la palabra del Señor en esa ciudad.

PABLO Y BERNABÉ SE SEPARAN

Después de un tiempo Pablo le dijo a Bernabé: «Volvamos a visitar cada una de las ciudades donde ya antes predicamos la palabra del Señor para ver cómo andan los nuevos creyentes». Bernabé estuvo de acuerdo y quería llevar con ellos a Juan Marcos; pero Pablo se opuso terminantemente ya que Juan Marcos los había abandonado en Panfilia y no había continuado con ellos en el trabajo. Su desacuerdo fue tan intenso que se separaron. Bernabé tomó a Juan Marcos consigo y navegó hacia Chipre. Pablo escogió a Silas y, al salir, los creyentes lo encomendaron al cuidado misericordioso del Señor. Luego viajó por toda Siria y Cilicia, fortaleciendo a las iglesias.

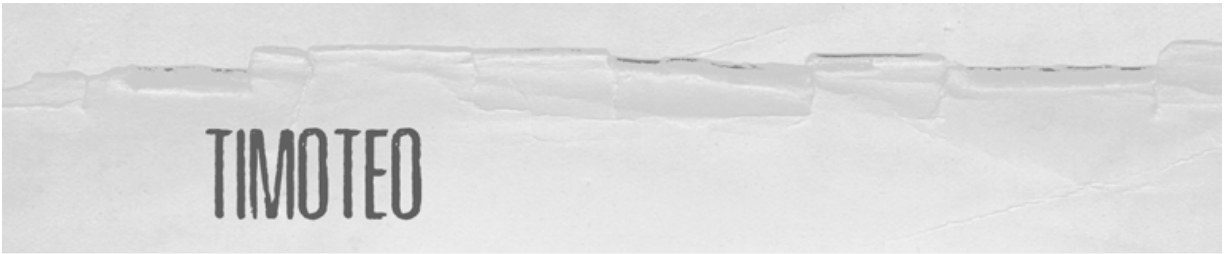
CAPÍTULO DIECISÉIS

SEGUNDO VIAJE MISIONERO DE PABLO

Pablo fue primero a Derbe y luego a Listra, donde había un discípulo joven llamado Timoteo. Su madre era una creyente judía, pero su padre era griego. Los creyentes de Listra e Iconio tenían un buen concepto de Timoteo, de modo que Pablo quiso que él los acompañara en el viaje. Por respeto a los judíos de la región, dispuso que Timoteo se circuncidara antes de salir, ya que todos sabían que su padre era griego. Luego fueron de ciudad en ciudad enseñando a los creyentes a que siguieran las decisiones tomadas por los apóstoles y los ancianos de Jerusalén. Así que las iglesias se fortalecían en su fe y el número de creyentes crecía cada día.

UN LLAMADO DE MACEDONIA

Luego, Pablo y Silas viajaron por la región de Frigia y Galacia, porque el Espíritu Santo les había impedido que predicaran la palabra en la provincia de Asia en ese tiempo. Luego, al llegar a los límites con Misia, se dirigieron al norte, hacia la provincia de Bitinia, pero de nuevo el Espíritu de Jesús no les permitió ir allí. Así que siguieron su viaje por Misia hasta el puerto de Troas.



TIMOTEO

Seguramente Timoteo se hizo cristiano después de la primera visita misionera de Pablo a Listra (Hechos 16:1-5). Para la segunda visita de Pablo, Timoteo ya era un discípulo respetado de Jesús. No vaciló en unirse a Pablo y a Silas en el viaje que iban a realizar.

Parece que Timoteo luchaba con timidez y una sensibilidad en cuanto a su juventud. Por la gracia de Dios, Pablo le vio mucho potencial y demostró su confianza en Timoteo al confiarle responsabilidades importantes. Envío a Timoteo a Corinto como su representante durante un tiempo que parece haber sido muy tenso (1 Corintios 4:14-17).

Nuestras últimas referencias a Timoteo vienen de las cartas más personales del Nuevo Testamento: 1 y 2 Timoteo. Pablo las escribió para alentar a Timoteo y darle la dirección que tanto necesitaba, pero han provisto consuelo y ayuda a muchos otros «Timoteos» a través de los años.

FORTALEZAS Y LOGROS: Acompañó a Pablo en su segundo y tercer viajes misioneros

Era un cristiano respetado en su ciudad natal

En varias ocasiones fue el representante de Pablo

Es probable que haya conocido a Pablo mejor que nadie; llegó a ser como su hijo

DEBILIDADES Y ERRORES: Luchó con una naturaleza tímida y reservada
Permitió que lo menospreciaran por su juventud

LECCIONES DE SU VIDA: La juventud no debe ser una excusa para la ineffectividad

Nuestras imperfecciones e incapacidades no deberían impedirnos estar disponibles para que Dios nos use

DATOS GENERALES: Lugar: Listra

Ocupaciones: Misionero, pastor

Parientes: Madre: Eunice. Abuela: Loida. Padre: un griego.

Esa noche Pablo tuvo una visión. Puesto de pie, un hombre de Macedonia —al norte de Grecia— le rogaba: «¡Ven aquí a Macedonia y ayúdanos!». Entonces decidimos salir de inmediato hacia Macedonia, después de haber llegado a la conclusión de que Dios nos llamaba a predicar la Buena Noticia allí.

EN FILIPOS, LIDIA CREE EN JESÚS

Subimos a bordo de un barco en Troas, navegamos directo a la isla de Samotracia y, al día siguiente, desembarcamos en Neápolis. De allí llegamos a Filipos, una ciudad principal de ese distrito de Macedonia y una colonia romana. Y nos quedamos allí varios días.

LIDIA

Lidia era una mujer de negocios que comerciaba tela púrpura y tintura, lo que quiere decir que probablemente era adinerada. Lidia también se encontraba en una búsqueda espiritual, ya que estaba entre las mujeres gentiles que se reunían todos los sábados fuera de la ciudad de Filipos para orarle al Dios de los judíos. Un día memorable, Pablo y Silas visitaron a ese grupo. Dios respondió a la búsqueda de Lidia proveyéndole más verdad. Cuando ella escuchó la Buena Noticia sobre Jesucristo, puso atención y creyó. Es recordada como la primera convertida europea de Pablo.

Lucas, con pinceladas muy acertadas, describe los dos primeros pasos en la vida de Lidia como discípula de Jesús: 1) fue bautizada, 2) llevó al resto de los miembros de su casa a Pablo, y aparentemente todos ellos también creyeron, porque fueron bautizados. La respuesta de Lidia fue tanto interna como externa. Su vida es un recordatorio de que tanto en aquella época como ahora, el evangelio tiene efectos que transforman la vida.

FORTALEZAS Y LOGROS: Exitosa mujer de negocios

Fue la primera convertida al cristianismo en Filipos y, por lo tanto, en Europa

Llevó a todos los de su casa para que escucharan acerca de Jesús, y todos fueron bautizados

Hospedó a Pablo y a Silas en Filipos

LECCIONES DE SU VIDA: Dios recompensa a quienes lo buscan de todo corazón

Una de las pruebas de la conversión es el cuidado físico y espiritual de otros

DATOS GENERALES: Lugar: Oriunda de Tiatira, pero vivía en Filipos
Ocupación: Comerciante especializada en tela púrpura muy costosa

Parientes: Los de su casa que fueron bautizados con ella

El día de descanso nos alejamos un poco de la ciudad y fuimos a la orilla de un río, donde pensamos que la gente se reuniría para orar, y nos sentamos a hablar con unas mujeres que se habían congregado allí. Una de ellas era Lidia, de la ciudad de Tiatira, una comerciante de tela púrpura muy costosa, quien adoraba a Dios. Mientras nos escuchaba, el Señor abrió su corazón y aceptó lo que Pablo decía. Ella y los de su casa fueron bautizados, y nos invitó a que fuéramos sus huéspedes. «Si ustedes reconocen que soy una verdadera creyente en el Señor —dijo ella—, vengan a quedarse en mi casa». Y nos insistió hasta que aceptamos.

PABLO Y SILAS EN LA CÁRCEL

Cierto día, cuando íbamos al lugar de oración, nos encontramos con una joven esclava que tenía un espíritu que le permitía adivinar el futuro. Por medio de la adivinación, ganaba mucho dinero para sus amos. Ella seguía a Pablo y también al resto de nosotros, gritando: «Estos hombres son siervos del Dios Altísimo y han venido para decirles cómo ser salvos».

Esto mismo sucedió día tras día hasta que Pablo se exasperó de tal manera que se dio la vuelta y le dijo al demonio que estaba dentro de la joven: «Te ordeno, en el nombre de Jesucristo, que salgas de ella». Y al instante el demonio la dejó.

Las esperanzas de sus amos de hacerse ricos ahora quedaron destruidas, así que agarraron a Pablo y a Silas y los arrastraron hasta la plaza del mercado ante las autoridades. «¡Toda la ciudad está alborotada a causa de estos judíos! —les gritaron a los funcionarios de la ciudad—. Enseñan costumbres que nosotros, los romanos, no podemos practicar porque son ilegales».

Enseguida se formó una turba contra Pablo y Silas, y los funcionarios de la ciudad ordenaron que les quitaran la ropa y los golpearan con varas de madera. Los golpearon severamente y después los metieron en la cárcel. Le

ordenaron al carcelero que se asegurara de que no escaparan. Así que el carcelero los puso en el calabozo de más adentro y les sujetó los pies en el cepo.

Alrededor de la medianoche, Pablo y Silas estaban orando y cantando himnos a Dios, y los demás prisioneros escuchaban. De repente, hubo un gran terremoto y la cárcel se sacudió hasta sus cimientos. Al instante, todas las puertas se abrieron de golpe, ¡y a todos los prisioneros se les cayeron las cadenas! El carcelero se despertó y vio las puertas abiertas de par en par. Dio por sentado que los prisioneros se habían escapado, por lo que sacó su espada para matarse; pero Pablo le gritó: «¡Detente! ¡No te mates! ¡Estamos todos aquí!».

El carcelero pidió una luz y corrió al calabozo y cayó temblando ante Pablo y Silas. Después los sacó y les preguntó:

—Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?

Ellos le contestaron:

—Cree en el Señor Jesús y serás salvo, junto con todos los de tu casa.

Y le presentaron la palabra del Señor tanto a él como a todos los que vivían en su casa. Aun a esa hora de la noche, el carcelero los atendió y les lavó las heridas. Enseguida ellos lo bautizaron a él y a todos los de su casa. El carcelero los llevó adentro de su casa y les dio de comer, y tanto él como los de su casa se alegraron porque todos habían creído en Dios.

A la mañana siguiente, los funcionarios de la ciudad mandaron a la policía para que le dijera al carcelero: «¡Suelta a esos hombres!».

Entonces el carcelero le dijo a Pablo:

—Los funcionarios de la ciudad han dicho que tú y Silas quedan en libertad. Vayan en paz.

Pero Pablo respondió:

—Ellos nos golpearon en público sin llevarnos a juicio y nos metieron en la cárcel, y nosotros somos ciudadanos romanos. ¿Ahora quieren que nos vayamos a escondidas? ¡De ninguna manera! ¡Que vengan ellos mismos a ponernos en libertad!

Cuando la policía dio su informe, los funcionarios de la ciudad se alarmaron al enterarse de que Pablo y Silas eran ciudadanos romanos. Entonces fueron a la cárcel y se disculparon con ellos. Luego los sacaron de allí y les suplicaron que se fueran de la ciudad. Una vez que salieron de la cárcel, Pablo y Silas regresaron a la casa de Lidia. Allí se reunieron con los creyentes y los animaron una vez más. Después se fueron de la ciudad.

CAPÍTULO DIECISIETE

PABLO PREDICA EN TESALÓNICA

Más tarde, Pablo y Silas pasaron por las ciudades de Anfípolis y Apolonia y llegaron a Tesalónica donde había una sinagoga judía. Como era su costumbre, Pablo fue al servicio de la sinagoga y, durante tres días de descanso seguidos, usó las Escrituras para razonar con la gente. Explicó las profecías y demostró que el Mesías tenía que sufrir y resucitar de los muertos. Decía: «Este Jesús, de quien les hablo, es el Mesías». Algunos judíos que escuchaban fueron persuadidos y se unieron a Pablo y Silas, junto con muchos hombres griegos temerosos de Dios y un gran número de mujeres prominentes.

Entonces ciertos judíos tuvieron envidia y reunieron a unos alborotadores de la plaza del mercado para que formaran una turba e iniciaran un disturbio. Atacaron la casa de Jasón en busca de Pablo y Silas a fin de sacarlos a rastras y entregarlos a la multitud. Como no los encontraron allí, en su lugar sacaron arrastrando a Jasón y a algunos de los otros creyentes y los llevaron al concejo de la ciudad. «Pablo y Silas han causado problemas por todo el mundo —gritaban—, y ahora están aquí perturbando también nuestra ciudad. Y Jasón los ha recibido en su casa. Todos ellos son culpables de traición contra el César porque profesan lealtad a otro rey, llamado Jesús».

La gente de la ciudad y también los del concejo de la ciudad quedaron totalmente confundidos por esas palabras. Así que los funcionarios obligaron a Jasón y a los otros creyentes a pagar una fianza y luego los soltaron.

PABLO Y SILAS EN BEREIA

Esa misma noche, los creyentes enviaron a Pablo y a Silas a Berea. Cuando llegaron allí, fueron a la sinagoga judía. Los de Berea tenían una mentalidad más abierta que los de Tesalónica y escucharon con entusiasmo el mensaje de Pablo. Día tras día examinaban las Escrituras para ver si Pablo y Silas enseñaban la verdad. Como resultado, muchos judíos creyeron, como también lo hicieron muchos griegos prominentes, tanto hombres como mujeres.

Cuando unos judíos de Tesalónica se enteraron de que Pablo predicaba la palabra de Dios en Berea, fueron allá y armaron un alboroto. Los creyentes enseguida tomaron medidas y enviaron a Pablo a la costa, mientras que Silas y Timoteo permanecieron allí. Los que acompañaban a Pablo fueron con él hasta Atenas; luego regresaron a Berea con instrucciones para Silas y Timoteo de que se apresuraran a unirse a él.

PABLO PREDICA EN ATENAS

Mientras Pablo los esperaba en Atenas, se indignó profundamente al ver la gran cantidad de ídolos que había por toda la ciudad. Iba a la sinagoga para razonar con los judíos y con los gentiles temerosos de Dios y hablaba a diario en la plaza pública con todos los que estuvieran allí.

También debatió con algunos filósofos epicúreos y estoicos. Cuando les habló acerca de Jesús y de su resurrección, ellos dijeron: «¿Qué trata de decir este charlatán con esas ideas raras?». Otros decían: «Parece que predica de unos dioses extranjeros».

Entonces lo llevaron al Concilio Supremo de la ciudad. «Ven y hablemos sobre esta nueva enseñanza —dijeron—. Dices cosas bastante extrañas y queremos saber de qué se trata». (Cabe explicar que todos los atenienses, al igual que los extranjeros que están en Atenas, al parecer pasan todo el tiempo discutiendo las ideas más recientes).

Entonces Pablo, de pie ante el Concilio, les dirigió las siguientes palabras: «Hombres de Atenas, veo que ustedes son muy religiosos en todo sentido, porque mientras caminaba observé la gran cantidad de lugares

sagrados. Y uno de sus altares tenía la siguiente inscripción: “A un Dios Desconocido”. Este Dios, a quien ustedes rinden culto sin conocer, es de quien yo les hablo.

»Él es el Dios que hizo el mundo y todo lo que hay en él. Ya que es el Señor del cielo y de la tierra, no vive en templos hechos por hombres, y las manos humanas no pueden servirlo, porque él no tiene ninguna necesidad. Él es quien da vida y aliento a todo y satisface cada necesidad. De un solo hombre creó todas las naciones de toda la tierra. De antemano decidió cuándo se levantarían y cuándo caerían, y determinó los límites de cada una.

»Su propósito era que las naciones buscaran a Dios y, quizá acercándose a tientas, lo encontraran; aunque él no está lejos de ninguno de nosotros. Pues en él vivimos, nos movemos y existimos. Como dijeron algunos de sus propios poetas: “Nosotros somos su descendencia”. Y, como esto es cierto, no debemos pensar en Dios como un ídolo diseñado por artesanos y hecho de oro, plata o piedra.

»En la antigüedad Dios pasó por alto la ignorancia de la gente acerca de estas cosas, pero ahora él manda que todo el mundo en todas partes se arrepienta de sus pecados y vuelva a él. Pues él ha fijado un día para juzgar al mundo con justicia por el hombre que él ha designado, y les demostró a todos quién es ese hombre al levantarlo de los muertos».

Cuando oyeron a Pablo hablar acerca de la resurrección de los muertos, algunos se rieron con desprecio, pero otros dijeron: «Queremos oír más sobre este tema más tarde». Con esto terminó el diálogo de Pablo con ellos, pero algunos se unieron a él y se convirtieron en creyentes. Entre ellos estaban Dionisio —un miembro del Concilio—, una mujer llamada Dámaris y varios más.

CAPÍTULO DIECIOCHO

PABLO CONOCE A PRISCILA Y A AQUILA EN CORINTO

Después Pablo salió de Atenas y fue a Corinto. Allí conoció a un judío llamado Aquila, nacido en la región del Ponto, quien estaba recién llegado de Italia junto con su esposa, Priscila. Habían salido de Italia cuando Claudio César deportó de Roma a todos los judíos. Pablo se quedó a vivir y a trabajar con ellos, porque eran fabricantes de carpas al igual que él.

Cada día de descanso, Pablo se encontraba en la sinagoga tratando de persuadir tanto a judíos como a griegos. Después de que Silas y Timoteo llegaron de Macedonia, Pablo pasó todo el tiempo predicando la palabra. Testificaba a los judíos que Jesús era el Mesías; pero cuando ellos se opusieron y lo insultaron, Pablo se sacudió el polvo de su ropa y dijo: «La sangre de ustedes está sobre sus propias cabezas; yo soy inocente. De ahora en adelante iré a predicar a los gentiles».

Entonces salió de allí y fue a la casa de Ticio Justo, un gentil que adoraba a Dios y que vivía al lado de la sinagoga. Crispo, el líder de la sinagoga, y todos los de su casa creyeron en el Señor. Muchos otros en Corinto también escucharon a Pablo, se convirtieron en creyentes y fueron bautizados.

Una noche, el Señor le habló a Pablo en una visión y le dijo: «¡No tengas miedo! ¡Habla con libertad! ¡No te quedes callado! Pues yo estoy contigo, y nadie te atacará ni te hará daño, porque mucha gente de esta ciudad me pertenece». Así que Pablo se quedó allí un año y medio enseñando la palabra de Dios.

Cuando Galión llegó a ser gobernador de Acaya, unos judíos se levantaron contra Pablo y lo llevaron ante el gobernador para juzgarlo. Acusaron a Pablo de «persuadir a la gente a adorar a Dios en formas contrarias a nuestra ley».

Pero justo cuando Pablo comenzó a defenderse, Galión se dirigió a los acusadores de Pablo y dijo: «Escuchen, ustedes judíos, si aquí hubiera alguna fechoría o un delito grave, yo tendría una razón para aceptar el caso; pero dado que es solo un asunto de palabras y nombres, y de su ley judía, resuélvanlo ustedes mismos. Me niego a juzgar tales asuntos». Así que los expulsó de la corte.

PRISCILA Y AQUILA

Priscila y Aquila conocieron a Pablo en Corinto durante su segundo viaje misionero. Tenía poco que habían sido expulsados de Roma debido a un decreto del emperador Claudio en contra de los judíos. Su hogar era tan portátil como las carpas que hacían para su sustento. Le abrieron su hogar a Pablo. Él se les unió en el negocio de hacer tiendas y compartió con ellos su riqueza de sabiduría espiritual.

Priscila y Aquila aprovecharon al máximo su educación espiritual. Escucharon los sermones atentamente y evaluaron lo que habían escuchado. Cuando oyeron lo que predicaba Apolos, se dieron cuenta de que esa información no estaba completa. En lugar de confrontarlo abiertamente, le hablaron en privado y compartieron con él lo que necesitaba saber.

Años después, al regresar a Roma, fueron anfitriones de una de las iglesias que se formaron en hogares. Su hospitalidad abrió la puerta de la salvación a muchos. El hogar cristiano sigue siendo una de las mejores herramientas para difundir el evangelio. ¿Sus invitados encuentran a Cristo en su hogar?

FORTALEZAS Y LOGROS: Un equipo matrimonial destacado que ministró en la iglesia naciente

Su sustento provenía de las carpas que hacían mientras servían a Cristo
Amigos íntimos de Pablo

Le explicaron a Apolos el mensaje completo de Cristo

LECCIONES DE SU VIDA: Un matrimonio puede tener un ministerio eficaz trabajando juntos

El hogar es una valiosa herramienta para la evangelización

Cada creyente necesita estar bien instruido en la fe, no importa que papel desempeñe en la iglesia

DATOS GENERALES: Lugar: Oriundos de Roma, se mudaron a Corinto y luego a Éfeso

Ocupación: Fabricantes de carpas

Entonces la multitud agarró a Sóstenes, el líder de la sinagoga, y lo golpeó allí mismo en la corte; pero Galión no le dio a eso ninguna importancia.

PABLO REGRESA A ANTIOQUÍA DE SIRIA

Después Pablo se quedó en Corinto un tiempo más, luego se despidió de los hermanos y fue a Cencrea, que quedaba cerca. Allí se rapó la cabeza según la costumbre judía en señal de haber cumplido un voto. Después se embarcó hacia Siria y llevó a Priscila y a Aquila con él.

Primero se detuvieron en el puerto de Éfeso, donde Pablo dejó a los demás. Mientras estuvo en Éfeso, fue a la sinagoga para razonar con los judíos. Le pidieron que se quedara más tiempo, pero él se negó. Al irse, sin embargo, dijo: «Si Dios quiere, regresaré». Entonces zarpó de Éfeso. La siguiente parada fue en el puerto de Cesarea. De allí subió y visitó a la iglesia de Jerusalén, y luego regresó a Antioquía.

Después de pasar un tiempo en Antioquía, Pablo regresó por Galacia y Frigia, donde visitó y fortaleció a todos los creyentes.

APOLOS RECIBE INSTRUCCIÓN EN ÉFESO

Mientras tanto, un judío llamado Apolos —un orador elocuente que conocía bien las Escrituras— llegó a Éfeso desde la ciudad de Alejandría, en Egipto. Había recibido enseñanza en el camino del Señor y les enseñó a otros acerca de Jesús con espíritu entusiasta y con precisión. Sin embargo, él solo

sabía acerca del bautismo de Juan. Cuando Priscila y Aquila lo escucharon predicar con valentía en la sinagoga, lo llevaron aparte y le explicaron el camino de Dios con aún más precisión.

Apolos pensaba ir a Acaya, y los hermanos de Éfeso lo animaron para que fuera. Les escribieron a los creyentes de Acaya para pedirles que lo recibieran. Cuando Apolos llegó, resultó ser de gran beneficio para los que, por la gracia de Dios, habían creído. Refutaba a los judíos en debates públicos con argumentos poderosos. Usando las Escrituras, les explicaba que Jesús es el Mesías.

CAPÍTULO DIECINUEVE

TERCER VIAJE MISIONERO DE PABLO

Mientras Apolos estaba en Corinto, Pablo viajó por las regiones del interior hasta que llegó a Éfeso, en la costa, donde encontró a varios creyentes.

—¿Recibieron el Espíritu Santo cuando creyeron? —les preguntó.

—No —contestaron—, ni siquiera hemos oído que hay un Espíritu Santo.

—Entonces, ¿qué bautismo recibieron? —preguntó.

Y ellos contestaron:

—El bautismo de Juan.

Pablo dijo:

—El bautismo de Juan exigía arrepentirse del pecado; pero Juan mismo le dijo a la gente que creyera en el que vendría después, es decir, en Jesús.

APOLOS

Cuando Apolos llegó a Éfeso, poco tiempo después de la partida de Pablo, tuvo un impacto inmediato. Habló con valentía, interpretando y aplicando las Escrituras del Antiguo Testamento en forma eficaz. Cuando Priscila y Aquila escucharon hablar a Apolos, de inmediato se dieron cuenta de que él no tenía la historia completa. La predicación de Apolos se basaba

solamente en el Antiguo Testamento y en el mensaje de Juan el Bautista. Cuando le hablaron de la vida, la muerte y la resurrección de Jesús, y la venida del Espíritu Santo, Apolos se llenó de nueva energía y valentía.

Entonces Apolos decidió viajar a Acaya. Muy pronto llegó a ser el campeón verbal de los creyentes de Corinto, debatiendo públicamente con los que se oponían al evangelio. Más tarde, cuando Apolos se preparaba para regresar a Corinto, Pablo escribió en forma cariñosa sobre Apolos como un compañero en el ministerio que «regó» las semillas del evangelio que Pablo había plantado en Corinto (1 Corintios 3:6).

Aunque sus habilidades naturales podrían haber causado que fuera orgulloso, Apolos demostró que estaba dispuesto a aprender. Debido a que no se resistió a ser un estudiante, llegó a ser un mejor maestro.

FORTALEZAS Y LOGROS: Fue un predicador talentoso y persuasivo y un apologista de la iglesia naciente
Estuvo dispuesto a ser enseñado

LECCIONES DE SU VIDA: La comunicación eficaz del evangelio incluye un mensaje preciso que se predica con el poder de Dios
Una clara defensa verbal del evangelio puede alentar a los creyentes, al tiempo que convence de su veracidad a los inconversos

DATOS GENERALES: Lugar: Oriundo de Alejandría en Egipto
Ocupaciones: Predicador itinerante, apologista

En cuanto oyeron esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús. Después, cuando Pablo les impuso las manos, el Espíritu Santo descendió sobre ellos, y hablaron en otras lenguas y profetizaron. Había unos doce hombres en total.

PABLO MINISTRA EN ÉFESO

Luego Pablo fue a la sinagoga y predicó con valentía durante los siguientes tres meses, discutiendo persuasivamente sobre el reino de Dios; pero algunos se pusieron tercos, rechazaron el mensaje y hablaron públicamente en contra del Camino. Así que Pablo salió de la sinagoga y se llevó a los creyentes con él. Entonces asistía diariamente a la sala de conferencias de

Tirano, donde exponía sus ideas y debatía. Esto continuó los siguientes dos años, de modo que gente de toda la provincia de Asia —tanto judíos como griegos— oyó la palabra del Señor.

Dios le dio a Pablo el poder para realizar milagros excepcionales. Cuando ponían sobre los enfermos pañuelos o delantales que apenas habían tocado la piel de Pablo, quedaban sanos de sus enfermedades y los espíritus malignos salían de ellos.

Un grupo de judíos viajaba de ciudad en ciudad expulsando espíritus malignos. Trataban de usar el nombre del Señor Jesús en sus conjuros y decían: «¡Te ordeno en el nombre de Jesús, de quien Pablo predica, que salgas!». Siete de los hijos de Esceva, un sacerdote principal, hacían esto. En una ocasión que lo intentaron, el espíritu maligno respondió: «Conozco a Jesús y conozco a Pablo, ¿pero quiénes son ustedes?». Entonces el hombre con el espíritu maligno se lanzó sobre ellos, logró dominarlos y los atacó con tal violencia que ellos huyeron de la casa, desnudos y golpeados.

Esta historia corrió velozmente por toda Éfeso, entre judíos y griegos por igual. Un temor solemne descendió sobre la ciudad, y el nombre del Señor Jesús fue honrado en gran manera. Muchos de los que llegaron a ser creyentes confesaron sus prácticas pecaminosas. Varios de ellos, que practicaban la hechicería, trajeron sus libros de conjuros y los quemaron en una hoguera pública. El valor total de los libros fue de cincuenta mil monedas de plata. Y el mensaje acerca del Señor se extendió por muchas partes y tuvo un poderoso efecto.

Tiempo después Pablo se vio obligado por el Espíritu a pasar por Macedonia y Acaya antes de ir a Jerusalén. «Y, después de eso —dijo—, ¡tengo que ir a Roma!». Envió a sus dos asistentes, Timoteo y Erasto, a que se adelantaran a Macedonia mientras que él se quedó un poco más de tiempo en la provincia de Asia.

DISTURBIO EN ÉFESO

Por ese tiempo, se generó un grave problema en Éfeso con respecto al Camino. Comenzó con Demetrio, un platero que tenía un importante negocio de fabricación de templos de plata en miniatura de la diosa griega

Artemisa. Él les daba trabajo a muchos artesanos. Los reunió a todos, junto con otros que trabajaban en oficios similares y les dirigió las siguientes palabras:

«Caballeros, ustedes saben que nuestra riqueza proviene de este negocio. Pero, como han visto y oído, este tal Pablo ha convencido a mucha gente al decirles que los dioses hechos a mano no son realmente dioses; y no solo lo ha hecho en Éfeso, ¡sino por toda la provincia! Por supuesto que no solo hablo de la pérdida del respeto público para nuestro negocio. También me preocupa que el templo de la gran diosa Artemisa pierda su influencia y que a Artemisa —esta magnífica diosa adorada en toda la provincia de Asia y en todo el mundo— ¡se le despoje de su gran prestigio!».

Al oír esto, montaron en cólera y comenzaron a gritar: «¡Grande es Artemisa de los efesios!». Pronto toda la ciudad se llenó de confusión. Todos corrieron al anfiteatro, arrastrando a Gayo y Aristarco, los compañeros de viaje de Pablo, que eran macedonios. Pablo también quiso entrar, pero los creyentes no lo dejaron. Algunos de los funcionarios de la provincia, amigos de Pablo, también le enviaron un mensaje para suplicarle que no arriesgara su vida por entrar en el anfiteatro.

Adentro era un griterío; algunos gritaban una cosa, y otros otra. Todo era confusión. De hecho, la mayoría ni siquiera sabía por qué estaba allí. Los judíos de la multitud empujaron a Alejandro hacia adelante y le dijeron que explicara la situación. Él hizo señas para pedir silencio e intentó hablar; pero cuando la multitud se dio cuenta de que era judío, empezaron a gritar de nuevo y siguieron sin parar como por dos horas: «¡Grande es Artemisa de los efesios! ¡Grande es Artemisa de los efesios!».

Por fin, el alcalde logró callarlos lo suficiente para poder hablar. «Ciudadanos de Éfeso —les dijo—, todos saben que la ciudad de Éfeso es la guardiana oficial del templo de la gran Artemisa, cuya imagen nos cayó del cielo. Dado que esto es un hecho innegable, no deberían perder la calma ni hacer algo precipitado. Ustedes han traído a estos hombres aquí, pero ellos no han robado nada del templo ni tampoco han hablado en contra de nuestra diosa.

»Si Demetrio y los artesanos tienen algún caso contra ellos, las cortes están en sesión y los funcionarios pueden escuchar el caso de inmediato. Dejen que ellos presenten cargos formales; y si hubiera quejas sobre otros asuntos, podrían resolverse en una asamblea legal. Me temo que corremos peligro de que el gobierno romano nos acuse de generar disturbios, ya que no hay razón para todo este alboroto; y si Roma exige una explicación, no sabremos qué decir». Entonces los despidió y ellos se dispersaron.

CAPÍTULO VEINTE

PABLO VIAJA A MACEDONIA Y A GRECIA

Cuando se acabó el alboroto, Pablo mandó llamar a los creyentes y los alentó. Después se despidió y viajó a Macedonia. Mientras estuvo allí, animó a los creyentes en cada pueblo que atravesó. Luego descendió a Grecia, donde se quedó tres meses. Se preparaba para regresar en barco a Siria cuando descubrió que unos judíos tramaban una conspiración contra su vida; entonces decidió regresar por Macedonia.

Varios hombres viajaban con él. Sus nombres eran Sópater, hijo de Pirro, de Berea; Aristarco y Segundo, de Tesalónica; Gayo, de Derbe; Timoteo; también Tíquico y Trófimo, de la provincia de Asia. Ellos se adelantaron y nos esperaron en Troas. Finalizada la Pascua, subimos a un barco en Filipos de Macedonia y, cinco días después, nos reencontramos con ellos en Troas, donde nos quedamos una semana.

ÚLTIMA VISITA DE PABLO A TROAS

El primer día de la semana, nos reunimos con los creyentes locales para participar de la Cena del Señor. Pablo les estaba predicando y, como iba a viajar el día siguiente, siguió hablando hasta la medianoche. El cuarto de la planta alta, donde nos reuníamos, estaba iluminado con muchas lámparas que titilaban. Como Pablo hablaba y hablaba, a un joven llamado Eutico, que estaba sentado en el borde de la ventana, le dio mucho sueño. Finalmente se quedó profundamente dormido y se cayó desde el tercer piso y murió. Pablo bajó, se inclinó sobre él y lo tomó en sus brazos. «No se preocupen —les dijo—, ¡está vivo!». Entonces todos regresaron al cuarto

de arriba, participaron de la Cena del Señor y comieron juntos. Pablo siguió hablándoles hasta el amanecer y luego se fue. Mientras tanto, llevaron al joven a su casa vivo y sano, y todos sintieron un gran alivio.

PABLO SE REÚNE CON LOS ANCianos DE ÉFESO

Pablo viajó por tierra hasta Asón, donde había arreglado que nos encontráramos con él, y nosotros viajamos por barco. Allí él se unió a nosotros, y juntos navegamos a Mitilene. Al otro día, navegamos frente a la isla de Quío. Al día siguiente, cruzamos hasta la isla de Samos y, un día después, llegamos a Mileto.

Pablo había decidido navegar sin detenerse en Éfeso porque no quería pasar más tiempo en la provincia de Asia. Se apresuraba a llegar a Jerusalén, de ser posible, para el Festival de Pentecostés. Cuando llegamos a Mileto, Pablo envió un mensaje a los ancianos de la iglesia de Éfeso para pedirles que vinieran a su encuentro.

Cuando llegaron, Pablo declaró: «Ustedes saben que desde el día que pisé la provincia de Asia hasta ahora, he hecho el trabajo del Señor con humildad y con muchas lágrimas. He soportado las pruebas que me vinieron como consecuencia de las conspiraciones de los judíos. Nunca me eché para atrás a la hora de decirles lo que necesitaban oír, ya fuera en público o en sus casas. He tenido un solo mensaje para los judíos y los griegos por igual: la necesidad de arrepentirse del pecado, de volver a Dios y de tener fe en nuestro Señor Jesús.

»Ahora estoy obligado por el Espíritu a ir a Jerusalén. No sé lo que me espera allí, solo que el Espíritu Santo me dice en ciudad tras ciudad que me esperan cárcel y sufrimiento; pero mi vida no vale nada para mí a menos que la use para terminar la tarea que me asignó el Señor Jesús, la tarea de contarles a otros la Buena Noticia acerca de la maravillosa gracia de Dios.

»Y ahora sé que ninguno de ustedes, a quienes les he predicado del reino, volverá a verme. Declaro hoy que he sido fiel. Si alguien sufre la muerte eterna, no será mi culpa, porque no me eché para atrás a la hora de declarar todo lo que Dios quiere que ustedes sepan.

»Entonces cuídense a sí mismos y cuiden al pueblo de Dios. Alimenten y pastoreen al rebaño de Dios —su iglesia, comprada con su propia sangre— sobre quien el Espíritu Santo los ha designado ancianos. Sé que, después de mi salida, vendrán en medio de ustedes falsos maestros como lobos rapaces y no perdonarán al rebaño. Incluso algunos hombres de su propio grupo se levantarán y distorsionarán la verdad para poder juntar seguidores. ¡Cuidado! Recuerden los tres años que pasé con ustedes —de día y de noche mi constante atención y cuidado— así como mis muchas lágrimas por cada uno de ustedes.

»Y ahora los encomiendo a Dios y al mensaje de su gracia, que tiene poder para edificarlos y darles una herencia junto con todos los que él ha consagrado para sí mismo.

»Yo nunca he codiciado la plata ni el oro ni la ropa de nadie. Ustedes saben que mis dos manos han trabajado para satisfacer mis propias necesidades e incluso las necesidades de los que estuvieron conmigo. Y he sido un ejemplo constante de cómo pueden ayudar con trabajo y esfuerzo a los que están en necesidad. Deben recordar las palabras del Señor Jesús: “Hay más bendición en dar que en recibir”».

Cuando Pablo terminó de hablar, se arrodilló y oró con ellos. Todos lloraban mientras lo abrazaban y le daban besos de despedida. Estaban tristes principalmente porque les había dicho que nunca más volverían a verlo. Luego lo acompañaron hasta el barco.

CAPÍTULO VEINTIUNO

VIAJE DE PABLO A JERUSALÉN

Después de despedirnos de los ancianos de Éfeso, navegamos directamente a la isla de Cos. Al día siguiente, llegamos a Rodas y luego fuimos a Pátara. Allí abordamos un barco que iba a Fenicia. Divisamos la isla de Chipre, la pasamos por nuestra izquierda y llegamos al puerto de Tiro, en Siria, donde el barco tenía que descargar.

Desembarcamos, encontramos a los creyentes del lugar y nos quedamos con ellos una semana. Estos creyentes profetizaron por medio del Espíritu Santo, que Pablo no debía seguir a Jerusalén. Cuando regresamos al barco al final de esa semana, toda la congregación, incluidos las mujeres y los niños, salieron de la ciudad y nos acompañaron a la orilla del mar. Allí nos arrodillamos, oramos y nos despedimos. Luego abordamos el barco y ellos volvieron a casa.

Después de dejar Tiro, la siguiente parada fue Tolemaida, donde saludamos a los hermanos y nos quedamos un día. Al día siguiente, continuamos hasta Cesarea y nos quedamos en la casa de Felipe el evangelista, uno de los siete hombres que habían sido elegidos para distribuir los alimentos. Tenía cuatro hijas solteras, que habían recibido el don de profecía.

Varios días después, llegó de Judea un hombre llamado Ágabo, quien también tenía el don de profecía. Se acercó, tomó el cinturón de Pablo y se ató los pies y las manos. Luego dijo: «El Espíritu Santo declara: “De esta forma será atado el dueño de este cinturón por los líderes judíos en

Jerusalén y entregado a los gentiles”». Cuando lo oímos, tanto nosotros como los creyentes del lugar le suplicamos a Pablo que no fuera a Jerusalén.

Pero él dijo: «¿Por qué todo este llanto? ¡Me parten el corazón! Yo estoy dispuesto no solo a ser encarcelado en Jerusalén, sino incluso a morir por el Señor Jesús». Al ver que era imposible convencerlo, nos dimos por vencidos y dijimos: «Que se haga la voluntad del Señor».

PABLO LLEGA A JERUSALÉN

Después de esto, empacamos nuestras cosas y salimos hacia Jerusalén. Algunos creyentes de Cesarea nos acompañaron y nos llevaron a la casa de Mnasón, un hombre originario de Chipre y uno de los primeros creyentes. Cuando llegamos, los hermanos de Jerusalén nos dieron una calurosa bienvenida.

Al día siguiente, Pablo fue con nosotros para encontrarnos con Santiago, y todos los ancianos de la iglesia de Jerusalén estaban presentes. Después de saludarlos, Pablo dio un informe detallado de las cosas que Dios había realizado entre los gentiles mediante su ministerio.

Después de oírlo, alabaron a Dios. Luego dijeron: «Tú sabes, querido hermano, cuántos miles de judíos también han creído, y todos ellos siguen muy en serio la ley de Moisés; pero se les ha dicho a los creyentes judíos de aquí, de Jerusalén, que tú enseñas a todos los judíos que viven entre los gentiles que abandonen la ley de Moisés. Ellos han oído que les enseñas que no circunciden a sus hijos ni que practiquen otras costumbres judías. ¿Qué debemos hacer? Seguramente se van a enterar de tu llegada.

»Queremos que hagas lo siguiente: hay entre nosotros cuatro hombres que han cumplido su voto; acompáñalos al templo y participa con ellos en la ceremonia de purificación, y paga tú los gastos para que se rapen la cabeza según el ritual judío. Entonces todos sabrán que los rumores son falsos y que tú mismo cumples las leyes judías.

»En cuanto a los creyentes gentiles, ellos deben hacer lo que ya les dijimos en una carta: abstenerse de comer alimentos ofrecidos a ídolos, de consumir sangre o la carne de animales estrangulados, y de la inmoralidad

sexual».

ARRESTO DE PABLO

Así que, al día siguiente, Pablo fue al templo con los otros hombres. Ya comenzado el ritual de purificación, anunció públicamente la fecha en que se cumpliría el tiempo de los votos y se ofrecerían sacrificios por cada uno de los hombres.

Cuando estaban por cumplirse los siete días del voto, unos judíos de la provincia de Asia vieron a Pablo en el templo e incitaron a una turba en su contra. Lo agarraron mientras gritaban: «¡Hombres de Israel, ayúdenos! Este es el hombre que predica en contra de nuestro pueblo en todas partes y les dice a todos que desobedezcan las leyes judías. Habla en contra del templo, ¡y hasta profana este lugar santo llevando gentiles adentro!». (Pues más temprano ese mismo día lo habían visto en la ciudad con Trófimo, un gentil de Éfeso, y supusieron que Pablo lo había llevado al templo).

Toda la ciudad fue estremecida por estas acusaciones y se desencadenó un gran disturbio. Agarraron a Pablo y lo arrastraron fuera del templo e inmediatamente cerraron las puertas detrás de él. Cuando estaban a punto de matarlo, le llegó al comandante del regimiento romano la noticia de que toda Jerusalén estaba alborotada. De inmediato el comandante llamó a sus soldados y oficiales y corrió entre la multitud. Cuando la turba vio que venían el comandante y las tropas, dejaron de golpear a Pablo.

Luego el comandante lo arrestó y ordenó que lo sujetaran con dos cadenas. Le preguntó a la multitud quién era él y qué había hecho. Unos gritaban una cosa, y otros otra. Como no pudo averiguar la verdad entre todo el alboroto y la confusión, ordenó que llevaran a Pablo a la fortaleza. Cuando Pablo llegó a las escaleras, la turba se puso tan violenta que los soldados tuvieron que levantarlo sobre sus hombros para protegerlo. Y la multitud seguía gritando desde atrás: «¡Mátenlo! ¡Mátenlo!».

PABLO HABLA A LA MULTITUD

Cuando estaban por llevarlo adentro, Pablo le dijo al comandante:

—¿Puedo hablar con usted?

—¿¡Hablas griego!?! —le preguntó el comandante, sorprendido—. ¿No eres tú el egipcio que encabezó una rebelión hace un tiempo y llevó al desierto a cuatro mil miembros del grupo llamado “Los Asesinos”?

—No —contestó Pablo—, soy judío y ciudadano de Tarso de Cilicia, que es una ciudad importante. Por favor, permítame hablar con esta gente.

El comandante estuvo de acuerdo, entonces Pablo se puso de pie en las escaleras e hizo señas para pedir silencio. Pronto un gran silencio envolvió a la multitud, y Pablo se dirigió a la gente en su propia lengua, en arameo.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

«Hermanos y estimados padres —dijo Pablo—, escuchen mientras presento mi defensa». Cuando lo oyeron hablar en el idioma de ellos, el silencio fue aún mayor.

Entonces Pablo dijo: «Soy judío, nacido en Tarso, una ciudad de Cilicia, y fui criado y educado aquí en Jerusalén bajo el maestro Gamaliel. Como estudiante de él, fui cuidadosamente entrenado en nuestras leyes y costumbres judías. Llegué a tener un gran celo por honrar a Dios en todo lo que hacía, tal como todos ustedes hoy. Perseguí a los seguidores del Camino, acosando a algunos hasta la muerte, y arresté tanto a hombres como a mujeres para arrojarlos en la cárcel. El sumo sacerdote y todo el consejo de ancianos pueden dar fe de que esto es cierto. Pues recibí cartas de ellos, dirigidas a nuestros hermanos judíos en Damasco, las cuales me autorizaban a encadenar a los seguidores del Camino de esa ciudad y traerlos a Jerusalén para que fueran castigados.

»Cuando iba de camino, ya cerca de Damasco, como al mediodía, de repente una intensa luz del cielo brilló alrededor de mí. Caí al suelo y oí una voz que me decía: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?”.

»“¿Quién eres, señor?”, pregunté.

»Y la voz contestó: “Yo soy Jesús de Nazaret, a quien tú persigues”. La gente que iba conmigo vio la luz pero no entendió la voz que me hablaba.

»Yo pregunté: “¿Qué debo hacer, Señor?”.

»Y el Señor me dijo: “Levántate y entra en Damasco, allí se te dirá todo lo que debes hacer”.

»Quedé ciego por la intensa luz y mis compañeros tuvieron que llevarme de la mano hasta Damasco. Allí vivía un hombre llamado Ananías. Era un hombre recto, muy devoto de la ley y muy respetado por todos los judíos de Damasco. Él llegó y se puso a mi lado y me dijo: “Hermano Saulo, recobra la vista”. Y, en ese mismo instante, ¡pude verlo!

»Después me dijo: “El Dios de nuestros antepasados te ha escogido para que conozcas su voluntad y para que veas al Justo y lo oigas hablar. Pues tú serás su testigo; les contarás a todos lo que has visto y oído. ¿Qué esperas? Levántate y bautízate. Queda limpio de tus pecados al invocar el nombre del Señor”.

»Después de regresar a Jerusalén y, mientras oraba en el templo, caí en un estado de éxtasis. Tuve una visión de Jesús, quien me decía: “¡Date prisa! Sal de Jerusalén, porque la gente de aquí no aceptará tu testimonio acerca de mí”.

»“Pero Señor —argumenté—, seguramente ellos saben que, en cada sinagoga, yo encarcelé y golpeé a los que creían en ti. Y estuve totalmente de acuerdo cuando mataron a tu testigo Esteban. Estuve allí cuidando los abrigos que se quitaron cuando lo apedrearon”.

»Pero el Señor me dijo: “¡Ve, porque yo te enviaré lejos, a los gentiles!”».

La multitud escuchó hasta que Pablo dijo esta palabra. Entonces todos comenzaron a gritar: «¡Llévense a ese tipo! ¡No es digno de vivir!».

Gritaron, arrojaron sus abrigos y lanzaron puñados de polvo al aire.

PABLO REVELA SU CIUDADANÍA ROMANA

El comandante llevó a Pablo adentro y ordenó que lo azotaran con látigos para hacerlo confesar su delito. Quería averiguar por qué la multitud se había enfurecido. Cuando ataron a Pablo para azotarlo, Pablo le preguntó al oficial que estaba allí:

—¿Es legal que azoten a un ciudadano romano que todavía no ha sido juzgado?

Cuando el oficial oyó esto, fue al comandante y le preguntó: «¿Qué está haciendo? ¡Este hombre es un ciudadano romano!».

Entonces el comandante se acercó a Pablo y le preguntó:

—Dime, ¿eres ciudadano romano?

—Sí, por supuesto que lo soy —respondió Pablo.

—Yo también lo soy —dijo el comandante entre dientes—, ¡y me costó mucho dinero!

Pablo respondió:

—¡Pero yo soy ciudadano de nacimiento!

Los soldados que estaban a punto de interrogar a Pablo se retiraron velozmente cuando se enteraron de que era ciudadano romano, y el comandante quedó asustado porque había ordenado que lo amarraran y lo azotaran.

PABLO ANTE EL CONCILIO SUPREMO

Al día siguiente, el comandante ordenó que los sacerdotes principales se reunieran en sesión con el Concilio Supremo judío. Quería averiguar de qué se trataba el problema, así que soltó a Pablo para presentarlo delante de ellos.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Mirando fijamente al Concilio Supremo, Pablo comenzó: «Hermanos, ¡siempre he vivido ante Dios con la conciencia limpia!».

Al instante, Ananías, el sumo sacerdote, ordenó a los que estaban cerca de Pablo que lo golpearan en la boca. Pero Pablo le dijo: «¡Dios te golpeará a ti, hipócrita corrupto! ¿Qué clase de juez eres si tú mismo infringes la ley al ordenar que me golpeen así?».

Los que estaban cerca de Pablo, le dijeron:

—¿Te atreves a insultar al sumo sacerdote de Dios?

—Lo siento, hermanos. No me había dado cuenta de que él es el sumo sacerdote —contestó Pablo—, porque las Escrituras dicen: “No hables mal de ninguno de tus gobernantes”.

Pablo se dio cuenta de que algunos miembros del Concilio Supremo eran saduceos y que otros eran fariseos, por lo tanto, gritó: «Hermanos, ¡yo soy fariseo, al igual que mis antepasados! ¡Y estoy en juicio porque mi esperanza está en la resurrección de los muertos!».

Esto dividió al Concilio —puso a los fariseos contra los saduceos—, porque los saduceos dicen que no hay resurrección, ni ángeles, ni espíritus, pero los fariseos sí creen en todo esto. Así que hubo un gran alboroto. Algunos de los maestros de la ley religiosa que eran fariseos se levantaron de un salto y comenzaron a discutir enérgicamente. «Nosotros no encontramos nada malo en él —gritaban—. Tal vez algún espíritu o ángel le habló». Como el conflicto se tornó más violento, el comandante tenía temor de que descuartizaran a Pablo. De modo que les ordenó a sus soldados que fueran a rescatarlo por la fuerza y lo regresaran a la fortaleza.

Esa noche el Señor se le apareció a Pablo y le dijo: «Ten ánimo, Pablo. Así como has sido mi testigo aquí en Jerusalén, también debes predicar la Buena Noticia en Roma».

PLAN PARA MATAR A PABLO

A la mañana siguiente, un grupo de judíos se reunió y se comprometió mediante un juramento a no comer ni beber hasta matar a Pablo. Eran más de cuarenta los cómplices en la conspiración. Fueron a los sacerdotes principales y a los ancianos y les dijeron: «Nos hemos comprometido mediante un juramento a no comer nada hasta que hayamos matado a Pablo. Así que ustedes y el Concilio Supremo deberían pedirle al comandante que lleve otra vez a Pablo ante el Concilio. Aparenten que quieren examinar su caso más a fondo. Nosotros lo mataremos en el camino».

Pero el sobrino de Pablo —el hijo de su hermana— se enteró del plan y fue a la fortaleza y se lo contó a Pablo. Pablo mandó llamar a uno de los oficiales romanos y le dijo: «Lleva a este joven al comandante; tiene algo importante que decirle».

Entonces el oficial lo hizo y explicó: «El prisionero Pablo me llamó y me pidió que le trajera a este joven porque tiene algo que decirle».

El comandante lo tomó de la mano, lo llevó a un lado y le preguntó:

—¿Qué es lo que quieres decirme?

El sobrino de Pablo le dijo:

—Unos judíos van a pedirle que usted lleve mañana a Pablo ante el Concilio Supremo, fingiendo que quieren obtener más información. ¡Pero no lo haga! Hay más de cuarenta hombres escondidos por todo el camino, listos para tenderle una emboscada. Ellos han jurado no comer ni beber nada hasta que lo hayan matado. Ya están listos, solo esperan su consentimiento.

—Que nadie sepa que me has contado esto —le advirtió el comandante al joven.

PABLO ES ENVIADO A CESAREA

Entonces el comandante llamó a dos de sus oficiales y les dio la siguiente orden: «Preparen a doscientos soldados para que vayan a Cesarea esta noche a las nueve. Lleven también doscientos lanceros y setenta hombres a caballo. Denle caballos a Pablo para el viaje y llévenlo a salvo al gobernador Félix». Después escribió la siguiente carta al gobernador:

«De Claudio Lisias. A su excelencia, el gobernador Félix. ¡Saludos!

»Unos judíos detuvieron a este hombre y estaban a punto de matarlo cuando llegué con mis tropas. Luego me enteré de que él era ciudadano romano, entonces lo trasladé a un lugar seguro. Después lo llevé al Concilio Supremo judío para tratar de averiguar la razón de las acusaciones en su contra. Pronto descubrí que el cargo tenía que ver con su ley religiosa, nada que merezca prisión o muerte en absoluto; pero cuando se me informó de un complot para matarlo, se lo envié a usted de inmediato. Les he dicho a sus acusadores que presenten los cargos ante usted».

Así que, esa noche, tal como se les había ordenado, los soldados llevaron a Pablo tan lejos como Antípatris. A la mañana siguiente, ellos regresaron a la fortaleza mientras que las tropas a caballo trasladaron a Pablo hasta Cesarea. Cuando llegaron a Cesarea, lo presentaron ante el gobernador Félix y le entregaron la carta. El gobernador la leyó y después le preguntó a Pablo de qué provincia era.

—De Cilicia —contestó Pablo.

—Yo mismo oiré tu caso cuando lleguen los que te acusan —le dijo el gobernador.

Luego el gobernador ordenó que lo pusieran en la prisión del cuartel general de Herodes.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

PABLO ANTE FÉLIX

Cinco días después, Ananías, el sumo sacerdote, llegó con algunos de los ancianos judíos y con el abogado Tértulo, para presentar su caso contra Pablo ante el gobernador. Una vez que hicieron entrar a Pablo, Tértulo presentó los cargos en su contra ante el gobernador con el siguiente discurso:

«Usted ha dado un largo período de paz a nosotros, los judíos y, con previsión, nos ha promulgado reformas. Por todo esto, su excelencia, le estamos muy agradecidos; pero no quiero aburrirlo, así que le ruego que me preste atención solo por un momento. Hemos descubierto que este hombre es un alborotador que constantemente provoca disturbios entre los judíos por todo el mundo. Es un cabecilla de la secta conocida como “los nazarenos”. Además, trataba de profanar el templo cuando lo arrestamos. Puede averiguar la veracidad de nuestras acusaciones si lo interroga usted mismo». Así que los demás judíos intervinieron, declarando que todo lo que Tértulo había dicho era cierto.

Entonces el gobernador le hizo una seña a Pablo para que hablara. Y Pablo dijo: «Yo sé, señor, que usted ha sido juez de asuntos judíos durante muchos años, por lo tanto, presento con gusto mi defensa ante usted. Con facilidad puede averiguar que llegué a Jerusalén hace no más de doce días para adorar en el templo. Los que me acusan nunca me encontraron discutiendo con nadie en el templo ni provocando disturbios en ninguna sinagoga o en las calles de la ciudad. Estos hombres no pueden probar las cosas por las cuales me acusan.

»Pero admito que soy seguidor del Camino, al cual ellos llaman secta. Adoro al Dios de nuestros antepasados y firmemente creo en la ley judía y en todo lo que escribieron los profetas. Tengo la misma esperanza en Dios que la que tienen estos hombres, la esperanza de que él resucitará tanto a los justos como a los injustos. Por esto, siempre trato de mantener una conciencia limpia delante de Dios y de toda la gente.

»Después de estar ausente durante varios años, regresé a Jerusalén con dinero para ayudar a mi pueblo y para ofrecer sacrificios a Dios. Los que me acusan me vieron en el templo mientras yo terminaba una ceremonia de purificación. No había ninguna multitud a mi alrededor ni ningún disturbio; pero algunos judíos de la provincia de Asia estaban allí, ¡y ellos deberían estar aquí para presentar cargos si es que tienen algo en mi contra! Pregúnteles a estos hombres que están aquí de qué crimen me encontró culpable el Concilio Supremo judío, excepto por una sola vez que grité: “¡Hoy se me juzga ante ustedes porque creo en la resurrección de los muertos!”».

En ese momento, Félix, quien estaba bastante familiarizado con el Camino, levantó la sesión y dijo: «Esperen hasta que llegue Lisias, el comandante de la guarnición. Entonces tomaré una decisión sobre el caso». Le ordenó a un oficial que mantuviera a Pablo bajo custodia pero le diera ciertas libertades y permitiera que sus amigos lo visitaran y se encargaran de sus necesidades.

Unos días después, Félix regresó con su esposa, Drusila, quien era judía. Mandó llamar a Pablo, y lo escucharon mientras les habló acerca de la fe en Cristo Jesús. Al razonar Pablo con ellos acerca de la justicia, el control propio y el día de juicio que vendrá, Félix se llenó de miedo. «Vete por ahora —le dijo—. Cuando sea más conveniente, volveré a llamarte». También esperaba que Pablo lo sobornara, de modo que lo mandaba a llamar muy a menudo y hablaba con él.

Pasaron dos años así, y Félix fue sucedido por Porcio Festo. Y, como Félix quería ganarse la aceptación del pueblo judío, dejó a Pablo en prisión.

CAPÍTULO VEINTICINCO

PABLO ANTE FESTO

Tres días después de que Festo llegó a Cesarea para asumir sus nuevas funciones, partió hacia Jerusalén, donde los sacerdotes principales y otros líderes judíos se reunieron con él y le presentaron sus acusaciones contra Pablo. Le pidieron a Festo que les hiciera el favor de trasladar a Pablo a Jerusalén (ya que tenían pensado tenderle una emboscada y matarlo en el camino). Pero Festo respondió que Pablo estaba en Cesarea y que pronto él mismo iba a regresar allí. Así que les dijo: «Algunos de ustedes que tengan autoridad pueden volver conmigo. Si Pablo ha hecho algo malo, entonces podrán presentar sus acusaciones».

Unos ocho o diez días después, Festo regresó a Cesarea y, al día siguiente, tomó su lugar en la corte y ordenó que trajeran a Pablo. Cuando Pablo llegó, los líderes judíos de Jerusalén lo rodearon e hicieron muchas acusaciones graves que no podían probar.

Pablo negó los cargos. «No soy culpable de ningún delito contra las leyes judías, ni contra el templo, ni contra el gobierno romano», dijo.

Entonces Festo, queriendo complacer a los judíos, le preguntó:

—¿Estás dispuesto a ir a Jerusalén y ser juzgado ante mí allá?

Pero Pablo contestó:

—¡No! Esta es la corte oficial romana, por lo tanto, debo ser juzgado aquí mismo. Usted sabe muy bien que no soy culpable de hacer daño a los judíos. Si he hecho algo digno de muerte, no me niego a morir; pero si soy inocente, nadie tiene el derecho de entregarme a estos hombres para que me maten. ¡Apelo al César!

Festo consultó con sus consejeros y después respondió:

—¡Muy bien! Has apelado al César, ¡y al César irás!

Unos días más tarde el rey Agripa llegó con su hermana, Berenice, a presentar sus respetos a Festo. Durante su visita de varios días, Festo conversó con el rey acerca del caso de Pablo.

—Aquí hay un prisionero —le dijo— cuyo caso me dejó Félix. Cuando yo estaba en Jerusalén, los sacerdotes principales y los ancianos judíos presentaron cargos en su contra y me pidieron que yo lo condenara. Les hice ver que la ley romana no declara culpable a nadie sin antes tener un juicio. El acusado debe tener una oportunidad para que confronte a sus acusadores y se defienda.

»Cuando los acusadores de Pablo llegaron aquí para el juicio, yo no me demoré. Convoqué al tribunal el día siguiente y di órdenes para que trajeran a Pablo, pero las acusaciones que hicieron en su contra no correspondían a ninguno de los delitos que yo esperaba. En cambio, tenían algo que ver con su religión y con un hombre muerto llamado Jesús, quien —según Pablo— está vivo. No sabía cómo investigar estas cuestiones, así que le pregunté si él estaba dispuesto a ser juzgado por estos cargos en Jerusalén; pero Pablo apeló al emperador para que resuelva su caso. Así que di órdenes de que lo mantuvieran bajo custodia hasta que yo pudiera hacer los arreglos necesarios para enviarlo al César.

—Me gustaría oír personalmente a ese hombre —dijo Agripa.

Y Festo respondió:

—¡Mañana lo oirás!

PABLO HABLA CON AGRIPA

Así que, al día siguiente, Agripa y Berenice llegaron al auditorio con gran pompa, acompañados por oficiales militares y hombres prominentes de la ciudad. Festo dio órdenes de que trajeran a Pablo. Después Festo dijo: «Rey Agripa y los demás presentes, este es el hombre a quien todos los judíos tanto aquí como en Jerusalén quieren ver muerto; pero en mi opinión, él no ha hecho nada que merezca la muerte. Sin embargo, como apeló al emperador, decidí enviarlo a Roma.

HERODES AGRIPIA II

Igual que el bisabuelo, el abuelo y el padre, fue el hijo —eso describe la historia de Herodes Agripa II. Él heredó las fallas de carácter de generaciones de hombres poderosos. Cada generación se confrontó con Dios sin darse cuenta de la importancia de ese momento.

Como muchos antes y después de él, Herodes Agripa II escuchó acerca del reino de Dios pero decidió que no valía la pena responder personalmente. Él se dejó a sí mismo sin excusa.

¿Cuál ha sido su respuesta al evangelio? Tal vez le parezca un precio muy alto darle a Dios el control de su vida, pero es un precio mínimo comparado con la alternativa de vivir separado de Dios eternamente por haber escogido no ser su hijo.

FORTALEZAS Y LOGROS: El último de la dinastía Herodes, que gobernó Palestina del 40 a. C. al 100 d. C.

Continuó el éxito de su padre en la mediación entre Roma y Palestina
Mantuvo la tradición familiar de construir y mejorar ciudades

DEBILIDADES Y ERRORES: No se convenció de la verdad del evangelio y conscientemente lo rechazó

Tuvo una relación incestuosa con su hermana Berenice

LECCIONES DE SU VIDA: Las familias influyen tanto positiva como negativamente en los hijos

No hay garantía de que tendremos numerosas oportunidades para responderle a Dios

DATOS GENERALES: Ocupación: Gobernador del norte y del oriente de Palestina

Parientes: Bisabuelo: Herodes el Grande. Padre: Herodes Agripa I. Tío abuelo: Herodes Antipas. Hermanas: Berenice, Mariamne, Drusila.

»¿Pero qué debo escribirle al emperador?, pues no hay ningún cargo concreto en su contra. Así que lo he traído ante todos ustedes —especialmente ante ti, rey Agripa— para tener algo que escribir después

de que lo interroguemos. ¡Pues no tiene sentido enviarle un prisionero al emperador sin especificar los cargos que hay en su contra!».

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Entonces Agripa le dijo a Pablo: «Tienes permiso para hablar en tu defensa».

Así que Pablo, haciendo una seña con la mano, comenzó su defensa: «Me considero afortunado, rey Agripa, de que sea usted quien oye hoy mi defensa en contra de todas estas acusaciones que han hecho los líderes judíos, porque sé que usted es un experto en costumbres y controversias judías. Ahora, por favor, escúcheme con paciencia.

»Como bien saben los líderes judíos, desde mi temprana infancia recibí una completa capacitación judía entre mi propia gente y también en Jerusalén. Ellos saben, si quisieran admitirlo, que he sido miembro de los fariseos, la secta más estricta de nuestra religión. Ahora se me juzga por la esperanza en el cumplimiento de la promesa que Dios les hizo a nuestros antepasados. De hecho, esta es la razón por la cual las doce tribus de Israel adoran a Dios con celo día y noche, y participan de la misma esperanza que yo tengo. Aun así, Su Majestad, ¡ellos me acusan por tener esta esperanza! ¿Por qué les parece increíble a todos ustedes que Dios pueda resucitar a los muertos?

»Yo solía creer que mi obligación era hacer todo lo posible para oponerme al nombre de Jesús de Nazaret. Por cierto, eso fue justo lo que hice en Jerusalén. Con la autorización de los sacerdotes principales, hice que muchos creyentes de allí fueran enviados a la cárcel. Di mi voto en contra de ellos cuando los condenaban a muerte. Muchas veces hice que los

castigarán en las sinagogas para que maldijeran a Jesús. Estaba tan violentamente en contra de ellos que los perseguí hasta en ciudades extranjeras.

»Cierta día, yo me dirigía a Damasco para cumplir esa misión respaldado por la autoridad y el encargo de los sacerdotes principales. Cerca del mediodía, Su Majestad, mientras iba de camino, una luz del cielo, más intensa que el sol, brilló sobre mí y mis compañeros. Todos caímos al suelo y escuché una voz que me decía en arameo: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Es inútil que luches contra mi voluntad”.

»“¿Quién eres, señor?”, pregunté.

»Y el Señor contestó: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Ahora, ¡levántate! Pues me aparecí ante ti para designarte como mi siervo y testigo. Dile a la gente que me has visto y lo que te mostraré en el futuro. Y yo te rescataré de tu propia gente y de los gentiles. Sí, te envío a los gentiles para que les abras los ojos, a fin de que pasen de la oscuridad a la luz, y del poder de Satanás a Dios. Entonces recibirán el perdón de sus pecados y se les dará un lugar entre el pueblo de Dios, el cual es apartado por la fe en mí”.

»Por lo tanto, rey Agripa, obedecí esa visión del cielo. Primero les prediqué a los de Damasco, luego en Jerusalén y por toda Judea, y también a los gentiles: que todos tienen que arrepentirse de sus pecados y volver a Dios, y demostrar que han cambiado, por medio de las cosas buenas que hacen. Unos judíos me arrestaron en el templo por predicar esto y trataron de matarme; pero Dios me ha protegido hasta este mismo momento para que yo pueda dar testimonio a todos, desde el menos importante hasta el más importante. Yo no enseñé nada fuera de lo que los profetas y Moisés dijeron que sucedería: que el Mesías sufriría y que sería el primero en resucitar de los muertos, y de esta forma anunciaría la luz de Dios tanto a judíos como a gentiles por igual».

De repente Festo gritó:

—Pablo, estás loco. ¡Tanto estudio te ha llevado a la locura!

Pero Pablo respondió:

—No estoy loco, excelentísimo Festo. Lo que digo es la pura verdad, y el rey Agripa sabe de estas cosas. Yo hablo con atrevimiento porque estoy seguro de que todos estos acontecimientos le son familiares, ¡pues no se hicieron en un rincón! Rey Agripa, ¿usted les cree a los profetas? Yo sé que sí.

Agripa lo interrumpió:

—¿Acaso piensas que puedes persuadirme para que me convierta en cristiano en tan poco tiempo?

Pablo contestó:

—Sea en poco tiempo o en mucho, le pido a Dios en oración que tanto usted como todos los presentes en este lugar lleguen a ser como yo, excepto por estas cadenas.

Entonces el rey, el gobernador, Berenice y todos los demás se pusieron de pie y se retiraron. Mientras salían, hablaron del tema y acordaron: «Este hombre no ha hecho nada que merezca la muerte o la cárcel».

Y Agripa le dijo a Festo: «Podría ser puesto en libertad si no hubiera apelado al César».

CAPÍTULO VEINTISIETE

PABLO NAVEGA HACIA ROMA

Cuando llegó el tiempo, zarpamos hacia Italia. A Pablo y a varios prisioneros más los pusieron bajo la custodia de un oficial romano llamado Julio, un capitán del regimiento imperial. También nos acompañó Aristarco, un macedonio de Tesalónica. Salimos en un barco matriculado en el puerto de Adramitio, situado en la costa noroccidental de la provincia de Asia. El barco tenía previsto hacer varias paradas en distintos puertos a lo largo de la costa de la provincia.

Al día siguiente, cuando atracamos en Sidón, Julio fue muy amable con Pablo y le permitió desembarcar para visitar a sus amigos, a fin de que ellos pudieran proveer a sus necesidades. Desde allí nos hicimos a la mar y nos topamos con fuertes vientos de frente que hacían difícil mantener el barco en curso, así que navegamos hacia el norte de Chipre, entre la isla y el continente. Navegando en mar abierto, pasamos por la costa de Cilicia y Panfilia, y desembarcamos en Mira, en la provincia de Licia. Allí, el oficial al mando encontró un barco egipcio, de Alejandría, con destino a Italia, y nos hizo subir a bordo.

Tuvimos que navegar despacio por varios días y, después de serias dificultades, por fin nos acercamos a Gnido; pero teníamos viento en contra, así que cruzamos a la isla de Creta, navegando al resguardo de la costa de la isla con menos viento, frente al cabo de Salmón. Seguimos por la costa con mucha dificultad y finalmente llegamos a Buenos Puertos, cerca de la

ciudad de Lasea. Habíamos perdido bastante tiempo. El clima se ponía cada vez más peligroso para viajar por mar, porque el otoño estaba muy avanzado, y Pablo comentó eso con los oficiales del barco.

Les dijo: «Señores, creo que tendremos problemas más adelante si seguimos avanzando: naufragio, pérdida de la carga y también riesgo para nuestras vidas»; pero el oficial a cargo de los prisioneros les hizo más caso al capitán y al dueño del barco que a Pablo. Ya que Buenos Puertos era un puerto desprotegido —un mal lugar para pasar el invierno—, la mayoría de la tripulación quería seguir hasta Fenice, que se encuentra más adelante en la costa de Creta, y pasar el invierno allí. Fenice era un buen puerto, con orientación solo al suroccidente y al noroccidente.

TORMENTA EN EL MAR

Cuando un viento suave comenzó a soplar desde el sur, los marineros pensaron que podrían llegar a salvo. Entonces levaron anclas y navegaron cerca de la costa de Creta; pero el clima cambió abruptamente, y un viento huracanado (llamado «Nororienté») sopló sobre la isla y nos empujó a mar abierto. Los marineros no pudieron girar el barco para hacerle frente al viento, así que se dieron por vencidos y se dejaron llevar por la tormenta.

Navegamos al resguardo del lado con menos viento de una pequeña isla llamada Cauda, donde con gran dificultad subimos a bordo el bote salvavidas que era remolcado por el barco. Después los marineros ataron cuerdas alrededor del casco del barco para reforzarlo. Tenían miedo de que el barco fuera llevado a los bancos de arena de Sirte, frente a la costa africana, así que bajaron el ancla flotante para disminuir la velocidad del barco y se dejaron llevar por el viento.

El próximo día, como la fuerza del vendaval seguía azotando el barco, la tripulación comenzó a echar la carga por la borda. Luego, al día siguiente, hasta arrojaron al agua parte del equipo del barco. La gran tempestad rugió durante muchos días, ocultó el sol y las estrellas, hasta que al final se perdió toda esperanza.

Nadie había comido en mucho tiempo. Finalmente, Pablo reunió a la tripulación y le dijo: «Señores, ustedes debieran haberme escuchado al principio y no haber salido de Creta. Así se hubieran evitado todos estos daños y pérdidas. ¡Pero anímense! Ninguno de ustedes perderá la vida, aunque el barco se hundirá. Pues anoche un ángel del Dios a quien pertenezco y a quien sirvo estuvo a mi lado y dijo: “¡Pablo, no temas, porque ciertamente serás juzgado ante el César! Además, Dios, en su bondad, ha concedido protección a todos los que navegan contigo”. Así que, ¡anímense! Pues yo le creo a Dios. Sucederá tal como él lo dijo, pero seremos náufragos en una isla».

EL NAUFRAGIO

Como a la medianoche de la decimocuarta noche de la tormenta, mientras los vientos nos empujaban por el mar Adriático, los marineros presintieron que había tierra cerca. Arrojaron una cuerda con una pesa y descubrieron que el agua tenía treinta y siete metros de profundidad. Un poco después, volvieron a medir y vieron que solo había veintisiete metros de profundidad. A la velocidad que íbamos, ellos tenían miedo de que pronto fuéramos arrojados contra las rocas que estaban a lo largo de la costa; así que echaron cuatro anclas desde la parte trasera del barco y rezaron que amaneciera.

Luego los marineros trataron de abandonar el barco; bajaron el bote salvavidas como si estuvieran echando anclas desde la parte delantera del barco. Así que Pablo les dijo al oficial al mando y a los soldados: «Todos ustedes morirán a menos que los marineros se queden a bordo». Entonces los soldados cortaron las cuerdas del bote salvavidas y lo dejaron a la deriva.

Cuando empezó a amanecer, Pablo animó a todos a que comieran. «Ustedes han estado tan preocupados que no han comido nada en dos semanas —les dijo—. Por favor, por su propio bien, coman algo ahora. Pues no perderán ni un solo cabello de la cabeza». Así que tomó un poco de pan, dio gracias a Dios delante de todos, partió un pedazo y se lo comió.

Entonces todos se animaron y empezaron a comer, los doscientos setenta y seis que estábamos a bordo. Después de comer, la tripulación redujo aún más el peso del barco echando al mar la carga de trigo.

Cuando amaneció, no reconocieron la costa, pero vieron una bahía con una playa y se preguntaban si podrían llegar a la costa haciendo encallar el barco. Entonces cortaron las anclas y las dejaron en el mar. Luego soltaron los timones, izaron las velas de proa y se dirigieron a la costa; pero chocaron contra un banco de arena y el barco encalló demasiado rápido. La proa del barco se clavó en la arena, mientras que la popa fue golpeada repetidas veces por la fuerza de las olas y comenzó a hacerse pedazos.

Los soldados querían matar a los prisioneros para asegurarse de que no nadaran hasta la costa y escaparan; pero el oficial al mando quería salvar a Pablo, así que no los dejó llevar a cabo su plan. Luego les ordenó a todos los que sabían nadar que saltaran por la borda primero y se dirigieran a tierra firme. Los demás se sujetaron a tablas o a restos del barco destruido. Así que todos escaparon a salvo hasta la costa.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

PABLO EN LA ISLA DE MALTA

Una vez a salvo en la costa, nos enteramos de que estábamos en la isla de Malta. La gente de la isla fue muy amable con nosotros. Hacía frío y llovía, entonces encendieron una fogata en la orilla para recibirnos.

Mientras Pablo juntaba una brazada de leña y la echaba en el fuego, una serpiente venenosa que huía del calor lo mordió en la mano. Los habitantes de la isla, al ver la serpiente colgando de su mano, se decían unos a otros: «¡Sin duda este es un asesino! Aunque se salvó del mar, la justicia no le permitirá vivir»; pero Pablo se sacudió la serpiente en el fuego y no sufrió ningún daño. La gente esperaba que él se hinchara o que cayera muerto de repente; pero después de esperar y esperar y ver que estaba ileso, cambiaron de opinión y llegaron a la conclusión de que Pablo era un dios.

Cerca de la costa adonde llegamos, había una propiedad que pertenecía a Publio, el funcionario principal de la isla. Él nos recibió y nos atendió con amabilidad por tres días. Dio la casualidad de que el padre de Publio estaba enfermo con fiebre y disentería. Pablo entró a verlo, oró por él, puso sus manos sobre él y lo sanó. Entonces todos los demás enfermos de la isla también vinieron y fueron sanados. Como resultado, nos colmaron de honores y, cuando llegó el tiempo de partir, la gente nos proveyó de todo lo que necesitaríamos para el viaje.

PABLO LLEGA A ROMA

Tres meses después del naufragio, zarpamos en otro barco, que había pasado el invierno en la isla; era un barco de Alejandría que tenía como figura de proa a los dioses gemelos. Hicimos la primera parada en Siracusa, donde nos quedamos tres días. De allí navegamos hasta Regio. Un día después, un viento del sur empezó a soplar, de manera que, al día siguiente, navegamos por la costa hasta Poteoli. Allí encontramos a algunos creyentes, quienes nos invitaron a pasar una semana con ellos. Y así llegamos a Roma.

Los hermanos de Roma se habían enterado de nuestra inminente llegada, y salieron hasta el Foro por el Camino Apio para recibirnos. En Las Tres Tabernas nos esperaba otro grupo. Cuando Pablo los vio, se animó y dio gracias a Dios.

Una vez que llegamos a Roma, a Pablo se le permitió hospedarse en un alojamiento privado, aunque estaba bajo la custodia de un soldado.

PABLO PREDICA EN ROMA BAJO CUSTODIA

Tres días después de haber llegado, Pablo mandó reunir a los líderes judíos locales. Les dijo:

—Hermanos, fui arrestado en Jerusalén y entregado al gobierno romano, a pesar de no haber hecho nada en contra de nuestro pueblo ni de las costumbres de nuestros antepasados. Los romanos me llevaron a juicio y querían ponerme en libertad, porque no encontraron ninguna causa para condenarme a muerte; pero cuando los líderes judíos protestaron por la decisión, creí necesario apelar al César, aunque no tenía deseos de presentar cargos contra mi propia gente. Les pedí a ustedes que vinieran hoy aquí para que nos conociéramos y para que yo pudiera explicarles que estoy atado con esta cadena porque creo que la esperanza de Israel —el Mesías— ya ha venido.

Ellos respondieron:

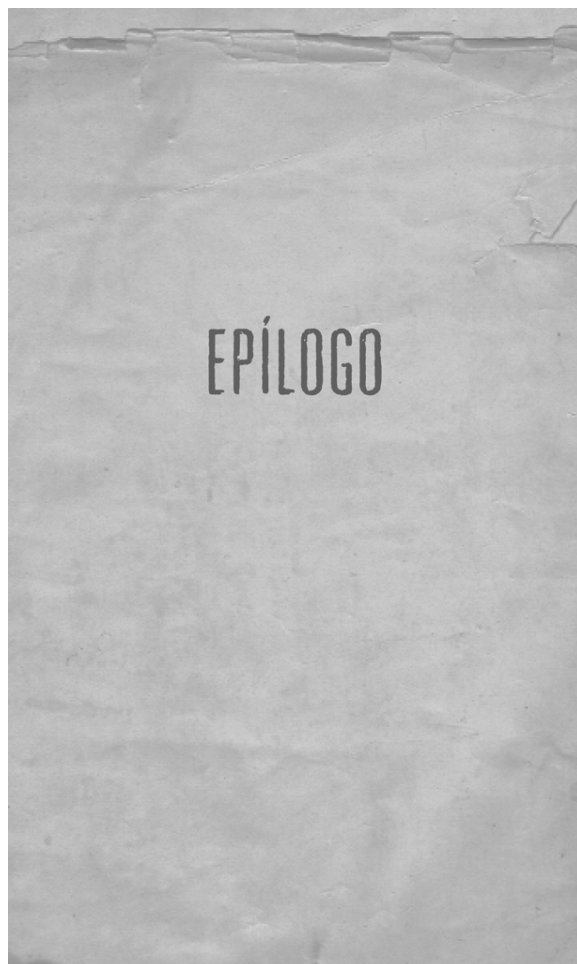
—No hemos recibido ninguna carta de Judea ni ningún informe en tu contra de nadie que haya venido por aquí; pero queremos escuchar lo que tú crees, pues lo único que sabemos de este movimiento es que se le ataca por todas partes.

Entonces fijaron una fecha, y ese día mucha gente llegó al lugar donde Pablo estaba alojado. Él explicó y dio testimonio acerca del reino de Dios y trató de convencerlos acerca de Jesús con las Escrituras. Usando la ley de Moisés y los libros de los profetas, les habló desde la mañana hasta la noche. Algunos se convencieron por las cosas que dijo, pero otros no creyeron. Después de discutir entre unos y otros, se fueron con las siguientes palabras finales de Pablo: «El Espíritu Santo tenía razón cuando les dijo a sus antepasados por medio del profeta Isaías:

*“Ve y dile a este pueblo:
Cuando ustedes oigan lo que digo,
no entenderán.
Cuando vean lo que hago,
no comprenderán.
Pues el corazón de este pueblo está endurecido,
y sus oídos no pueden oír,
y han cerrado los ojos,
así que sus ojos no pueden ver,
y sus oídos no pueden oír,
y su corazón no puede entender,
y no pueden volver a mí
para que yo los sane”.*

Así que quiero que sepan que esta salvación de Dios también se ha ofrecido a los gentiles, y ellos la aceptarán».

Durante los dos años siguientes Pablo vivió en Roma pagando sus gastos él mismo. Recibía a todos los que lo visitaban, y proclamaba con valentía el reino de Dios y enseñaba acerca del Señor Jesucristo; y nadie intentó detenerlo.



EPÍLOGO

EL LLAMADO DE JESÚS

APOCALIPSIS 22:12-17

«Miren, yo vengo pronto, y traigo la recompensa conmigo para pagarle a cada uno según lo que haya hecho. Yo soy el Alfa y la Omega, el Primero y el Último, el Principio y el Fin».

Benditos son los que lavan sus ropas. A ellos se les permitirá entrar por las puertas de la ciudad y comer del fruto del árbol de la vida. Fuera de la ciudad están los perros: los que practican la brujería, los que cometen inmoralidades sexuales, los asesinos, los que rinden culto a ídolos, y todos los que se deleitan en vivir una mentira.

«Yo, Jesús, he enviado a mi ángel con el fin de darte este mensaje para las iglesias. Yo soy tanto la fuente de David como el heredero de su trono. Yo soy la estrella brillante de la mañana».

El Espíritu y la esposa dicen: «Ven». Que todos los que oyen esto, digan: «Ven». Todos los que tengan sed, vengan. Todo aquel que quiera, beba gratuitamente del agua de la vida.



Piense en todas las cosas que han trastornado al mundo: el incendio bajo control, la invención de la rueda, el alfabeto escrito, la imprenta, el automóvil, y más recientemente, la Internet y la era digital. Y habrá más revoluciones en el futuro.

Pero hubo algo que sucedió en el primer siglo d. C. que eclipsa a todos los otros cambios de la historia, algo que trastornó al mundo para siempre. Así es precisamente como algunos líderes religiosos describieron a los seguidores de Jesucristo en Tesalónica: «estos que trastornan el mundo entero» (Hechos 17:6, RVR60). Para empezar, el evangelio estaba perturbando las tradiciones religiosas establecidas, y encima de eso, mucha gente lo estaba creyendo. Esto no era solamente una reacción localizada; había conversos por todo el mundo mediterráneo (Hechos 5:14; 6:1, 7; 9:31, 35, 42; 11:21, 24; 14:21; 16:14; 17:4, 12; 28:30-31).

Ninguna iglesia en la historia ha logrado más que la iglesia del primer siglo que comenzó en Jerusalén. A los pocos meses de su fundación, decenas de miles de personas fueron agregadas a los 120 miembros originales. Y en unos cuantos años, la iglesia se esparció de Jerusalén a Judea, Samaria y Galilea, y al Asia Menor. Para el final de la era apostólica, la iglesia había crecido hacia el oeste, llegando a Roma y quizás hasta España (Romanos 15:24, 28).

Pero el impacto no fue solo numérico. El historiador Rodney Stark pinta una imagen de lo que era la iglesia naciente:

El cristianismo revitalizó la vida en las ciudades grecorromanas proveyendo nuevas normas y nuevos tipos de relaciones sociales que podían lidiar con muchos urgentes problemas urbanos. A ciudades llenas de personas sin hogar y empobrecidas, el cristianismo les ofreció tanto caridad como esperanza. A ciudades llenas de nuevos residentes y extranjeros, el cristianismo les ofreció una base inmediata para relacionarse con los demás. A ciudades llenas de huérfanos y viudas, el cristianismo les proveyó un nuevo y extendido sentido de familia. A ciudades destrozadas por las violentas luchas étnicas, el cristianismo les ofreció una nueva base para la solidaridad social. [...] Y a ciudades que enfrentaban epidemias, incendios y terremotos, el cristianismo les ofreció servicios eficaces de ayuda. [...] Porque lo que llevaron no fue simplemente un movimiento urbano, sino una nueva cultura capaz de hacer más tolerable la vida en las ciudades del mundo grecorromano[5].

Cuando consideramos los recursos con los que tuvo que trabajar la nueva iglesia (casi nada de dinero), el adiestramiento (ninguno, excepto la enseñanza que los doce apóstoles recibieron de Jesús), la tarea que tenían por delante (alcanzar al mundo con el evangelio) y la oposición (los poderosos líderes religiosos y políticos de aquella época), lo que la iglesia naciente logró es un fenómeno que nunca ha sido igualado.

Así que, ¿por qué se dispersó la iglesia naciente como un fuego incontrolado en el mundo romano? ¿A qué se atribuye su éxito? A fin de cuentas, la causa de la eficacia de la iglesia en esparcir el evangelio fue el Espíritu Santo. Pero también hubo cuatro características de la iglesia naciente que le permitieron a los creyentes tener un impacto extraordinario en su mundo.

CONVICCIÓN

Jesús no solamente les dio a sus discípulos buenas ideas. Les dio su vida. Debido a que los discípulos fueron testigos de la resurrección de Jesucristo, estaban convencidos de que todo lo demás que les había dicho también era verdad. Fue este conocimiento lo que impulsó a la iglesia naciente a ir a todo el mundo con la seguridad, el conocimiento y la confianza que necesitaban para predicar el mensaje de Cristo.

COMISIÓN

Los apóstoles no se sentaron a retorcerse las manos tratando de descifrar qué debían hacer después de que Jesús volvió al cielo. Tenían órdenes de marcha que él les había dado: la gran comisión que les proveyó la pista en la cual debían correr. La comisión de Cristo a sus discípulos —llevar el evangelio al mundo— dominaba sus vidas. En nuestras iglesias multifacéticas, con nuestros muchos programas y comités, es bueno recordar que los discípulos tenían en mente una sola meta.

COMPROMISO

Los creyentes de la iglesia naciente estaban comprometidos a ser fieles a una sola cosa: a ser testigos de lo que habían visto y oído (Hechos 4:19-20). No hay ningún registro en la historia de la iglesia de que los apóstoles alguna vez se apartaran de su meta. Permanecieron fieles a la comisión que les había dado Jesús hasta que murieron, aun al punto de ser martirizados.

CONFIANZA

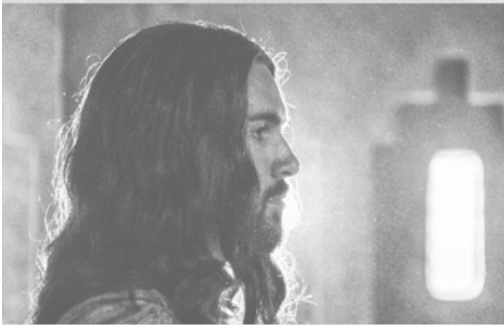
Los apóstoles no eran arrogantes, pero sí tenían fe en lo que hacían. Hasta las multitudes en Jerusalén se dieron cuenta de su audacia y concluyeron que los apóstoles «habían estado con Jesús» (Hechos 4:13). Después de haber pasado tiempo con Jesús, los apóstoles poseían una nueva confianza y convicción que les permitió superar la persecución de la que eran objeto.

EL IMPACTO DE LA IGLESIA EN EL MUNDO

Desde los días de la iglesia del primer siglo, el cristianismo ha seguido creciendo y cambiando al mundo de manera dramática. Hoy en día continúa siendo el movimiento espiritual más grande del mundo, seguido del islam y el hinduismo. En años recientes, el cambio más notable en la demografía religiosa ha sido el desplazamiento del «centro» del cristianismo. Mientras que el cristianismo en Norteamérica y en Europa ha ido declinando o ha permanecido igual, el evangelio está creciendo de manera muy rápida en Asia, África y América Latina. En algunos países de estas regiones, el cristianismo está creciendo a una tasa aún más rápida que la de la población[6].

A través de los años, el cristianismo ha sido responsable del desarrollo en la medicina, la ciencia, la educación, el gobierno, las leyes, la alfabetización, la caridad, el arte y otros esfuerzos humanos. Cada vez que ocurre una tragedia o un desastre climatológico, son los creyentes, más que cualquier otro grupo, los que responden con el amor, la compasión y la disposición a servir de Cristo. La compasión del Señor por los pobres, los débiles, los oprimidos y los necesitados continúa motivando a sus seguidores a servir como él lo hizo.

La iglesia cristiana ha sido comisionada para hacer obras aún mayores de las que hizo Jesús (Juan 14:12). Esto no quiere decir que serán mayores en calidad, sino en cantidad. Para llevar a cabo estas buenas obras, Cristo envió al Espíritu Santo a vivir en sus seguidores, dándoles el poder para dispersarse por todo el mundo y para ser sus manos y su corazón en el mundo. La iglesia continuará creciendo y mostrándole al mundo el amor de Cristo mientras los creyentes sean fieles al llamado de Jesús de ir y de hacer discípulos de todas las naciones (Mateo 28:19-20).



LA SEGUNDA VENIDA DE JESÚS

Vivimos en una época de grandes acontecimientos mundiales. Hasta los pequeños acontecimientos pueden parecer enormes por la forma en que la información parece esparcirse por todo el mundo en fracciones de segundos. Pero hay un acontecimiento que sucederá «pronto» que empequeñecerá a todo lo que ha sucedido en la historia de la humanidad: la segunda venida de Jesucristo.

Jesucristo vino la primera vez para lidiar con el problema del pecado de la humanidad, haciendo que sea posible la vida eterna. Cuando venga por segunda vez, hará que la vida eterna sea permanente. Él equilibrará la balanza de la justicia y arreglará todas las cosas: «Miren, yo vengo pronto, y traigo la recompensa conmigo para pagarle a cada uno según lo que haya hecho» (Apocalipsis 22:12). Bajo el reinado de Cristo, el mundo disfrutará de mil años de justicia (Apocalipsis 20:1-6), Satanás será juzgado y condenado al castigo eterno (Apocalipsis 20:7-10) y Dios juzgará a todos aquellos cuyos nombres no están registrados en el libro de la vida (Apocalipsis 20:11-15).

Para la mayoría de la gente, la pregunta urgente que les viene a la mente acerca de la segunda venida es: «¿Cuándo?». Jesús dijo que hay solamente uno que sabe la respuesta a esa pregunta:

Nadie sabe el día ni la hora en que sucederán estas cosas, ni siquiera los ángeles en el cielo ni el propio Hijo. Solo el Padre lo sabe.

MATEO 24:36

Solo el Padre tiene la autoridad para fijar esas fechas y tiempos, y a ustedes no les corresponde saberlo.

HECHOS 1:7

Jesús les dijo a los apóstoles y a sus seguidores que, en lugar de hacer especulaciones sobre cuándo regresaría, debían enfocarse en la comisión que él les había dado: ir por todo el mundo en el poder del Espíritu Santo y hacer discípulos (Mateo 28:19). Aunque no se les dio ninguna información específica, hay muchas indicaciones de que los apóstoles pensaban que el regreso de Jesús sería pronto. Esto se refleja en lo que escribieron:

- «Anídense, porque la venida del Señor está cerca» (Santiago 5:8).
- «La noche ya casi llega a su fin; el día de la salvación amanecerá pronto» (Romanos 13:12).
- «Nosotros, los que todavía estemos vivos cuando el Señor regrese [...]» (1 Tesalonicenses 4:15).
- «Queridos hijos, llegó la última hora» (1 Juan 2:18).
- «Esperamos con mucho anhelo que [Cristo] regrese como nuestro Salvador» (Filipenses 3:20).
- «El Dios de paz pronto aplastará a Satanás bajo los pies de ustedes» (Romanos 16:20).

Esas palabras (y muchas más como ellas) fueron escritas en el primer siglo. Cerca del final del primer siglo, Jesús le dijo al apóstol Juan: «Miren, ¡yo vengo pronto!» (Apocalipsis 22:7, 12). Pero la forma en que nosotros interpretamos «pronto», como algo que corresponde al tiempo, obviamente no es lo que quisieron decir Jesús y los apóstoles, porque han pasado casi dos mil años desde que esas palabras fueron registradas. Así que, ¿qué significa «pronto»?

Las Escrituras dejan claro que Dios no marca el tiempo de la misma manera que lo hacemos nosotros (2 Pedro 3:8). Parecería que Dios marca el tiempo de acuerdo a los acontecimientos, no en días o años. Así que cuando los escritores del Nuevo Testamento dijeron «pronto», se estaban refiriendo al siguiente acontecimiento en el calendario profético de Dios: la inauguración del fin de la era. El fin de la era en la que estamos viviendo actualmente será marcado por el rapto de la iglesia (2 Tesalonicenses 4:13-18), seguido de la segunda venida de Cristo. Eso fue cierto al final del primer siglo y es cierto hoy. Hablando en forma profética, «pronto» significa lo mismo hoy que en aquel entonces: Jesús podría volver por su iglesia en cualquier momento.

Una vez, los discípulos le preguntaron a Jesús: «¿Qué señal marcará tu regreso y el fin del mundo?» (Mateo 24:3). Jesús les dio muchas señales que debían buscar, tales como guerras, hambres, terremotos, persecución

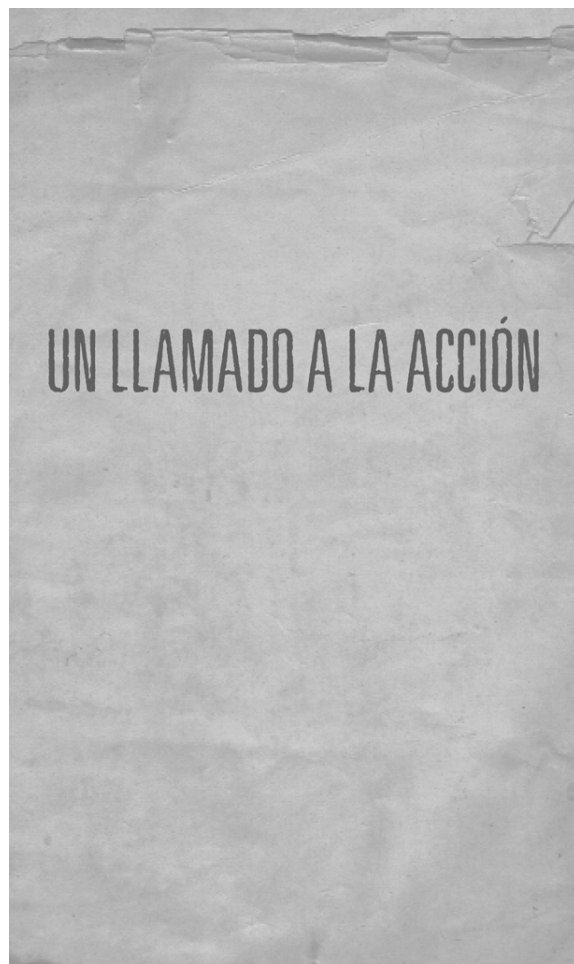
y falsos profetas (Mateo 24:4-16). A continuación les dio la señal final de su retorno: «Por fin, aparecerá en los cielos la señal de que el Hijo del Hombre viene. [...] Verán al Hijo del Hombre venir en las nubes del cielo con poder y gran gloria» (Mateo 24:30).

Jesús reprendió a los líderes religiosos de su día por no saber «interpretar las señales de los tiempos» (Mateo 16:3). En forma específica, su reprensión fue por el error de ellos de no reconocerlo a él, el Mesías, que se encontraba en su medio. Hoy, nosotros deberíamos tener cuidado de no ser culpables del mismo pecado. Deberíamos esforzarnos para ser como los doscientos líderes de la tribu de Isacar en el Antiguo Testamento que eran reconocidos por su buen discernimiento; hombres que «entendían las señales de los tiempos» (1 Crónicas 12:32).

Cuando el apóstol Juan le escuchó decir a Jesús: «Miren, yo vengo pronto» (Apocalipsis 22:12), escribió lo siguiente: «Que todos los que oyen esto, digan: "Ven". Todos los que tengan sed, vengan. Todo aquel que quiera, beba gratuitamente del agua de la vida» (Apocalipsis 22:17).

La pregunta que se debe formular no es «¿Cuándo regresará Jesús?». La pregunta es: «¿Estoy listo para su regreso, sin tener en cuenta cuándo será?».

Al final de esta era, cuando Cristo regrese con el toque de una trompeta, quiera Dios que todos estemos listos.



UN LLAMADO A LA ACCIÓN

A LOS CREYENTES SE les acusa algunas veces de trabajar con fines contradictorios. «Ustedes dicen que el mundo va cuesta abajo, que las cosas van a empeorar antes de que mejoren —dicen los críticos—. Sin embargo, tratan de mejorar el mundo al evangelizar y hacer buenas obras. ¿Por qué

no se quedan tranquilos y dejan que las cosas sigan su curso?». Se nos acusa de sacarle brillo al bronce y acomodar las sillas mientras se hunde el barco en que estamos: nuestros esfuerzos finalmente no darán ningún resultado.

A lo largo de la historia, algunas personas han mantenido la creencia de que la iglesia va a transformar el mundo para que sea el reino de Dios en la tierra antes del retorno de Cristo. Afirman que Cristo no regresará hasta que la iglesia haya traído paz en la tierra y buena voluntad para con los hombres, y que después de eso, Jesús regresará para asumir el cargo que le corresponde: el de Rey. Pero después de siglos marcados por guerras mundiales y una serie de otros fracasos morales y culturales, es difícil seguir creyendo esa teología. Los seres humanos no han tenido éxito en establecer completamente el reino de Dios «en la tierra como [...] en el cielo», y jamás lo lograrán. La Biblia es clara en cuanto a que Cristo regresará en un tiempo cuando los seres humanos estarán peor que nunca. Solo entonces es que él arreglará todas las cosas.

Entonces, ¿qué debemos hacer hasta ese momento? Debemos cumplir obedientemente el último mandamiento que Cristo les dio a sus apóstoles: «Vayan y hagan discípulos de todas las naciones. [...] Enseñen a los nuevos discípulos a obedecer todos los mandatos que les he dado. Y tengan por seguro esto: que estoy con ustedes siempre, hasta *el fin de los tiempos*» (Mateo 28:19-20, énfasis añadido). De la última parte queda claro que Jesús nunca tuvo la intención de que nosotros dejáramos de hacer discípulos hasta que él regresara. ¿Por qué prometería estar con nosotros hasta el fin de los tiempos si no quería que continuáramos llevando a cabo su mandato hasta el fin, es decir, hasta su regreso?

Después de todo, de eso trata el libro de los Hechos. Lucas escribió todo un libro sobre lo que Mateo describe en esos dos versículos sobre la forma en que Cristo obra a través de sus seguidores, por el poder del Espíritu Santo, para hacer discípulos de todas las naciones.

La acción principal del libro de los Hechos termina alrededor del 62 d. C., y el último viaje misionero del apóstol Pablo concluyó alrededor del 67 d. C. (2 Timoteo 4). Es por eso que algunas personas han llamado a los

siguientes mil novecientos siglos «Hechos 29»: lo que el Espíritu ha estado haciendo a través de la iglesia desde que Hechos terminó en el capítulo 28.

Esto nos lleva a una pregunta que debemos formularnos: «¿Estamos llevando a cabo la comisión de Cristo de hacer discípulos de todas las naciones?». Y una pregunta aún más importante: «¿Hemos aceptado el evangelio de Cristo personalmente?». La verdad es que no les podemos dar a otras personas lo que nosotros no tenemos.

Gracias a Dios, la Biblia nos muestra cómo podemos tener vida eterna. En solamente treinta palabras, este versículo resume la historia de Dios y su plan para el mundo: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3:16, RVR60).

Juan 3:16 es el mensaje que me encanta compartir con la gente. Es, sin lugar a dudas, la mayor imagen del amor de Dios en la Biblia y el versículo de mayor significado en la Biblia. De hecho, la grandeza de este versículo ha sido resumida con las siguientes palabras:

Porque de tal manera amó—el mayor amor
Dios—el que ama de la mayor manera,
al mundo—el mayor número
que ha dado—el mayor regalo
a su Hijo unigénito—la Persona de mayor importancia,
para que todo aquel—la mayor oportunidad,
que en él—la mayor atracción
cree—la mayor simplicidad
no se pierda—la mayor promesa
mas —la mayor diferencia
tenga—la mayor seguridad
vida eterna—la mayor posesión

Sí, la grandeza del amor de Dios fue demostrada cuando le dio al mundo el regalo más caro de todos. Dios buscó en el cielo la manera más maravillosa con la que podría demostrar su amor por la humanidad perdida.

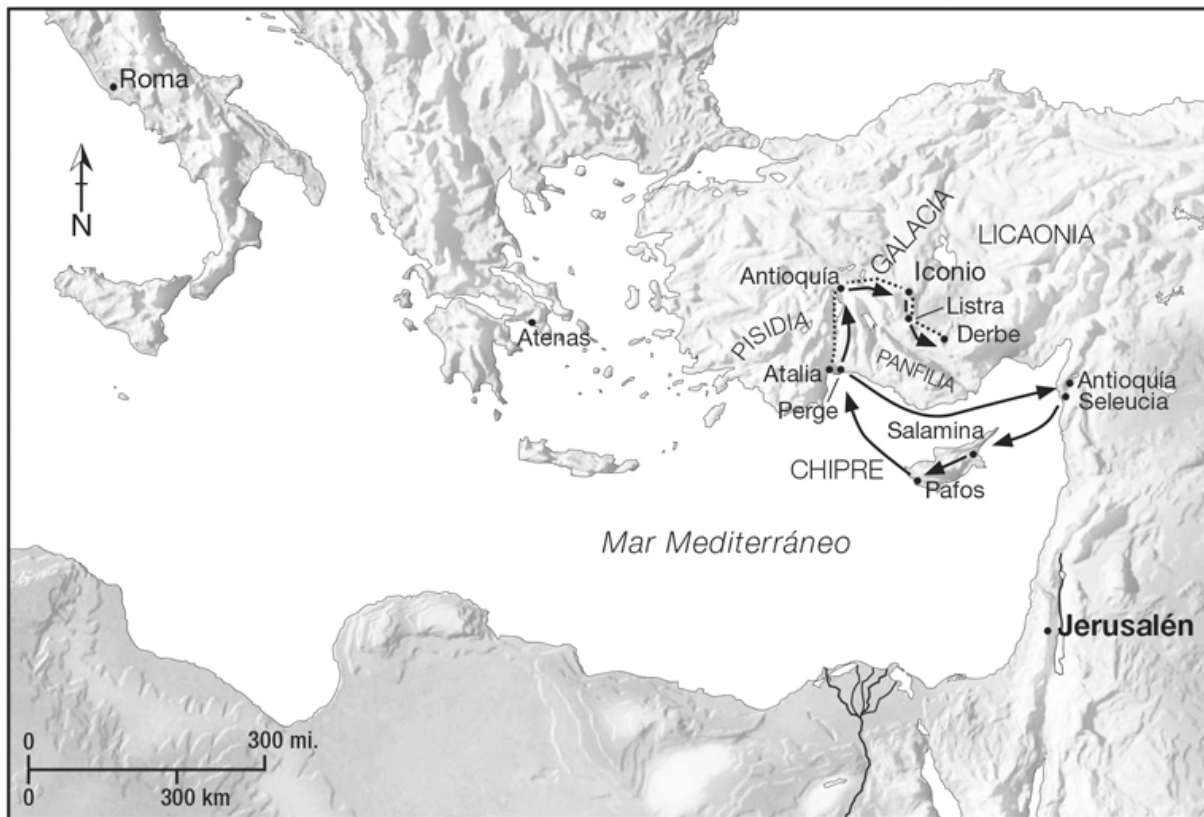
Luego puso la mano en el hombro de Jesús y lo envió —a su único Hijo— al mundo a pagar el precio por nuestro pecado y a darnos la vida eterna.

Frente a esta gran verdad, lo único que Dios le pide es que responda con fe. Su amor por usted será inútil a menos que usted crea en Cristo. La vida eterna —y una relación redimida con Dios— comienza en el momento en que usted pone su fe en Jesús. Esto es lo que Jesús dijo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie puede ir al Padre si no es por medio de mí» (Juan 14:6; vea también Juan 17:3).

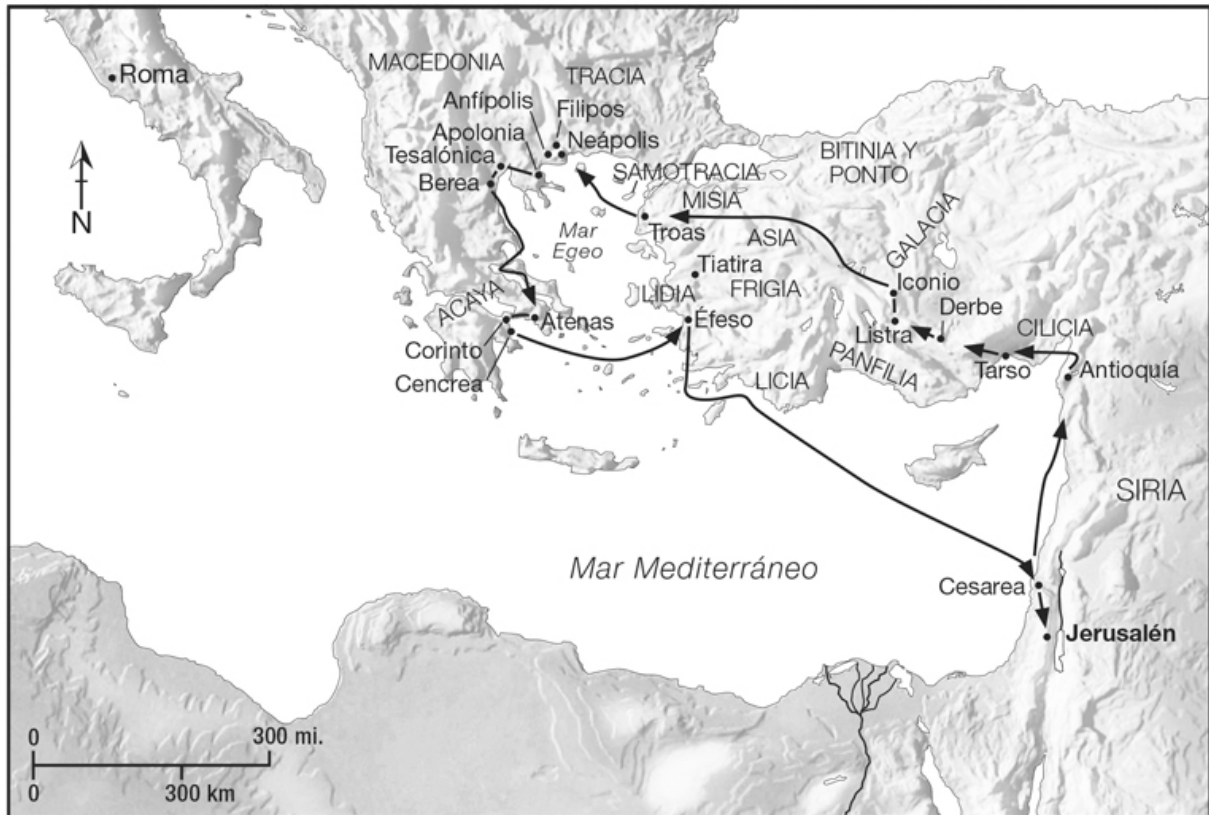
Hay muchas decisiones importantes que todos tenemos que tomar en la vida, pero ninguna de ellas es más importante que la forma en que respondemos a la oferta de salvación que Dios nos hace a través de Jesucristo. ¿Pondrá su confianza en él? Si lo hace, ¡comenzará a experimentar la vida eterna, una vida como la maravillosa aventura de la que acaba de leer en el libro de los Hechos!

APÉNDICE 1

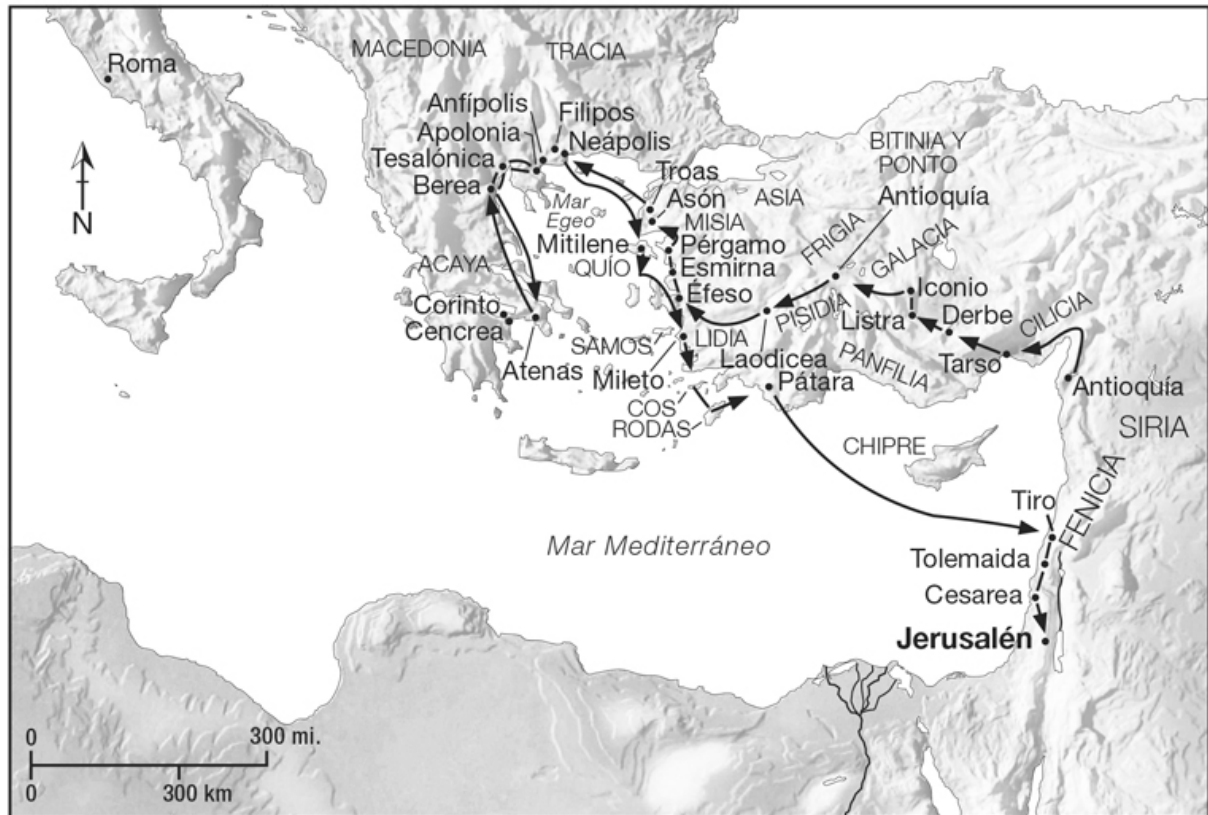
Mapas



PRIMER VIAJE MISIONERO DE PABLO (HECHOS 13:1-14:28)



SEGUNDO VIAJE MISIONERO DE PABLO (HECHOS 15:36–18:22)



TERCER VIAJE MISIONERO DE PABLO (HECHOS 18:23-21:16)



VIAJE DE PABLO A ROMA (HECHOS 21:17–28:31)

APÉNDICE 2

Versículos favoritos

Jesús dijo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen».

PRÓLOGO, [página 5](#)

Jesús respondió: «Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso».

PRÓLOGO, [página 5](#)

Jesús gritó: «Padre, ¡encomiendo mi espíritu en tus manos!».

PRÓLOGO, [página 6](#)

¿Por qué buscan entre los muertos a alguien que está vivo? ¡Él no está aquí! ¡Ha resucitado!

PRÓLOGO, [página 8](#)

[Jesús preguntó:] «¿Por qué tienen el corazón lleno de dudas? Miren mis manos. Miren mis pies. Pueden ver que de veras soy yo».

PRÓLOGO, [página 11](#)

Recibirán poder cuando el Espíritu Santo descienda sobre ustedes; y serán mis testigos, y le hablarán a la gente acerca de mí en todas partes: en Jerusalén, por toda Judea, en Samaria y hasta los lugares más lejanos de la tierra.

HECHOS CAPÍTULO 1, [página 20](#)

Dios levantó a Jesús de los muertos y de esto todos nosotros somos testigos.

HECHOS CAPÍTULO 2, [página 28](#)

Todos los creyentes se dedicaban a las enseñanzas de los apóstoles, a la comunión fraternal, a participar juntos en las comidas (entre ellas la Cena del Señor), y a la oración.

HECHOS CAPÍTULO 2, [página 29](#)

Cada día el Señor agregaba a esa comunidad cristiana los que iban siendo salvos.

HECHOS CAPÍTULO 2, [página 30](#)

Yo no tengo plata ni oro para ti, pero te daré lo que tengo. En el nombre de Jesucristo de Nazaret, ¡levántate y camina!

HECHOS CAPÍTULO 3, [página 31](#)

Los miembros del Concilio quedaron asombrados cuando vieron el valor de Pedro y de Juan, porque veían que eran hombres comunes sin ninguna preparación especial en las Escrituras. También los identificaron como hombres que habían estado con Jesús.

HECHOS CAPÍTULO 4, [página 35](#)

Los apóstoles hacían muchas señales milagrosas y maravillas entre la gente. [...] Multitudes llegaban desde las aldeas que rodeaban a Jerusalén y llevaban a sus enfermos y a los que estaban poseídos por espíritus malignos, y todos eran sanados.

HECHOS CAPÍTULO 5, [páginas 40-41](#)

Si ellos están planeando y actuando por sí solos, pronto su movimiento caerá; pero si es de Dios, ustedes no podrán detenerlos. ¡Tal vez hasta se encuentren peleando contra Dios!

HECHOS CAPÍTULO 5, [página 43](#)

Mientras lo apedreaban, Esteban oró: «Señor Jesús, recibe mi espíritu». Cayó de rodillas gritando: «¡Señor, no los culpes por este pecado!».

HECHOS CAPÍTULO 7, [página 53](#)

El Señor le dijo: «Ve, porque él es mi instrumento elegido para llevar mi mensaje a los gentiles y a reyes, como también al pueblo de Israel».

HECHOS CAPÍTULO 9, [página 62](#)

Pedro respondió: «Veo con claridad que Dios no muestra favoritismo. En cada nación, él acepta a los que le temen y hacen lo correcto».

HECHOS CAPÍTULO 10, [página 70](#)

Este es el mensaje de la Buena Noticia para el pueblo de Israel: que hay paz con Dios por medio de Jesucristo, quien es Señor de todo.

HECHOS CAPÍTULO 10, [página 70](#)

La palabra de Dios seguía extendiéndose, y hubo muchos nuevos creyentes.

HECHOS CAPÍTULO 12, [página 80](#)

Estamos aquí para proclamar que, por medio de este hombre Jesús, ustedes tienen el perdón de sus pecados. Todo el que cree en él es declarado justo ante Dios, algo que la ley de Moisés nunca pudo hacer.

HECHOS CAPÍTULO 13, [página 85](#)

Él es el Dios que hizo el mundo y todo lo que hay en él. Ya que es el Señor del cielo y de la tierra, no vive en templos hechos por hombres, y las manos humanas no pueden servirlo, porque él no

tiene ninguna necesidad. Él es quien da vida y aliento a todo y satisface cada necesidad. [...] Pues en él vivimos, nos movemos y existimos.

HECHOS CAPÍTULO 17, [páginas 107-108](#)

Mi vida no vale nada para mí a menos que la use para terminar la tarea que me asignó el Señor Jesús, la tarea de contarles a otros la Buena Noticia acerca de la maravillosa gracia de Dios.

HECHOS CAPÍTULO 20, [página 122](#)

NOTAS

- [1] D. A. Carson, *How Long, O Lord?: Reflections on Suffering and Evil* (Grand Rapids, MI: Baker Academic, 2006), 201. Publicado en español como *¿Hasta cuándo, Señor?: Reflexiones sobre el sufrimiento y el mal*.
- [2] Juan Calvino, *Complete Commentary on the Bible* [Comentario completo de la Biblia], segundo tomo, *Psalms to Isaiah* [Salmos a Isaías] (Delmarva Publications, 2013; Google Books, 2015), Isaiah 13:1. <https://books.google.com/books?id=cczzCQAAQBAJ>.
- [3] Charles Adamson Salmond, *Princetoniana: Charles & A. A. Hodge: With Class and Table Talk of Hodge the Younger* [Princetoniana: Charles & A. A. Hodge: Con clase y conversación de mesa de Hodge el joven] (Nueva York: Scribner y Welford, 1888), 181.
- [4] John Stott, *The Contemporary Christian* [El cristiano contemporáneo] (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 1992), 81.
- [5] Rodney Stark, *The Rise of Christianity: How the Obscure, Marginal Jesus Movement Became the Dominant Religious Force in the Western World in a Few Centuries* (Nueva York: HarperOne, 1997), 161-62. Publicado en español como *El auge del cristianismo*.
- [6] Ve a Philip Jenkins, *The Next Christendom: The Coming of Global Christianity* [La nueva cristiandad: El venidero cristianismo mundial], 3ra. ed. (Nueva York: Oxford University Press, 2011) y Miriam Adeney, *Kingdom without Borders: The Untold Story of Global Christianity* [Reino sin fronteras: La historia no contada del cristianismo mundial] (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 2009).

ACERCA DEL AUTOR

El DR. DAVID JEREMIAH es pastor principal de la Shadow Mountain Community Church en El Cajon, California. Es el fundador y presentador de Momento Decisivo, un ministerio dedicado a proveer a los cristianos sólida enseñanza bíblica pertinente a los cambiantes tiempos actuales a través de la radio, la televisión, la internet, eventos en vivo, materiales de recurso y libros. Un autor de mayor éxito, el Dr. Jeremiah ha escrito más de cuarenta libros, incluidos *Captured by Grace* (*Capturados por la gracia*), *Living with Confidence in a Chaotic World* (*Vivir con confianza en un mundo caótico*), *What in the World Is Going On?* (*¿Qué le pasa al mundo?*), *The Coming Economic Armageddon* (*El Armagedón económico venidero*), *God Loves You: He Always Has—He Always Will* (*Dios te ama: Siempre lo ha hecho, siempre lo hará*), *What Are You Afraid Of?* (*¿A qué le tienes miedo?*), y *Agents of the Apocalypse* (*Agentes del Apocalipsis*).

El compromiso del Dr. Jeremiah de enseñar la Palabra de Dios en su totalidad continúa haciendo que sea un orador y escritor muy solicitado. Su pasión por alcanzar a las almas perdidas y alentar a los creyentes a mantenerse fieles en su fe se demuestra a través de su fiel comunicación de las verdades bíblicas.

Un dedicado hombre de familia, el Dr. Jeremiah y su esposa, Donna, tienen cuatro hijos adultos y doce nietos.



La madre de Jesús, María, al pie de la cruz

«Padre, perdónalos, porque
no saben lo que hacen». — Jesús

LUCAS 23:34



«Traicioné a un hombre inocente».
—Judas
MATEO 27:4





[José] bajó el cuerpo de Jesús de la cruz
[...] y lo colocó en una tumba que había
sido tallada en la roca. MARCOS 15:46



María Magdalena encuentra
vacía la tumba de Jesús

Encontraron que la piedra
de la entrada estaba corrida
a un costado. LUCAS 24:2



Jesús se les aparece a sus discípulos en la habitación de la planta alta





Pedro pescando en el mar de Galilea



Al amanecer, Jesús apareció en la playa.
JUAN 21:4



Pedro nada a la orilla del mar para encontrarse con Jesús



El día de Pentecostés, todos los creyentes
estaban reunidos en un mismo lugar.
HECHOS 2:1



Pilato y Claudia



Herodes Antipas y
Herodías



Pedro y Juan



Cornelio y los guardias romanos



Juan es golpeado y
encarcelado



Pedro ante el
Concilio Supremo



Saulo examinando a Esteban después
que lo apedrearon

Mientras lo apedreaban, Esteban oró: «Señor
Jesús, recibe mi espíritu».

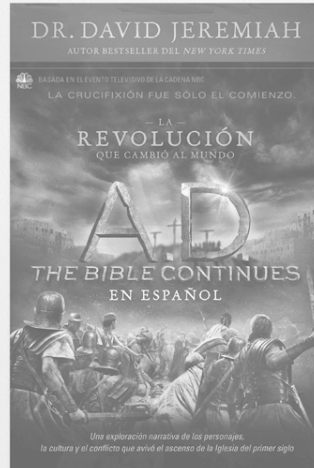
HECHOS 7:59



Saulo persiguiendo a los cristianos

¿LE ENCANTÓ EL EVENTO ÉPICO
DE TELEVISIÓN A.D. *THE BIBLE*
CONTINUES EN ESPAÑOL?

¿DESEA SABER MÁS?



POR EL DR. DAVID JEREMIAH
AUTOR DE ÉXITOS DE MAYOR VENTA

+ + +

Incluye información valiosa acerca de los personajes, la cultura y las tradiciones
detrás del exitoso evento televisivo de NBC, *A.D. The Bible Continues en Español*.

DISPONIBLE EN LIBRERÍAS

CP0999